

Beltrán Vallejo

Fantasma de Carabobo





EDITORES

FANTASMAS DE CARABOBO

Beltrán Bautista Vallejo Alcalá.

Beltrán Vallejo
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2023
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798377231882

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

CAPÍTULO I

La noche no termina en la Venezuela de 1814.

El humo de los incendios se sumerge en la hediondez a mierda y a carne chamuscada, hediondez a árboles quemados. Se quema el rancho y se quema el niño de meses allí dentro. La candela va por aquí y por allá, y muchos la alzan en teas encendidas para tirarlas con fuerza y alegría. Más pavoroso que la candela y el humo, más insoportable que los malos olores que hacen fiesta por donde quiera, son los gritos de barriga abierta y de pecho perforado por la lanza; son gritos sobre gritos de lado y de frente, puyudos, terribles y dolorosos, metálicos de hierro rojo y de carne roja, del que perdió el brazo de un machetazo, del que perdió el ojo de un plomazo, del que están persiguiendo para lancearlo, del que están arrastrando por la calle, de la mujer con las tetas afuera y perseguida por tres, por cinco, después por diez y hasta por veinte; son los gritos del degüello y de la violación masiva, alegre, simiescamente alegre; son gritos de victoria. Todo esto en el caserío azotado con la llegada de la caballería infernal del Taita Boves. Con él llega el averno de jinetes que vienen de ganar en batalla y se dedican a lo suyo: al saqueo del pueblo que le dio cobijo a la derrotada tropa patriota.

Es un día más en el infierno del año 1814 donde impera un Boves que andaba haciendo de las suyas y haciendo lo que su gente quiere, lo que su gente de-

sea. Su gente son los negros, prietos y morenos, y los marrones. Su tropa es la tierra y las piedras. Su tropa es una venganza. Su tropa, más que gente, es la llama propagada de la violencia reprimida y la que sale del hambre y del látigo que desgarran la carne en mayor rochela criminal.

El Taita instala su corte roja en medio de la plaza de un pueblo aquelarre. Mientras beben, violan, roban, comen y se visten con camisas nuevas, el Taita Boves aplica su justicia. Ya identificados o delatados los patriotas, Boves se sienta ante ellos sobre una silla que le trajeron de donde no se sabe que casa asaltada. Presentan ante él a un padre y a un hijo que no chillaron ni lloraron cuando los denunciaron como patriotas; al contrario, padre e hijo más bien muestran su rencor delante del propietario de aquel infierno. Son patriotas con conciencia, con convicción, y que están ante el propio Boves y no le muestran miedo.

El muchacho se planta altivo al asturiano y le dice que no le mate a su padre. Boves lo mira con el azul gota a gota de sus ojos que es el cielo cuando se salta al vacío.

—¿Hasta dónde eres capaz de suplicar por su vida?

—¿Qué pregunta? Por mi padre, soy capaz de todo.

—Bueno, le digo que, si se deja cortar las orejas y sin gemir, yo le entrego vivo a su padre.

El muchacho vio fijamente al canalla que tenía al frente.

—Está bien. Me lo deja vivo.

—Negro, ¡Véngase! Sabe lo que tiene que hacer.

Aparece un tal “Negro Primero”. Es un hombre más raza que hombre de los rincones más lejanos del llano y que genera miedo y al mismo tiempo simpatía porque es el más dicharachero y avisgado de los matones de Boves, y también uno de los más respetado por su temeridad, bravura, fuerza, destreza como jinete y destreza con la lanza mientras cabalga. El “Negro Primero” es su apodo, y su nombre es Pedro Camejo: el primero entrando en batalla, lanceando, en la toma de los pueblos, entrando en las iglesias para saquearlas, decapitando y amputando orejas, y el primero también violando. Así como es el primero en el crimen y en los lances guerreros, también es el primero en la fiesta y para la guachafa y el ron, para la risa y los dados, y para asomarse todo negro él con los ojos bien despiertos cuando cuentan historias de aparecidos que arrastran silbidos o gritos durísimos para aterrorizar los caminos de las noches sabaneras sin luceros.

Y tan de primero es el negro que también el Taita lo utiliza como su verdugo predilecto porque sabe ajusticiar en seco, de un solo golpe. Para verdugo tiene Boves a ese negro gladiador y acróbata de la muerte. Para el martirio tiene Boves a esa ave rapaz en una oscuridad tan cerrada que sólo se ven los blancos de los ojos y la dentada en la risa macabra y franca de este negro fiel. Pues a ese diablo llama Boves para la tarea sabrosamente sádica y aleccionadora sobre aquel alzado muchacho patriota, machote, valientote él hasta siendo prisionero y que no baja la cabeza,

que no baja la mirada, que no tiembla como muchos, que no suplica como muchos más.

Pedro Camejo, alias “el Negro Primero”, saca el cuchillo que abre las babas. El joven en ningún momento baja la firmeza de la mirada sobre Boves. El “Negro Primero” corta la primera oreja de un solo tajo y desde la base, y la segunda la corta con más lentitud mientras el muchacho aprieta la boca y sus lágrimas brillantan el rostro de sus ojos severos e indestructibles en su odio, y que se clavan hondo sobre el asturiano.

Boves hace su voz metálica cuando ordena matar al padre y al muchacho. Pedro Camejo baja la cabeza y se hace a un lado. Los llaneros, extrañados ante esta crueldad inmedible e incomprensible, intentan mediar con el Taita para que no se ejecute la sentencia, pero éste la confirma: “tengo que matarlos porque no puedo dejar viva esa venganza”. De esta manera los llaneros ven con asombro que hasta Boves le teme a alguien. Boves sintió la mirada de rabia pura y espesa de ese muchacho y entiende que el color de ellos es el de la venganza incansable que será dolorosa sobre él y sobre cualquiera de los suyos, y es así que baja la mirada porque por primera vez tiene miedo de alguien. ¡No! No debe dejarlo vivo porque ese muchacho lo va a cazar y lo tratará como un animal, y es así que el Taita empalidece y los llaneros miran de reojo y se enteran de que el diablo también tiembla y que el que hace mucho daño también teme que lo lastimen, y ese que mata cruelmente no oculta que es un cobarde.

Así que el Negro Primero cumple su oficio, el que tanto le gusta al asturiano, y de dos certeros machetazos decapita al padre y al hijo patriota. Primera vez que decapita en contra de su voluntad y sólo para complacer a este Taita. Primera vez que no se siente bien con eso o por lo menos no siente orgullo de esa orden de ejecutar a ese muchacho, y es que no le place hacerlo, le desagrada. Él mata por resentimiento, por revancha, porque está rebelde; él mata porque es plebe, pero ahora, de su furor y violencia, salió esta su ternura hacia ese muchacho. Le agarró ternura al niño, pero hasta ahí quedó porque no se opuso a la orden de Boves pues la siguió al pie de la letra como alguien que no tiene el alma cristiana, que no es criatura de Dios, por cierto.

CAPÍTULO II

Amanece en el campamento de Boves que es un manto de lanzas. Todos allí se preparan para ir hacia la sabana de Urica y entrar en batalla en un día que será decisivo para imponer la victoria de la legión infernal. La tropa del asturiano se extiende como un gigantesco erizo oscuro. ¡Qué fiereza y qué griterío se impone en el ambiente! La chillería es ensordecedora. Hace acto de presencia la coral de la iglesia que a patadas y empujones llega ante la tropa para acompañar con sus angelicales voces la llegada del taita Boves y su sequito, con el Negro Primero a su lado y con el escribano vestido a lo caraqueño que le sirve de secretario al Taita, más otro grupito alrededor de la mujer de Boves, la que llaman la “innombrable” porque él no quiere que ella tenga nombre para así seguir recordando a la que fue su esposa, la mulata María Trinidad Bolívar, que fue violada y asesinada por patriotas cuando asaltaron su bodega en castigo por no sumarse a las filas rebeldes.

Boves dará su arenga, la más apropiada para la importancia de ese momento.

—Esta sí es la Revolución: quitarles las tierras a los blancos, arrebatarles sus propiedades, sus haciendas, robarles hasta sus vidas.

Y al unísono le gritan:

—¡Revolución es que usted mande mi Taita!

—Y si mando yo, ¡mandan ustedes!

Vuelve a oírse el coro: “Jesús, mi Salvador”. Cánticos, gritos, sol, disparos, viento caliente y miradas hacia el cielo en esta comedia abominable que es el desfile de los llaneros de Boves. Cantan los angelicales niños cuando las lanzas puyan y hieren sus espaldas, y rompen las telas de sus ropajes de iglesia candorosa. “La existencia humana es desolada”, es lo que cantan los niños de ese coro antes de su indetenible degüello, irremediable ajusticiamiento que realizarán los soldados de un Boves dislocado en la indiscriminada forma violenta de hacer la guerra. Los niños dejan de cantar. Es el santo y seña para abrir las puertas del infierno.

Boves recorre la alargadísima hilera de lanzas hacia el cielo. Frente a todo eso, está Juan Manuel Cajigal, el mayor funcionario español que fue designado en ese puesto por la corona e invitado por Boves para que saliera de Caracas y recorriera con él la tropa “y que del Rey”, pero ha sido objeto de burlas y de humillaciones. Cajigal, al estar al lado de Boves en ese desfile prehistórico, se percata de inmediato que está ahí sin representar a nadie, sin representar al Rey ni a España; ha sido invisibilizado en el mejor de los casos o en el peor de los casos ha sido ofendido y vejado.

En la tierra de Boves, los amos se convierten en sirvientes y los sirvientes se transforman en amos. Es el mundo al revés de un taita Boves que se quita la camisa y el pantalón y continúa el recorrido de su inmensa caballería, tipo Atila, completamente desnudo y absolutamente absurdo. Ese asesino es un fundador de un mundo donde no hay amos ni sirvientes.

Él solo tuerce esa relación de siglos para reinventarla como una gran mancha de sangre. En medio de la algarabía, Boves otorga grados militares a todo llanero fiel que estuviese cerca: aquí nombró a un coronel, por allá nombró a un capitán, y en aquel lado nombró a un almirante, así no haya mar. Los llaneros miraron al cielo con lágrimas en los ojos. Y entre tanta alegría, uno de ellos gritó: ¡viva el Rey!, y el taita lo silencia tajante y exclama que ¡no nombren a ese hijo de puta, y me degüellan a ése!

Boves está ahí abarcando el mar de lanzas con su mirada, imponiendo su principal cualidad: su fortaleza psicológica. El entiende su dominio y maneja la fuerza de su inspiración. Es su voluntad un viento de franqueza porque es un sacerdote de lo que cree, y él se cree sacerdote y divinidad. Los llaneros son los fieles creyentes de una deidad crecida bajo un árbol de frondosa sombra que detuvo la desertización de aquel pueblo a caballo y frenó la sequedad de la existencia de miles que se transformaron en un valle con suficiente torrente de agua, vegetación y felicidad. Boves es la faena en el llano, la doma del caballo, lo que representa la virilidad del llanero en lo cromático. Boves es un árbol que no solo da sombra protectora, sino también muchos frutos, y de él come su gente. Boves es bebida, y algunas veces es bebida alcohólica y algunas veces es el café de la madrugada aromática y agitadora de las primeras horas del día a poquito de entrar en faena. En todas estas ideas, él francamente es útil para su gente que lo necesita como perdón y castigo en el llano.

Enseña un papel donde se encuentra su opinión sobre el fulano “Rey marica”, como a veces le decía, porque no “puede ser soberano de él alguien sin autoridad y que manda a otros a luchar por sus intereses, que no da la cara y no viene a combatir él mismo”.

Exige atención de todos y lee:

Rey de España, Fernando Séptimo.

José Tomás Boves, oriundo de Asturias, pero hijo de esta tierra, de este cielo y de sus paisajes. Le digo que estoy aquí con los verdaderos amos, haciendo justicia y vengando el atropello, no sólo del mantuano y del petimetre blanco y aburguesado, sino también de tus lacayos blancos que no comprenden y no entienden que este suelo es de los negros y de los indios, es de los mulatos y de los zambos, y de los pardos también. Todo lo de aquí, que tú llamas Capitanía General de Venezuela, le pertenece a los que nunca, nunca tuvieron nada.

Mis hombres te han hecho muchos servicios: asesinaron y robaron, vencieron decenas de ejércitos rebeldes y empalaron, degollaron y ensartaron a miles de alzados; y todo eso por ti, Fernando Séptimo.

Sin embargo, es bueno recordarte que no eres nuestro Señor. Te consideramos ingrato, embustero y bien lejano. En verdad no estamos contigo, a pesar de que te beneficiamos al matar rebeldes, a quienes odiamos hasta el infinito.

Te aviso, Rey español, que acabaremos prontamente con esta guerra, y lo haremos con nuestras lanzas victoriosas; aunque recuerda, no eres nuestro Rey, ni nuestro señor.

Nosotros gobernaremos esta tierra.

CAPÍTULO III

Media Europa se unió un 18 de junio de 1815 contra el peligro más terrible que haya enfrentado: a un Napoleón escapado de la isla de Elba. El inglés Thomas Ferriar queda medio sordo por el caos de cañonazos. Entra en batalla contra tanta gente y no escucha otra cosa que el ensordecedor proyectil. El horizonte se oculta cuando chocan otros regimientos en terremoto. A Ferriar le queda aliento para pensar que hoy es un día, más que histórico, bíblico, ya que la luz está enfrentando a la oscuridad. Por aquí pelean los ingleses que se cruzan con una brigada prusiana tiroteada y bayoneteada por todos lados, y Ferriar los alienta a que regresen y para adelante, para adelante. Por acá la caballería francesa atropella; por allá vienen los rusos, muy lentos ellos. Hasta de la tierra de los tulipanes llegó un ejército.

Ferriar ve a lo lejos varias manchas negras, y entre ellas está Napoleón observando con su telescopio las maniobras para evitar que ingleses, rusos, austriacos, holandeses y prusianos se unan en una sola masa, ya que si Europa logra aquí un máximo de coordinación como un solo ejército acabarán con él. El corso se pone colérico, gira instrucciones, vuelve la cara a los que están a su lado. ¡Vayan! ¡Vayan!

Ferriar casi que resbala en un charco de sangre mientras hiere con su espada a un galo que lo venía a atravesar con la bayoneta calada. Al ponerse de pie, ve los

rostros y miradas de esos franceses que vienen en la tromba de un ejército fanatizado, delirante, dispuesto al sacrificio en una hecatombe de sangre en esta batalla donde llevan horas peleando y peleando en un prolongado territorio que no tiene ningún espacio sin combate, sino choques de masas lanceras o bayoneteras. En los costados del terreno se prolonga la nube del tiroteo ensordecedor que derriba a cientos de combatientes de ambos ejércitos. Ferriar detalla a su enemigo mientras pelea con él y encuentra una mirada a reventar de furia fanática por su Francia y por su líder, y por él van al degüello con rabia y ceguera de muñecos que caen de columna en columna porque así lo quiere un mesías.

El duque de Wellington le dio la mano antes de entrar en combate. Ferriar es inspirado por este líder que es el único hombre que le planta pelea al coloso francés. Wellington es la Gran Bretaña de telares y de revolución industrial que pretende imponerse en este matadero para evitar que el pequeño corso llegue a Londres atravesando el Támesis e imponga una dominación continental personalista y totalitaria.

Ferriar está en el Waterloo cuyo suelo se mueve bajo decenas de miles que se matan para frenar el paso de un Napoleón cabalgando en su consumación. Ferriar y su brigada se hincan en el fango para disparar a mansalva sobre la mole de bayonetas que se les aproxima, pero él y su brigada espera impertérrito a ese monstruo bajo artillería enemiga y recibiendo bajas y más bajas. Así es el soldado inglés que pelea con

Ferriar y que aprendió a deambular con la cabeza en alto sobre varios campos de batalla, enfrentando a ése que convirtió a Europa en un incendio. Los franceses gritan un ¡vive l'Empereur! que no amilanan a Ferriar y a su gente que corren hacia el combate como un grupo de muchachos al escuchar el timbre del escolar recreo.

La tierra tiembla al entrar en combate el propio Napoleón, y Ferriar y su pelotón corren hacia el fin de un tiempo. El tictac de los relojes se detiene cuando Wellington se mueve con todo su centro y “sálvese quien pueda”. Una bala roza la frente de Ferriar y una nube lo cubre de pies a cabeza cuando pasa la plomada y un caballo lo embiste y cae un compañero a su lado y cerca llora otro y los cañones no cesan de tronar en la proximidad de la noche. Ferriar logra ver un caballo blanco en retirada y un séquito de generales en carrera y arrastrando el estandarte imperial en esa huida de un corso que está a punto de ser capturado por una soldadesca de varias nacionalidades que lo que quieren es lincharlo, y así lo último que Ferriar ve de ese Napoleón que atemorizó a Europa es el miedo escandaloso, gimiente y llorón.

Ferriar se apoya en su espada a llorar su alegría acompañada de cansancio. Y ahora, terminado todo, ¿de qué servirá ser un héroe mañana? ¿Qué irá a hacer en su vida si lo que quedó de él es un héroe? Terminó la noche en Europa sin el Emperador y una parte de su vida finaliza también en el humo que reina sembrado de cadáveres. Tiene los sentimientos bíblicos del

Sansón que, estando ciego, echó abajo las columnas del templo, o el del adolescente David que derribó al gigante Goliat de una pedrada y después volvió con sus ovejas. ¿Él se considera definitivamente un héroe o es un simple aventurero? Se hace esa interrogante al pensar que después de esa guerra le sería muy necesario encontrar otra saga de aventuras. ¿Por qué no es un hombre normal que al terminar la guerra contra el tirano de Europa pudiera regresar a su hogar y encontrar un empleo, buscar esposa y procrear hijos, y envejecer tranquilo? Ferriar es un Laocoonte aprisionado por una gigantesca serpiente que es su libertad e individualismo radicales, propios de un héroe romántico, porque eso oyó decir que es él, y que no razona, que se inspira y se impone a su realidad sin saber si es alegría o aflicción ese sentimiento de ser un héroe.

Ferriar, meses después de Waterloo, calienta sus manos con otros veteranos de las guerras napoleónicas en un callejón del Manchester de los telares. Lleva semanas buscando un empleo y un sentido de existencia porque quiere el regreso del hombre en pie, pero hoy está indefenso como un niño abandonado en una calle tomada por la noche más fría. Él está desesperanzado y frustrado en los temblores de su alma, más que en sus huesos, más que en su piel, junto a seres tristes de distintos campos de batalla que volvieron a sus hogares, pero que hoy no tienen almas porque ellas quedaron en los campos de sangre donde salvaron sus vidas de milagro, pero quedaron

presos espiritualmente y todavía aguantan los cañonazos y las cargas de la caballería francesa, y por ahí andan algunos pidiendo limosna y otros frecuentando los restos de comida que tiran detrás de posadas y mercados, y otros duermen en las plazas, y otros encontraron el regreso a Waterloo o a Austerlitz a través del opio en los arrabales de Londres, de Manchester y en los muelles de Liverpool.

Ferriar regresó a su ciudad después de varios años de lucha y no encuentra su lugar, menos su hogar, menos su familia y mucho menos su dignidad como hombre. ¿De qué valió ser héroe?

CAPÍTULO IV

España a finales de 1814.

—Mariscal de Campo Don Pablo Morillo, el Rey confirmó su nombramiento para comandar la expedición que sofocará la rebelión en Suramérica. En hora buena.

—General Castaños, no hace mucho que terminamos la guerra contra los franceses. En verdad, preferiría regresar a mi hogar. Pero si el Rey me necesita, si España me necesita, aquí estoy.

—Por su valía, por lo que usted significa para las armas de España y para la gloria de su Majestad, una junta de generales abogó por su designación. Aunque no fue difícil: su majestad también conoce su talante combatiente. También lamento el hecho de que usted no ha tenido descanso. Pero debe zarpar en la expedición con prontitud.

--Sé de la expedición, pero no del gran apuro por el viaje.

—Como usted deberá entender, el envío de ese ejército estaba decidido desde hace tiempo en medio de una situación política en España que sigue crítica. Hay temores de desertiones, de motines. Los masones están mal influenciando a nuestro propio ejército. Aquí le entrego las instrucciones al detalle donde se contempla las directrices del propio Rey y donde así mismo establece que al llegar trate de ser benévolo y de ganarse por las buenas a esos pueblos; por supuesto, hasta donde pueda. Esta es la organización de la

expedición y sus líderes: seis unidades de infantería: la de León al mando de Antonio Cano; Castilla bajo la dirección de Pascual Real; la de Vitoria bajo el mando de Miguel de La Torre; Extremadura bajo la jefatura de Mariano Ricarfort; Barbastro con Juan Cini; el Regimiento de la Unión al mando de Juan Francisco Mendibil; y 2 unidades de caballería: la de Dragones liderados por Salvador Moxó, y Húsares de Fernando con Juan Pardo. Más dos compañías de artillería, además de zapadores, un cuerpo de ingenieros. En fin, 500 oficiales y 10.000 soldados. La Escuadra está comandada por Pascual Enrile; son 59 barcos y el San Pedro Alcántara como navío insignia.

—¿Miguel de La Torre?— Piensa en voz alta el mariscal.

—¿Lo conoce?

—Sí. Es talentoso, pero también es algo vanidoso. Ese vasco se la da de filósofo.

—Sí. Es hasta socio honorario de la academia greco-latina y caballero del hábito de Santiago. Siento que no simpatiza con él.

—No hay problema. Dije que es talentoso. Pero a veces esos letrados se hacen incómodos.

—No es momentos de prejuicios reaccionarios, Don Pablo. ¡Ah!, por cierto, el destino de la expedición debe ser un secreto bien guardado hasta que estén próximos al lugar de llegada.

—Tengo entendido que es La Plata.

—No. Es Costa Firme.

—Mejor conocida como Venezuela. Su excelencia,

con razón hay que ocultarlo hasta el último momento. En primera instancia, ningún soldado español quiere ir a América, y meno quiere ir a Venezuela. La información que viene de allá es de una guerra sin cuartel: se habla de masacres. El jefe de la rebelión, el tal Simón Bolívar ése, decretó la “guerra a muerte” y nosotros, como venganza, también la hacemos. Esa tierra es un aquelarre donde no se respetan ni prisioneros ni religión ni nada.

—No me diga ahora que un héroe como usted tiene miedo.

—Jamás. Yo le voy a cumplir al Rey y a mi país. Sólo le estoy transmitiendo el sentimiento de muchos en el ejército español. Cumpliré con las indicaciones del secretismo sobre el destino de la expedición, y sabré convencer a mi gente de que el cambio nos conviene porque estaremos más cerca de nuestra patria. Y en lo que a mi respecta, después de derrotar al ejército de Napoleón, no me atemoriza una gavilla de bandoleros por muy crueles que sean. Por supuesto, espero contar con toda la colaboración del Ministerio de guerra; aunque estoy convencido de que estaré de regreso antes de navidad y con la satisfacción de cumplir cabalmente la misión.

—¡Dios lo bendiga!

Venezuela a mediados de 1815.

Aparece un grupo de jinetes oscuros en una cabalgada frenética por la sabana inmensa. Es un grupo de una desarticulada negritud que designa sus crímenes

y también sus hazañas, ya que formaron parte de la poblada que galopó sus instintos bajo las órdenes de Boves. Entre ellos comentan su decisión de desertar del ejército realista:

—¡Carajo! El Taita Boves nos permitía el saqueo para beneficiarnos— manifestó uno de los jinetes, dirigiéndose al grupo.

— Vestíamos esos bonitos chalecos y salíamos de las haciendas; aunque sea con un pie enzapatado y el otro descalzo, no importaba— rezongó otro de ellos sobre su cabalgadura.

— Pero murió Boves, y estos nuevos jefes blancos no nos permitían nada de eso. Ni siquiera nos dejaban que disfrutáramos el llantén de los insurrectos arro-
dillados antes de quedar lanceados. Murió nuestro Taita en Urica. Murió quien nos llevó por esos campos, como debe ser.

Aminoraron los llaneros la cabalgada cuando pasan bajo la sombra de unos árboles que hacían una mancha en la llanura. Mindola volteó y sonrió al ver a un Pedro Camejo que los alcanzaba.

— Yo creía que el compadre no se iba a venir.

— Parecía gustarle los nuevos jefes— comentó otro de los jinetes.

— ¡Qué va, mi hermano! Esos españoles cambiaron todo. El Taita Boves no era así— exclamó el recién llegado jinete—. ¿Y tú me ibas a dejar por allá? Te dije que la cosa se iba a poner mala después que lo sepultamos.

— Éramos felices con nuestro Taita Boves. —limpió su frente Mindola con ese recuerdo—. ¿Se acuerdan

que nos miraba con esos ojos azulados pero con la oscuridad del abismo? Está ahí ante nosotros. ¿Se acuerdan de su cara? ¡Huyyyy, su cara! Él mandó a uno y que artista a que le hiciera un retrato para colocarlo en la iglesia aquella, ¿se acuerdan? Después mandó a los mantuanos presos a que fueran a orarle. ¡Coño e su madre mi “taita”!

—Mira, Mindola, ¿te contaron que lo vieron por ahí después de muerto? —Le refiere Pedro Camejo, abriendo en extremo sus ojazos.

—No sólo eso—le completó Mindola.—. Se dijo, y eso está por todos lados que en Caracas, y en la iglesia donde le hacían las honras fúnebres, se dieron cuenta que estaba sentado en un banco. Las damas de Caracas vieron a mi Taita fuera de su ataúd en su propio funeral, y se callaron la boca de la impresión. Ellas rezaron muy angustiadas para que ese fantasma desapareciera de allí.

—En verdad no hubo más macho que él en esta tierra—asevera Pedro Camejo, mejor conocido como el Negro Primero—. Algunos, que no lo conocieron, hablaron bolserías de él; pero qué importa si fue el diablo en esa inmensidad de sus enemigos. En cambio, para su gente fue generoso, alegre y fiestero. ¿Qué más se quiere de un hombre?

—Ese sí era de los nuestros. Éramos gente con Bo-ves. Él sí comprendió a los negros, a los zambos, a los mulatos y a los indios; a toítos. Él nos dijo que éramos los jinetes de la “división infernal”.

—Mindola, él compartía todo con nosotros, con su pueblo—medita en voz alta Pedro Camejo—. No se

quedaba con nada. ¡Fue nuestro hermano de verdad! Él fue un blanco que se hizo negro, así se afirmaba nuestro Taita. Él pensó que su piel blanca era una prisión muy pequeña; el mundo de los blancos es así de pequeñito. Dijo que al matar un blanco era un carcelero menos en su existencia. Él quiso romper los barrotes de su piel.

—Un momento, dejémonos de cháchara— para Mindola la descripción de Boves—. Tú no deseabas fugarte con nosotros. Estabas al tanto de nuestra intención de desertar, pero no nos querías acompañar, hasta ahorita que nos sorprendes.

—Es que descubrieron que yo sé todo.

—¿Qué sabes tú, Pedro?

—Me fui de la lengua con un pariente de los que mandó a decapitar Morales.

--¿De qué hablas?

—¿Te acuerdas qué te dije lo de la muerte del Taita?

—Pues claro, hasta lloré como un niño.

—Bueno, ¿y te acuerdas de Morales preguntando quién aspiraba la jefatura? ¡Qué vaina!

—¡Carajo! Fue una trampa de ese demonio.

— Los cinco adelantaos perdieron sus cabezas, se las frieron en aceite y les echaron salmuera. Entonces un sobrino de uno de ellos, con quien hice amistad, temía que le arrancaran la suya y le aconsejé que huyera porque le conté como murió Boves.

—Mi compadre, le dije que no contara eso.

—Me lo dijiste, pero no me crees todavía. Te lo juro por lo que tú quieras; yo lo vi: terminada la batalla de

Urica, recorrió Morales el campo lleno de cadáveres. Yo lo seguí y vi que encontró a mi Taita Boves, pero muy mal herido, y...

—No digas más nada. Se me engrincha los pelos.

—Así fue, los mismos españoles le ordenaron a Morales asesinar al Taita. Sabían que nuestro jefe no peleaba por el Rey ni para la religión. Por eso se dijo, escuché yo, que el cura “mayor” de Caracas le dio a Morales esa orden de matar a Boves.

Los desertores del ejército realistas aprovechan el relajamiento del palabreo, pero sin un ron con que refrescar más el verbo y agilizar unos cerebros que mejor funcionan con estimulantes.

—Por ahí andan los rebeldes, pero no escucho de algún otro jefe con el mismo coraje del muerto—dice Pedro Camejo y mira a los lados.

——¡Mi compadre! —habla Mindola con la voz en alto—. ¡Aquí queda buscar al más verraco!

— ¡Aaaaah!, ¿tú sabes? Es esa la verdadera ley de esta tierra, la del más verraco, el que fabrique más muertos.

Entran a territorio de patriotas. Por los comentarios de los caminantes con que se topan, no es un lugar abundante en matanzas ni incendios como en los lares donde anduvo Boves. No escuchan, en su indagación, quien es el jefe de por aquí. Incluso, al mentar a Boves, la gente se persigna porque lo hacían vivo. Encuentran a unos rebeldes bien avanzada la tarde. Estos se sorprenden y sacan sus machetes. Los desertores manifiestan que dejaron de ser “realistas” y piden incorporarse al ejército patriota, y en ese ins-

tante escuchan un canto recio que proviene de un catire de piel enrojecida y brillante y cuyo estertor somete los oídos amansándolos:

Kirpa no respeta contrarios.

Cantando versos rimados.

Después de haber encerrado.

En el corral el rebaño.

Se iba para esas cantinas.

A jugar baraja y dado.

Pedro Camejo y los demás se acercan a él interrumpiendo su canto.

— Este catire canta arrecho.

— ¡No catire. ¡Capitán Páez, carajo! ¿En qué andan ustedes? —pregunta en el momento de secar su cuerpo frente a ellos.

—Capitán, nosotros estamos cansados de servirles a los del Rey. Buscamos a los rebeldes.

—¿Y para qué quieren andar con nosotros? ¿Por qué mejor no los matamos? —medio sonríe Páez en su decir.

No hay respuesta, pero tampoco hay miedo en la mirada de los desertores. En el rostro de Pedro Camejo lo que hay es risa.

--¿Por qué te ríes? —dice Páez, medio disgustado.

—La muerte es nuestra pariente —también se enseñaría Pedro Camejo.

El Negro Primero consigue otro Taita que llega a su vida para sustituir al otro que se fue y lo dejó con un hueco muy hondo en la existencia; a su vez, el catire

Páez no recluta a un llanero más, sino a una fuerza de esa naturaleza del Alto Apure donde sobreviven los más despiadados. Desde los primeros días de guerrear juntos, Páez intenta transmitirle lo que llaman “patria”, pero encuentra que este negro sólo le brindará fidelidad a su misma naturaleza. El catire le dice, para que mejor comprenda, que patria y él son lo mismo, y el Negro Primero le sonríe y una bandada de murciélagos sale de las copas de los árboles al aproximarse el amanecer. Páez incorpora al Negro Primero a un cuerpo de caballería muy especial, unos 150 jinetes que dejarán una leyenda de espanto en las noches del soldado realista que no podrá conciliar el sueño, que no obtendrá paz en su interior y que no logrará calma su ánimo al pensar en el encuentro con esos despiadados de Páez que combaten semidesnudos sobre corceles sin frenos y sin bridas.

CAPÍTULO V

Mata de la Miel, 16 de febrero de 1816.

El cielo se abre en “Mata de la Miel” cuando se colocan los dos ejércitos ante aquel trapiche que muele y muele las vidas humanas dejándolas bagazos.

A Páez le dijeron en Guasdalito que con esos 500 jinetes era un suicidio enfrentar al coronel realista Francisco López y sus dos mil hombres, pero no le hizo caso a esa advertencia porque para él mientras más soldados tenga el enemigo más se le incendia su codicia de gloria. Dice que no ganará nada con enfrentar un contingente igual al suyo en número y es así que busca el camino más rápido de la fama con este tipo de combate. Él sabe que la bravura de sus llaneros se multiplica ante el enemigo superior en número, y confía que cualquier ejército se derrumba ante sus indómitos llaneros que en la sabana son leales a la naturaleza que impera en el Alto Apure donde en cada instante de pelea son picardía felina sobre sus caballos alegres, fantasiosos y soberbios.

Abre el catire Páez el combate al aproximarse solo a las primeras caballadas monárquicas como cuando se acerca a su presa un jaguar. A cierta distancia lo acompañan otros guerreros, pero con la prohibición de intervenir en ese momento de desprecio. Un Páez fanfarrón se planta a poquísima distancia del enemigo para lanzarle insultos al jefe español, mentándole la madre y recordándole sus orígenes de puerquero

en Sevilla, y es cuando los realistas hieren de un tiro a su caballo y los españoles se acercan con la intención de fusilarlo; pero Páez ordena al Negro Primero que espante a los tiradores mientras él se aflige por la pérdida de una parte de su existencia. Uno de sus llaneros le presta su montura con la que se retira momentáneamente hacia el grueso de sus jinetes. Páez despide su caballo con una sentida tonada en medio del tiroteo:

¡Caballo negro retinto,
ya están trocadas las suertes,
hasta hoy me cargaste en vida,
desde hoy me cargas en muerte!

El caudillo se yergue ante su caballería y se desgarran la camisola, y coge una lanza con la que acompaña su grito hecho fuego furioso, y alza la cabeza y mira de frente a su pueblo, y los ruidos de la llanura se interrumpen por su alarido que viene del fondo del alma.

—¡Compañeros!, me mataron mi buen caballo y si ustedes no están resueltos a vengar ahora mismo su muerte pues yo me lanzaré solo a perecer entre las filas enemigas.

— ¡Sí lo vengaremos, mi mayordomo! —grita toda la llanurada.

Se impone la negritud de la noche donde se escucha el ayyy arrastrado en una lanza y se ve el destello de los machetes con un tinte espeluznante. Orde-

na Páez al Negro Primero que entre al combate en medio de un tiro de fusilería ensordecedor y de una artillería enemiga inmisericorde sobre un monte gimierte, perforado y rozado por el plomo. La entrada del negro la acompaña un zumbido oscuro y ocre de abejas que vienen del interior de árboles chamuscados por la candela tempranera y que generan una sensación fantasmagórica en el corazón del español, lo que altera su ánimo y congela su ímpetu. La carga llanera desbarata las filas monárquicas cuyos integrantes caen ensartados por unas lanzas de 4 metros de largo. El otro jaguar del llano, Genaro Vásquez, entra en acción, pero termina en desorden debido a sus demonios ahitos de sangre en un festín. El “cati-re” Páez ve la confusión de los suyos y los frena con la coraza de su voz, detiene a sus llaneros y los retorna al combate con un ¡vuelvan carajos! que inunda la llanura con aguacero torrentoso e interminable, y esa sabana se vuelve agua bajo la caballería realista que en desorden huye como puede, pero al fin es alcanzada por el Negro Primero y los suyos, y no queda español vivo sobre los caballos.

Es de noche y no se ve bien tan espantosa lanceada de cuerpos traspasados y empujados hacia arriba, empalados y abiertos, tasajeados en un lecho de entrega al último dolor, mientras el Negro Primero anda en su faena de lanzazos y decapitaciones en este campo caliente de delirio criminal. El exterminio se pierde entre los gritos de los moribundos y las humaredas sombrías sobre el llano color verde rasgado. Después

del combate, la llanerada se dedica al saqueo de los cuerpos y al rastreo de sobrevivientes para dejarles suficientes marcas de tortura y amedrentar de esta manera al monárquico.

Es de noche en “Mata de la Miel” donde los cocuyos cantan sobre un sembradío de cuerpos fríos bajo el caballo victorioso de aquel jinete al que le gritan ¡vente, todos están muertos! Ese jinete no hace caso, no detiene su búsqueda de sobrevivientes para el degüello final en aquel oficio abismal de verdugo. El Negro Primero vuelve a ver la carroña blanca entre tantos cuerpos, unos sobre otros, que le dan vuelta en un universo marchito y entintado en sangre. Baja de su caballo y se agacha para tocar el color inerte; el cadaverismo lo rodea aquí y allá en la sangre todavía. El Negro Primero alza los brazos y mira complacido al cielo.

CAPÍTULO VI

Llanos del Casanare, junio de 1816.

— ¿Qué se creen esos que ni venezolanos son? —dice el Negro Primero al frente de los llaneros en aquel encuentro con el taita Páez, rabioso el colosal guerrero por las noticias de que los neogranadinos, que venían huyendo del Casanare, pretenden formar una Junta de gobierno con el objetivo de dirigir la guerra en el Apure, pero dejarían sin mando al “catire”.

— Enfermos de poder están estos mantuanitos de Nueva Granada — reflexiona Páez sobre esta loquera pasajera provocada quizás por la soledad del monte.

El catire Páez mira el rostro de un Negro Primero furioso y corroído por estos tipos de tan lejos y tan mantuanos que vienen a quitarles lo que fue sembrado por el polvo levantado desde los cascos de los caballos. Páez fue convocado por los neogranadinos a Guasdalito donde estos pretenden constituir una Junta de Gobierno de Venezuela. Esos hombres, arrasados por los sufrimientos y por sus ideologías, decretan una fantasía de gobierno y sin ejército, pero vienen a mandar al que sí tiene. Los neogranadinos, recelosos, le dan su bienvenida a un Páez altivo, auténtico hombre a caballo y único venezolano en ese fantasmal cenáculo de ambiciones importadas donde los de Bogotá nombran Presidente de Venezuela a Fernando Serrano, y a un tal Francisco de Paula Santander le colocan el título de jefe del “ejército”.

Páez evalúa a este último y constata en él un sombrío semblante.

—Bueno Páez, ¿dónde está la gente que debó mandar?—pregunta este jefe sin jefatura.

—Señor, venga conmigo para que mi gente se ponga “a sus órdenes”.

El neogranadino y el venezolano se dirigen al pueblo de Trinidad donde debiera estar esperándolos y en formación la gente de Páez, pero se encuentran con que no hay caballos porque Ramón Nonato Vásquez se fue a la sabana con cientos de monturas, no reconociendo a otro jefe que no sea su Taita.

—No tenemos caballos, Páez—le plantea Santander.

—No entiendo lo que pasa aquí. ¿Cómo es que esta caballería tiene fama de invencible y no tiene caballos?

—Yo les busco sus caballos y no se asombre por eso. Trate de entender o no será jefe de nada, —le responde Páez atendiendo a la sabana que está al frente.

—Sabe una cosa, Páez, nosotros liberamos a Venezuela en el año 13 cuando ayudamos a Bolívar con nuestra sangre y heroísmo. Por ustedes murió Girardot, el primer mártir de esto, y pasaron hasta un mes adorando su cuerpo en la catedral de Caracas.

—Mire, yo no los traje a Venezuela y no sé qué compromiso tuvo Bolívar con ustedes, pero esto no es Caracas ni es Nueva Granada. Estos son los llanos del Arauca y aquí los héroes salen todos los días y los mártires los tenemos a diario.

—Usted podrá ser el Taita o lo que sea, pero no dejará de ser el simple cacique de una tribu anárquica.

Hombre, usted nunca podrá dirigir una guerra y menos una nación, un pueblo. Yo sigo ideas, no instintos. Soy hombre de razón. ¿Qué es usted?

—El Taita Páez, y eso es lo único indispensable para ganar la guerra.

Los ojos del colombiano miran directo al catire, y este sonríe, se divierte con él.

Páez regresa de la comisión con los caballos y encuentra que el problema ya no son las bestias: toda su gente se fue. El Negro Primero, tempestuoso y sin ocultar su muérgana risa, aparece ante él.

— ¿Dónde están los muchachos? —pregunta Páez.

—Señor, por allá están. Vengo a decirle que acabamos de nombrarle Jefe supremo de nosotros y de todo esto— le manifiesta así Pedro Camejo esta primera decisión soberana de unos venezolanos que no desean mando colombiano.

La rebelión llanera contra los neogranadinos no se contiene, ya que se torna bramido, siniestra y homicida. Los neogranadinos encuentran alzados a los hombres de Páez bajo una algarabía de tiempos pretéritos, y, ante estos cárdenos relámpagos en ojos enrojecidos, ojos brutales, optan mejor por escapar de aquel laberinto de machetes y lanzas. Estos señores, que vinieron del frío bogotano para montar jefatura en el aire, casi se construyen una tumba en esta tierra enfierecida donde la sombra amenazadora de la muerte se encima sobre ellos en la gritería de los rudos matones que pretendían mandar. ¡Nuestro Taita es Páez, el mayordomo! Los neogranadinos no

dan un paso más en su aspiración de poder y tienen que irse de esta tierra de olor fétido a pantano. Los días continúan al ritmo de guerrillas y bailes, de fuego y música.

El Negro Primero se encuentra con un hospital al aire libre que bien organiza la esposa del catire Páez, la señora Dominga, con varias mujeres que llaman “troperas”. Es entonces que entre ellas ve a una mulata que también lo ve a él y cuya mirada lo aterriza y aturde, lo amedrenta, y el feroz guerrero de las llanuras es un niño penoso que se somete a esta nueva autoridad y baja la cabeza y por el rabillo del ojo se percata que lo sigue observando esa hembra que atiende a los heridos de recientes combates, pero ella interrumpe su trabajo de nuevo y levanta su mirada de ensueño para imponerse coquetamente, provocando inquietud y timidez en un hombre indefenso ante esta antiquísima picardía femenina que es consciente del inmenso poder que tiene toda mujer bella cuando arropa al sexo débil, que es el hombre.

—Oiga hija, no aguanto sus ojos—casi le implora Pedro Camejo.

— Entonces, no me mire- le contesta la mulata con una risita.

Rumor de lluvia fresca en el espíritu cuando nace un amor avivado entre los árboles y el cantar de las paraulatas que anuncia el fin de la resequedad de los suelos. Ambos ríen, ambos coquetean, pero es ella quien domina las circunstancias con su belleza humilde y directa, sin ambigüedad, sin remilgos; y cuan-

do en ella brillan sus ojos, en cambio él baja la mirada amaestrada por la portentosa mulata y se torna en un guerrero con la lanza caída ante la coquetería de la plena inocencia demoníaca.

—Míreme pues. No me tenga miedo—le dice el mujerón.

--Ajá, está bien. ¿Cómo se llama?

--Me llamo Juana, pero se me conoce como la Bizarra.

—Oiga, estoy a su servicio, y me llamo Pedro.

—Sí, ya sé: el Negro Primero.

A partir de ese momento, los demás días serán el génesis de un Adán y una Eva en aquel paraíso perdido del llano cuando la lluvia se acerca con su sonido reverdecido, fogoso y tropical para acompañar el calor que se desata sobre sus cuerpos abrillantados de frenesí en sus recias sexualidades que se embisten y se chupan ante murallas que no caen en medio de la fogosidad entre pieles. Una deidad salta entre ellos con risa de voz baja mientras hacen el amor como negros que vienen de Mali, escapados para formar un cumbe. El Negro Primero y la Bizarra se hacen pareja y socios, no sólo en el amor, sino también en la santería para hacer de la guerra unas jornadas mágicas de conjuros y hediondez a tabaco sobre la tropa de Páez. El Negro Primero y su mujer alientan los cultos en las sombras o en la tenue luminosidad de las fogatas para que los rostros boquiabiertos de los llaneros se traguen las ánimas. La patria también se construye en lo oscuro del ritual porque necesita de ancestros que cuchicheen sobre las cabezas primitivas en el instante de la fumada.

CAPÍTULO VII

Santafé, 1816.

“Viva el Rey Fernando Séptimo”

Los gritos venían de todos lados en una población multicolor y multirracial que recibe con gran alegría a la tropa comandada por Miguel de la Torre. El vasco no descansa desde que llegó a Margarita con el contingente jefaturado por Pablo Morillo. La Torre entra en Santafé y no ha tenido tiempo ni para mínimas lecturas ni para registrar en su archivo los ingredientes de la gastronomía margariteña. Miguel de la Torre llega hasta la capital del virreinato siguiendo las órdenes de un Morillo que todavía se encuentra en la reconquistada Cartagena. Llega triunfante a Santafé y en medio de una fiesta popular que se diferencia de aquel día cuando por fin las banderas del Rey avanzaron sobre la Cartagena caribeña después de la resistencia por más de 100 días de sus moradores y después que el núcleo de patriotas que la comandaba, con un José Francisco Bermúdez a la cabeza, escapara en medio de la oscuridad sin luna y burlando el bloqueo marino. Recuerda Miguel de la Torre que fue uno de los primeros en entrar allí donde se encontró con una fila de seres esqueléticos, en harapos y hasta embarrados con su propia mierda, y esos muertos en vida rodearon a los primeros soldados monárquicos pidiéndoles alimentos y agua, ya que desde hace semanas comían ratas y raíces en convivencia con los

zamuros que llegaron nutridamente para picotear cadáveres en las calles y en las plazas, destrozados estos por las bombas de artillería, tiroteados, quemados y hasta algunos de esos cuerpos de hombres, mujeres y niños terminaron sus días sentados en sus hogares o sobre sus camas pues sucumbieron por el hambre y la deshidratación. Pero hoy era otro día y otro lugar para el reconquistador Miguel de la Torre que no entraba a un cementerio como el de Cartagena, sino a una capital virreinal que hasta ayer era patriota y hoy recibe a los españoles como libertadores expresando así su arrepentimiento porque compartió hogares y afectos con el bandidaje, con la traición y el ateísmo. El vasco vino muy fatigado y su satisfacción no es completa pues no logró alcanzar a algunos jefes patriotas en su huida de Santafé. Sabe que Morillo tendrá un gran disgusto porque no capturó a un líder francés de los rebeldes, a Manuel Serviez, que se escapó de milagro cuando los españoles entraron a la capital virreinal y que es considerado una figura emblemática de la rebelión y a quien había que capturar vivo o muerto por el tufo envenenado de su influencia como hombre que combatió en su país natal bajo las órdenes de la revolución francesa. No obstante, entra victorioso a la capital rebelde y ahí están las personalidades influyentes de ese pueblo dándole la bienvenida. Al recibir una condecoración honorífica de la mano de una dame de la alta sociedad, el vasco se voltea para exclamarle a uno de sus lugartenientes:

—¿Tú crees que sea necesario el puño sobre esta gente si están dadas las condiciones para lograr su cooperación voluntaria?

—¿Usted cree que ellos están francamente arrepentidos?

—Más que creer, de lo que sí estoy convencido es que también está contemplada la política en nuestro hacer aquí. Lo que pasa, Luis Felipe, es que el Mariscal se volvió vengativo al tener noticias de que Arismendi se burló de él en Margarita y que aprovechó nuestra salida de allá para retornar a la rebelión y degollar a los soldados que dejamos acantonados. Yo no creo en la ley de la selva, Luis Felipe.

Acompañado de la oficialidad sonriente y glamorosa en su entrada al palacio de los virreyes, anuncia que, vista las muestras de su recibimiento y que se está evidenciando la plena colaboración de los habitantes de Santafé, no le queda otra que darle efectividad a la política de pacificación que dirige el mariscal de campo Pablo Morillo y así llama a su secretario para decretar un indulto en los siguientes términos:

Americanos: el excelentísimo señor General en jefe son Pablo Morillo, destinado por el soberano para pacificar esta vasta región de sus dominios, me ha confiado el mando del ejército oriental del Magdalena; constituido por este empleo a obtener la satisfacción de gobernar un territorio desolado por unos maluados, que su edor de amor a la patria la han aniquilado y destruido hasta el extremo en que yace; y usando

de las facultades que S.E. me concede, como fiel intérprete de las piadosas intenciones del Rey nuestro señor, quiero antes de ensangrentar mis bayonetas, gesto al que resisto con todas las fuerzas de mi ser, haceros partícipes del último indulto que ofrezco. Todo los sargentos cabos y soldados, empleados de hacienda y demás cargos civiles, que deponiendo sus armas y actual servicio vuelvan a los pueblos de su domicilio a ejercitarse con toda seguridad en sus antiguas profesiones, se harán acreedores a esta gracia, y merecerán el perdón de su extravío. Indulto también a todos los oficiales desde capitán inclusive abajo. Estas generosas proposiciones, que en medio de 6.000 vencedoras bayonetas, pronuncio, podrán convenceros que ningún género de temor me las hace proclamar; y si solo el ardiente deseo de restituir aquella tranquilidad que respira todo vasallo protegido por nuestras leyes. Preguntad a los pueblos por donde ha trasmitido mi ejército, los mismos pueblos que los bandidos de Serviez han saqueado sin perdonar lo más sagrado y recóndito de los templos; preguntadle que conducta ha observado: no hay esposa ni madre que no llore la pérdida de su hijo, cuando ve en su casa alojado un español, y deponiendo su fuerza militar se dedica a consolarla; jóvenes esposas calmad vuestro llanto y vivid persuadidas que vuestro consortes arrancados del lecho nupcial por la crueldad y despotismo de los que os gobiernan, volverán a enlazarse con indisoluble vínculo, luego que sepan esta invitación que les hago en nombre del rey Nuestro señor Don Fernando VII.

Santafé, 4 de mayo de 1816.

El comandante general Miguel de la Torre.

La Torre termina así el decreto. No comparte el pesimismo de su secretario sobre cómo su excelencia Don Pablo Morillo recibirá estas decisiones políticas que él concibe correctas; él prefiere arriesgarse en el camino de este sendero de la prudencia benévola. Es muy posible que las acepte; son de “alta política”. Miguel de la Torre ve a los neogranadinos rendidos y felices con la restitución del orden monárquico. ¿Por qué no aplicar la clemencia sobre estos pueblos que sufrieron la violencia de los rebeldes y la ferocidad de los monárquicos? Él no vino a América a construir su liderazgo militar a punta de ajusticiamientos, que es costumbre entre los oficiales que encontraron aquí defendiendo la causa del Rey. “Yo no vengo a glorificar la muerte”. Le enfatiza a su secretario:

—Con eso de ostentar poder con amenazas y brutalidad no me ganaré las simpatías de estos pueblos y no depondrán las armas y no retornarán con la corona.

—Ojalá que Don Pablo lo vea así también.

—Si no lo ve nos deparará tiempos muy terribles, así hoy nos veamos poderosos, imponentes.

Atareado, ofuscado, ordenando fusilamientos e instalando horcas; así, en un estado de frenesí vengativo y represor, se encuentra el “pacificador” Pablo Morillo cuando recibe la información de como Miguel de la Torre se comportó en la capital virreinal. Primero se entera de que fue incapaz de realizar lo que se le en-

comendó, que era evitar que una buena parte de los jefes militares rebeldes se escaparan; se le pusieron los ojos rojos de ira al enterarse de que el franchute Serviez escapó hacia Venezuela. Pero queda conternado cuando también le comunican que La Torre llegó con una clemencia que para él raya en la necedad irresponsable al colocar esa conducta en el contexto de lo que pasó en Margarita y a sabiendas de que la mano dura es el procedimiento más adecuado para enfrentar a una gente que no quiere nada con España ni con el Rey, que no darán por las buenas su brazo al torcer y que no merecen ningún perdón porque no tienen palabra y atacan por la espalda.

¡Lo maldigo! — así insulta Morillo a pleno grito a Miguel de la Torre al enterarse de su incompetencia e indulgencia en Santafé. Los demás oficiales no dejan de sorprenderse por la ira del “pacificador”. —¿Qué más se podía esperar de un hombre sin carácter y ahora paternalista? Lo que pasa es que se volvió vanidoso y no aguantó los halagos de esa cuerda de traidores que lo esperaron para hacerle la corte allá. ¿Cuántos regalos habrá recibido de ellos? ¿Cuántos agasajos le habrán hecho? ¿Cuántos bailes en su honor y a cuanta puta criolla le habrán aproximado para que coquettee con él? Se la da de político, pero es un hombre débil. ¿Cómo no capturó a Serviez?

—¿Y estos indultos, su excelencia? —le interroga su secretario.

—No le apruebo nada. Prepárese que le voy a dictar. Mándele esta correspondencia:

Mi estimado la Torre; sin duda que ha salido usted de la Batueca se ha vuelto bobo o no conoce aún a los Americanos; me dice usted en su carta que los pocos malos que hay están arrepentidos; lo mismo se decía de los de Margarita y nos han jeringado muy bien y falta el rabo por desollar, entonces era otro tiempo porque el ejército acababa de llegar a América, pero ahora estamos en otro caso y es preciso proceder como el Rey manda, esto es, castigar las cabezas o motores de la Revolución por más que digan que están ochenta mil veces arrepentidos, y su principal deber de usted, luego que ocupó la capital, era haberlos puesto presos inmediatamente, porque debió conocer que en mi indulto sólo perdono a los oficiales que hagan un servicio interesante a la Patria, no podría verificarlo con los cabecillas ni el Rey lo aprobaría. Si usted dice que son tan buenos y tan amantes del Rey, ¿por qué no han imitado a los de Honda, prendiendo a Serviez y a toda la canalla para lavar su mancha? Amigo mío, desengáñese y abra el ojo con esa canalla que solo desean que los soldados se vayan minorizando e inutilizando con las llagas y en otras bajas, para echarse encima, en cuyo caso quizás sería usted el primero a quien como tal elemento colgasen. Tanto usted como Calzada se han quedado asombrados con cuatro vivas y otras exterioridades, habiendo dejado de perseguir los enemigos sólo por disfrutar de la capital, pero a bien que ahora tendrá que hacer cuatro meses de marcha, cuando se pudo haber acabado con la canalla en cuatro días. Lo hago

a usted responsable de todos los resultados. No es difícil suponer que ahora Serviez y todos se reúnan dispuestos cómo están a que se infeste todo el Reino de Guerrillas.

Cartagena, 6 de diciembre de 1815.

General Pablo Morillo y Morillo.

Conde Cartagena, marqués de La Puerta.

Comandante de la Expedición pacificadora de Costa Firme.

Capitán General de Venezuela.

Pablo Morillo al entrar en Bogotá trata de contener su furia ante ese subalterno con ínfulas de ángel. No sabe si humillarlo, degradarlo o fusilarlo por inepto. Pero toma un giro radical en sus decisiones y le otorga el grado de brigadier para así darle una orden fulminante, y es la de perseguir a ese contingente de fugados que se fueron a las llanuras del Casanare, además de cruzar hacia el Arauca para que enfrente en Venezuela a un jefe bandido de apellido Páez que es una pesadilla guerrillera en tan inmenso territorio. La orden es de buscarlo, derrotarlo y exterminarlo, y de ahí continuar hasta Angostura, el nuevo cuartel general de los rebeldes.

— Su excelencia, después que anula sus decretos creí que también lo iba a castigar peor. ¿Por qué lo ascendió y le da esas órdenes de mucha responsabilidad? —Su secretario le pregunta por tan inesperada decisión—Las guerrillas allá son infernales. El tal Páez es un tormento.

— A pesar de todo es un buen militar, pero ese libre-

río que tiene en la cabeza lo hace creerse superior y le pasa lo que le pasó por andar de político con los enemigos. Prefiero tenerlo lejos de mí. Y vamos a ver cómo se comporta allá en Venezuela donde están los responsables del caos. Vamos a ver cómo le va con ese que llaman Páez. Hablando de los venezolanos, revisemos la correspondencia para su majestad y que sobre esa gente ayer le dictaba.

—Aquí está ese papel; escuche como va:

El americano no quiere ser gobernado por nadie, a menos que sea jefe de su país; no obedece a ningún europeo, sobre todo si es español, o, si le obedece, no es sino aguardando la ocasión de sacudir el yugo. Cada provincia de América quiere ser gobernada a su manera: Lo que es bueno para el virreinato de Santa Fe, no es conveniente para Venezuela, aunque sean limítrofes.

El habitante de Santa Fe se ha mostrado tímido; el de Venezuela, audaz, malvado y sanguinario. En el virreinato se escribe mucho, y los jueces están abrumados de trabajo; en Caracas, al contrario, se terminan las disputas por medio de la espada. De aquí la diversa clase de resistencia que hemos encontrado en los países; aunque en una cosa se parecen ambos, que es la disimulación y la perfidia.

Probablemente los habitantes del virreinato no nos habrían resistido con tanta obstinación si no hubieran estado ayudados por los venezolanos.

Por igual motivo ha sido que Cartagena se ha sostenido tanto tiempo contra nosotros. Al lado derecho de los márgenes del Magdalena han dado algunos comba-

tes; los que más se han distinguido en ellos han sido igualmente los venezolanos. La estéril provincia de Antioquia nos ha declarado una guerra a muerte por dos ocasiones, y han cerrado el paso de sus montañas: Los venezolanos han sido lo que a ello la han excitado.

Santa Fe ha tomado las resoluciones más desesperadas en virtud de las insinuaciones de los emisarios de Venezuela. En una palabra, todo en la lucha actual es obra de este maldito pueblo.

En su propio país es una horda feroz, y si se dirige bien, nos va dar que hacer por mucho tiempo, y será necesario sacrificar muchos soldados y muchos tesoros para reducirlo a la obediencia. A mi llegada a este país, a la cabeza de la expedición de S.M., me ha horrorizado el saber que cada acción perdida o ganada, costaba multitud de soldados. Persuadido de que la guerra de destrucción era la obra de dos partidos animados por la venganza, creí llegado el tiempo de emplear la clemencia que S.M., ha recomendado tanto; pero ¿Cuál ha sido el resultado de la dulzura? Nuevas revoluciones; nuevas perfidias han sido la continuación de la aparente pacificación, y si en algún tiempo se somete al virreinato, se puede estar persuadido de que no aguardará sino una ocasión favorable para sublevarse de nuevo, sobre todo si no se ha extinguido radicalmente el germen de la revolución en Venezuela. —Muy bien. Sólo falta firmarla. Y volviendo con La Torre, yo no le deseo que le vaya mal, pero espero que se aleccione ahora que va a enfrentar a los verdaderos enemigos.

— Para bien de los intereses de la corona, su excelencia—le dice el secretario mientras humedece la pluma para la firma.

CAPÍTULO VIII

Londres, primeros días de 1817.

Lord Castlereagh, ministro de Exteriores de Inglaterra, levanta su vaso y paladea su contenido al observar a su jefe de policía a quien llamó para revisar el inicio de un extraño movimiento plasmado en los periódicos británicos y que tiene ribetes de ser un asunto delicado diplomáticamente que podría afectar las relaciones con un país aliado, como lo es la España que los acompañó para enfrentar al tirano Napoleón Bonaparte. El policía se percató de los movimientos intensos en la ciudad de Londres de un personaje que viene de una lejana tierra, una colonia rebelada al imperio español, la denominada Capital General de Venezuela. Este personaje pintoresco, llamado Luis López Méndez, es exótico precisamente porque se hace pasar por representante diplomático de una partida de rebeldes que en esa tierra pretende crear una república independiente y comandada por un aristócrata fanatizado que se llama Simón Bolívar, un individuo que se volvió héroe de historietas folletinescas que entusiasman a jóvenes soñadores y desocupados. —Deme su impresión, James.

—Su excelencia, esto puede ser conveniente y no, pero lo que sí es cierto es que Londres se está agitando por lo que está haciendo ese tal López. Se puso en contacto con estos periódicos, y estos comunicados están causando un revuelo con este tipo de anuncio:

Soldados efectivos cesantes y jóvenes de espíritu harían bien en dirigir su atención a las ventajas no comunes que son ofrecidas ahora para entrar al servicio de la Nueva Granada, las cuales son infinitamente superiores a cualquier otra, ya que después de cinco años, poseerán provisiones suficientes para ellos y su familia para siempre.

—¡Válgame Dios, y hasta publica en “The Times”!

—Pues en muchas partes hay panfletos y se contratan embarcaciones para el transporte de los interesados, y le leo lo que dice este artículo de alguien que pareciera trabaja para la rebelión de aquella Venezuela con esta propaganda en el Carrick Morning Post: Se concederán los incentivos más favorecedores a aquellos hombres jóvenes, de buen carácter, a los que se considere calificados para servir en la Legión Irlandesa del general Devereux, y que estén próximos a zarpar directamente hacia los cuarteles del jefe supremo, solamente se deben presentar hombres efectivos y llenos de vida; se dará preferencia a soldados bien disciplinados, que tengan sus altas en regla, para quienes ésta será una excelente oportunidad de mejorar su fortuna y hacerse a generosas comisiones por el resto de su vida.

Lord Castlereagh tiene años estudiando la imaginación de los europeos en su extraña atracción fantástica por el desconocido continente americano. El noble inglés revisa la prensa y otros informes que transmiten aquella emocionalidad de lograr riqueza en América con la aventura. En sus reflexiones so-

bre ese fenómeno, detectó que esa emocionalidad no sólo fue la hoguera donde se quemaron tantas vidas de españoles; ella también abarcó la irracionalidad aventurera de los mismos ingleses, de los portugueses, franceses, alemanes, holandeses y otros que quisieron encontrar en ese continente un paraíso de riqueza a lo “El Dorado”. Con esta perspectiva, aprecia que lo que está generando López Méndez en las calles de Londres, de Liverpool y de Manchester, es la misma inspiración enfermiza de los canto de sirenas que embrujan, que duermen y que después despierta alentando audacias en esa América que sustituiría el frío de las tierras británicas y la hieledad de las noches largas de Estocolmo, de Berlín, de Bruselas. Lord Castlereagh reconoce que López Méndez, con su propaganda, alienta una nueva Arcadia épica para una especie de cruzada renovada donde serán convocados famélicos cruzados que deberán alistarse para rescatar a otra especie de Jerusalén que está en Venezuela en brutal juego imaginativo que motiva a los combatientes de las guerras napoleónicas porque no saben hacer más nada sino pelear.

—¿Qué dice Milord?

— Pues que desde adolescentes salieron de sus hogares para enfrentar a Napoleón y no tienen arte ni ciencia en la mayoría de esas vidas que nunca se pegaron a un arado ni a un telar, sino al riesgo del combate, a la camaradería del campamento militar, a la gloria, a las medallas y al uniforme, esté destrozado o bañado en sangre. Sus vidas nunca tuvieron que ver

con la fábrica que se levanta ni con el pico ni con la pala, ni con la vida del obrero ni con la vida civil del burgués, y no sirven para limpiar las calles ni para oficinas. Así que estas noticias de una guerra lejana, a favor de la libertad y a favor de una revolución, los alegra, así sea en una tierra que no es su tierra, donde si mueren no tendrán ni una tumba buena ni una lágrima aceptable.

—Bonita elocuencia Milord. En fin, no significan nada y no sirven para nada como dice usted. Son meros fantasmas bien espectrales, y más fantasmas si regresaron tuertos o mochos y si retornaron vuelto locos o traumatizados; pero ahora un rayo de sol revienta la oscura noche de ese presente de hambre y de abandono que tienen; y ese rayo de sol se los da un hombrecito que viene de eso que llaman Venezuela y que anda por allí lanzando panfletos donde los llaman a reclutarse en otra guerra contra otros tiranos. Lord Castlereagh escucha con interés estas palabras del jefe de policía y ve el contenido del vaso de Wiski y él quiere entrar dentro de ese recipiente y probar con su cuerpo la bebida. Se levanta y atiende acucioso las otras lecturas de los periódicos, y lo hace con la intuición de que por la puerta de su despacho no tardará en entrar el embajador español con toda razón en su protesta, y ya se verá más adelante convocado a la corte y hasta tendrá que ir al parlamento para que explique el fenómeno del reclutamiento de mercenarios en Inglaterra y que está lesionando los intereses de un aliado de su nación. Sabe que ese asunto también tiene be-

neficios para su país y que de esa conversación con su policía saldrá el argumento que le permitirá calmar la molestia de los demás políticos y atemperarla ante los reproches justificados de los españoles.

—Escuche este anuncio Milord y podrá sacar una mejor idea de esta situación:

Desde el día en que inscribieran sus nombres recibirían cuatro peniques adicionales por cada chelín más que en el ejército británico; un pasaje hasta los cuarteles, y 60 dólares al llegar; 1libra de carne de res o de cerdo, 1libra de pan, 1 1/2 patatas, 1 porción de *whisky* por día; avena y mantequilla, etc., durante la travesía. Igualmente recibirían una participación proporcional de las tierras, capturas y premios en dinero; 200 acres de tierra, más 80 dólares para comprar implementos de agricultura.

También contarán con dispensa plena y permiso para vender la tierra, con un pasaje gratis de regreso, de ser necesario, después de cinco años de servicio. Un cabo recibiría 25 acres, un sargento 300, un mayor 350, y así proporcionalmente. Todo cabo bien recomendado sería ascendido a sargento y todo sargento a mayor, y así sucesivamente, además tendrían una enorme posibilidad de ascenso de acuerdo con la conducta “gallarda y digna de un soldado.

—Ese agente de los revoltosos convence a cualquiera. Hasta a mí me está entusiasmando. Con tanta hambre y con tantos soldados desempleados que deambulan por el país, claro que esta invitación debe generar entusiasmo, y por supuesto que los españoles

deben molestarse porque esto se está haciendo ante nuestras propias narices que siempre manifestamos que somos neutrales, que no nos relacionaremos con esta revuelta. ¿Qué usted dice?

— Pensamos lo mismo: hay hambre y desempleo por las malas cosechas de este año, y la competencia que nos hace la Europa continental lesiona nuestras fábricas y nos quita participación en el mercado. Vaya y vea a los mendigos por todas partes y gente pidiendo un pedazo de pan en las iglesias parroquiales, y el mayor número de los indigentes lo componen cientos y cientos de soldados que no tienen hábito de trabajo y no encuentran que hacer. Se están multiplicando los motines por comida y son alentados por estos sujetos y por eso estamos ante un barril de pólvora a punto de estallar.

— Este desasosiego en las calles de Inglaterra necesita ser frenado, y esa oportunidad la está dando el tal López Méndez y su reclutamiento. Sé que nos traerá dolores de cabeza, pero por estos momentos nos taparemos los ojos para que se embarquen varios de estos desempleados y que tengan ocupación en esa guerra bien lejana. Por supuesto, llegará un momento en que tendremos que cerrar ese negocio y expulsar al López Méndez de Inglaterra. No tengo ninguna simpatía por esta rebelión, y sabe usted que el tal Simón Bolívar estuvo por aquí hace unos años y nos tocó también hasta proteger mientras pudimos a Miranda, el que murió preso hace unos días en España; más te digo que hay oportunidades comer-

ciales con esos sujetos de Venezuela, como las hay con los neogranadinos, con los del Río de la Plata también, a pesar de que nos combatieron en Buenos Aires, pero usted sabe que existe eso que llaman aliados y el mapa europeo se mueve por intereses. Pero, en fin, dejemos que López Méndez haga su trabajo por unos días para aliviar nuestras calles.

—Exacto Milord.

CAPÍTULO IX

Thomas Ferriar lee la “oferta de empleo” y ve alentador todas esas promesas por participar en la guerra de independencia de Venezuela. Revisa la lista de beneficios y esa lectura la acompaña con otras que tienen que ver con las revoluciones en Sudamérica y así puede obtener una visión más amplia sobre ese viaje, más allá de la oferta de dinero. Lee sobre los ideales de libertad de un pueblo que quiere quitarse de encima el yugo del coloniaje español de siglos, y lee también sobre los jefes de esa rebelión, y especialmente el que llaman Simón Bolívar, y así concibe que su triste vida puede finalizar gracias al encuentro con la aventura bolivariana bajo la luz de un brillante sol. Ferriar observa a un grupo de niños con espadas de madera que corren y chocan entre sí con una lúdica fiereza de combatientes y que gritan ¡muere!, ¡muere!, pero el compañerito no cae y los niños siguen peleando y persiguiéndose mutuamente, y no se les cansa el brazo y saltan por aquí y por allá con su sed de juego. Ferriar debe irse a Venezuela, más que por la paga, para construir su propia leyenda, como la tiene aquel Simón Bolívar.

Con mucha esperanza y con casi nada de equipaje, con las publicaciones del reclutamiento y algo de dinero que recogió entre algunos amigos, Ferriar se dirige a Londres al lugar de la convocatoria divulgada por la prensa. Va lleno de ilusiones sobre esa América que

quiere ser libre, según la propaganda de aquel López Méndez, y va también a labrarse un nombre como luchador por la libertad. Él Nuevo Mundo lo espera con su fuente de riquezas y de aventuras, y puede así aspirar una gloria que quizás será fácil de obtener.

Llega a la ciudad de la densa niebla y sigue las instrucciones contenidas en los periódicos que lo hace dirigirse a un bar en Chelsea donde encuentra otros aspirantes que vienen de distintos lugares de Europa. Eran sujetos de la niebla y de los días sin sol, y por eso no se les ve bien el físico ni los atuendos grises mientras mascullan acentos, jergas y groserías. Uno que otro alza la voz para saludar efusivamente a alguien que estuvo en Waterloo, y hasta hay reclutas que nunca pisaron un campo de batalla porque son agricultores arruinados, maestros de escuela sin escuela, artesanos sin ocupación o simples delincuentes de callejones. Formando un compacto grupo, atraviesan las calles neblinosas de Londres y llegan al lugar del encuentro que está colmado de gente variopinta. Al momento, entran los personajes tan esperados: llegó el agente extraordinario de aquella desconocida Venezuela, Luis López Méndez, en compañía de unos recién designados coroneles: un tal Gustavo Hippisley, un tal Henry Wilson y un tal Gilmore, y que ya firmaron contrato el día anterior; el apellidado Gilmore se encargaría de organizar a los reclutas en escuadrones, regimientos, batallones y brigadas. Para tal fin, instala unas mesas donde cada aspirante se registrará y algunos hasta estamparán sus firmas, los que sepan hacerlo.

Le toca a Ferriar su oportunidad de registrarse:

— ¿Usted tiene experiencia militar?

—Estuve en varios combates y soy sobreviviente de Waterloo.

—Bendito seas. Los veinte que te antecedieron nunca fueron a alguna guerra ni a ningún ejército. Van a América porque tienen hambre y aquí en Londres no hay más nada que hacer sino robar. ¿Hasta dónde está dispuesto a llegar con la oferta de reclutamiento que publicó el señor López Méndez en el periódico que llevas en la mano?

—Hasta muy lejos, coronel.

El reclutador y el recluta se ven a los ojos firmemente. Gilmore no entiende la profundidad de la expresión de Ferriar, pero lo toma como un militar atrevido y no fanfarrón que por una buena paga será capaz de todo. Gilmore, igual que los otros coroneles, se incorporó a la expedición para alcanzar una gran fortuna y regresar a Europa como potentado; por eso el contrato de estos hombres fue más caro porque casi lo hicieron en términos de socios de López Méndez, y en ese acuerdo también obtuvieron sus grados de coroneles sin haberlos ganado en alguna batalla.

—Me gusta su actitud. ¿Quién sabe, quizás terminemos siendo nosotros los gobernantes de esas tierras? ¿Nombre y grado?

— Thomas Ferriar y mi grado es teniente coronel. Estuve asignado a un grupo de artillería, aunque en Waterloo me tocó pelear dirigiendo una brigada de infantería.

—Pues preservarás tu grado en esta expedición. Formarás parte de un grupo de diez oficiales bajo mis órdenes, más otros 80 efectivos que formarán una Brigada de artillería. Me informó el señor López que se comprarán morteros y cañones ligeros. Éste es el contrato que contempla punto por punto lo que se publicó en la prensa. Firme aquí o quiere leerlo.

—Firmaré.

—Pues entonces, bienvenido teniente coronel Thomas Ferriar. Por allá están haciendo un brindis si gusta de una copa.

—No deseo tomar hoy, coronel. En otra oportunidad; si la hay.

—¿Se dio cuenta en el contrato que si queda incapacitado a consecuencia de las heridas será compensado?

Ferriar asintió, pero no es de su interés esa clausura del contrato. Se estrechan las manos y vuelven a mirarse a los ojos y de esa manera cierran el trato. Ferriar no quiere hablar con el venezolano López Méndez, al que encontraba muy atareado explicando algunos aspectos de la contratación y lo que tenía que ver con el amparo de las “posibles” viudas de los expedicionarios; pero está presente en el instante cuando el contratista dice cosas generales y sin explicar los detalles del viaje por temor al espionaje español que con seguridad está regado en el bar.

El venezolano habla perfectamente el inglés pues llevaba varios años en la isla, se dice que desde 1810 cuando vino con el jefe de la revolución, el tal Si-

món Bolívar. No es militar y más bien sus coroneles lo llaman profesor, y tiene más un aire de distinguido o de presumido, pero se escucha ágil de mente y de palabras. Es un hombre que transmite entusiasmo y presenta con mucha persuasión una visión que alienta a los presentes. Sí se ve preocupado y ojoso, pero francamente también se ve convencido y apasionado por ser el representante diplomático de una nación que no se encontraba en ningún mapa sino su denominación colonial de Capitanía General de Venezuela.

Y así les dice a los presentes:

—Caballeros, les doy la bienvenida a esta expedición. En verdad los felicito por su determinación de acompañar al pueblo venezolano en su lucha contra la opresión de un imperio decadente. No les daré pormenores y detalles en estos instantes. Ya en alta mar se leerá toda lo concerniente a su destino y sobre el punto de llegada. Tampoco tendrán en este momento la fecha de partida. Estamos ultimando algunas compras, consiguiendo algunos recursos, reclutaremos un poquito más. Estarán unos cuantos días esperando el viaje, pero lo harán ya acuartelados. Y dijo unos de los enrojecidos reclutas por el licor:

—Esperamos, señor, que usted y sus amigos de allá cumplan con nosotros, tal como se estipula en el contrato y en los periódicos. ¿Su jefe Bolívar debe de tener muchos recursos económicos?

—Su excelencia, el Libertador Simón Bolívar, está entre los hombres más ricos de América.

Y Ferriar piensa en ese personaje que es rico, quizás un aristócrata, pero también libertador de un pueblo, y el inglés se entretiene con esa mezcla peculiarísima: “No busca más bienes de fortuna, sino que quiere la gloria, y no me cabe dudas que este Bolívar, al que llaman Libertador, debe de estar dotado de una naturaleza superior. Quiero conocer a ese tal Simón Bolívar. Y es que no lo he visto y ya lo admiro. Pero seguro que será también un hombre solitario, como lo es todo héroe”.

CAPÍTULO X

Llanos del Apure, “Mucuritas”. Veintisiete de enero de 1817.

Un numeroso ejército realista se moviliza sobre lo que Páez considera su territorio. Se trata del Brigadier Miguel de La Torre que viene victorioso desde Nueva Granada como enviado especial del Pacificador y que desde Guasdalito hasta San Fernando pretende abrirse paso hacia Guayana. En las proximidades del paso del Frío el coronel realista Sebastián de la Calzada se encuentra con las fuerzas que comanda el brigadier y que viene de Cúcuta por la vía de Mérida y después de cruzar la selva de San Camilo con los batallones Cachiri, Vitoria y el Numancia, más 3 escuadrones de caballería y uno de artillería integrados por españoles curtidos en las guerras contra el ejército de Napoleón en la España invadida.

El catire Páez recibe más información de sus espías sobre el recorrido de los invasores que son más de tres mil infantes y mil setecientos jinetes, y otros informantes también le dicen que esas cifras se quedan cortas. Y él sólo cuenta con 1100 llaneros para realizar lo que se le metió en la cabeza.

—Mayordomo, ¿no cree usted que el enemigo es mucha gente para lo que tenemos? —le pregunta Cruz Carrillo, uno de sus “echa pa lante” que ahora tiene dudas.

El Negro Primero mira detenidamente su lanza y espera la respuesta del catire. Páez, teniendo conoci-

miento de la ruta que tomó el enemigo, asoma sus pretensiones de enfrentarlo, interceptarlo, confundirlo, causarle el mayor daño posible; aunque por primera vez algunos de sus hombres le están diciendo que sería eso una acción suicida.

—Tengo mucha confianza en ustedes. Aquí estas tú, Cruz Carrillo. Aquí está Ramón Nonato. Aquí el Negro Primero. Ustedes son invencibles.

—Pero hay que tener un plan—lo ataja el Pedro Camejo.

—Y yo lo tengo, negro maldito, y es el mismo que hemos madurado y perfeccionado. Les cederemos espacio, alimentaremos su confianza y después los sorprenderemos y los emboscaremos. ¿Ustedes vieron como ayer ganó ese gallo zambo? Yo voy a las peleas de gallo para aprender, ¿o es que no vieron al zambo huyendo y huyendo hasta que se volteó y le dio una estocada certera al otro gallo?

Páez marcha hacia las Mucuritas con sus llaneros muy animados y hasta dicharacheros y con el extraño pensamiento de que a la muerte no se le enfrenta con tristeza, no se le aborda con pesadumbre.

—Vamos a colocarnos a favor del viento hasta tomar el Barlovento—dictamina el catire Páez.

—¿Para qué esta maniobra mi Taita?— pregunta uno de sus escoltas

— Para evitar que nos ciegue el polvo, el humo y las cenizas.

—¿Cuál polvo, cuál humo, cuáles cenizas? —pregunta el llanero desconcertado.

—Ya verás.

El jefe español da la orden para que veinticinco de sus jinetes con carabinas vayan a inspeccionar el flanco derecho de los patriotas. El catire observa la maniobra y ordena al Negro Primero que se vaya con ocho de los más bravos e intercepte a esos veinticinco y los acabe, y les dice: “El que no regrese con la lanza llena de sangre del enemigo lo fusilo aquí mismo”, y así salió esa partida de locos a provocar a los provocadores. Los españoles se percatan de aquella comisión que viene sobre ellos y disparan, pero ninguno de los llaneros es herido y los húsares se disponen a recargar sus armas, pero pasa sobre ellos un vendaval a caballo y todos son atravesados y degollados por unas fieras que después regresarían enseñándole al taita Páez sus lanzas bañadas en sangre española.

“¡Allá está el bandolero ése!”, grita el brigadier La Torre y avanza abriendo fuego. La primera línea realista carga contra la gente de Páez y el catire le grita a su llanerada que echen carrera en aparente derrota y que vuelvan caras cuando vean a la segunda línea de su ejército entrar a la carga contra la retaguardia de la caballería enemiga. La Torre ve esa locura de repliegue del enemigo que, ¡oh sorpresa!, se regresa de repente, y entonces él lanza gritos desesperados: “¡¡¡Es una trampa!!! ¡¡¡No están huyendo!!!”. Ve que su caballería se aleja de la infantería quedando aislada. Y entonces Páez le grita al Negro Primero: “¡¡¡Vaya y péguele candelita al monte!!!” Y con cincuenta hombres el negro le echa fuego a la sabana, y en pocos instantes se levanta un incendio y el brigadier observa como su infantería

es envuelta por las llamas. Ahora los españoles se enfrentan contra otro batallón enemigo que es un infierno de candela sobre el frente hispano, por su costado derecho, por la retaguardia, y de ese candelero salen formas negras de hombres sobre caballos del mismísimo infierno. “¡A la carga!” es el grito trueno del catire Páez que con el Negro Primero hacen gozar sus lanzas, ensartando por aquí y por allá mientras brotan más llaneros de entre las llamas para caer sobre los que huyen de alguna lanza humeante.

El Brigadier Miguel de la Torre recoge a su gente como puede y emprende una tormentosa huida recibiendo cargas de caballería patriota que le dejan más bajas. En la veloz carrera, les dice a sus oficiales:

—¡Por vida de Dios! Es que el Morillo es un ruin y un necio. ¿Así que estos son una gavilla de bandidos, nada más?

—Esto es una locura. Esta guerra es una locura—le responde uno de los suyos que se persigna al salvarse de bromita.

—El no sabe contra qué se enfrenta. Estos no son unos grandísimos bellacos. Esta gente pelea por su patria y su familia, por lo que ellos son. ¡Que lleve el diablo las misas! —así exclama el Brigadier al entender que su derrota tiene la maldición de aquel Morillo que lo humilló en Santafé.

CAPÍTULO XI

Ferriar y el coronel Gilmore recorren las vidrieras de Londres donde se exhiben uniformes que quedaron de las guerras napoleónicas y que se ven ostentosos, variopintos, con colorido y vistosidad europea que enciende más la imaginación de los expedicionarios que se sueñan ataviados con esas telas, abotonados también estos soldaditos de plomo en manos de jugueteros rabiosos en su creatividad bélica. Hay uniformes para todas las expectativas y funciones, de diversos orígenes y de varios grados; hay de a diario y el de pasar revista, el de ceremonias y bailes, y el de entrar en combate, por supuesto, y hay también sillas, aperos, banderas, estandartes y sables, sombreros, gorras y cascos, y una colorida variedad de penachos, atuendos y corbatines para que los expedicionarios se vistieran para una opereta guerrera y para que llevaran a Europa en tela hacia esa guerra muy, muy misteriosa, donde también tendrán batallas adocenadas, disciplinadas, en filas y en columnas como en las frías campañas del viejo continente.

Gilmore le dice a Ferriar y a los demás que Hippisley pasó por esa tienda y obligó a López Méndez a comprar las galanuras de su regimiento en uniformes de color verde oscuro, de cuello escarlata y chaquetas con mangas y solapas con alamares dorados. Y por esa tienda también pasó Wilson y se llevó su lote de uniformes color azul para sus Húsares, más una bue-

na cantidad de botas Wellintong. La brigada de artillería, para encanto de Ferriar, se decide por chaquetas escarlatas con franjas azul claro y cordones dorados, y hasta los pantalones son escarlata con franjas doradas. Es así que este arcoíris europeo se dirigirá con ridículos atuendos hacia las selvas del Orinoco, y con esa vestimenta combatirán en los pantanos y sabanas donde terminarían desnudos, esqueléticos o atravesados por una lanza. Otros no sólo quedarían sin uniforme, sino también sin piel cuando terminen devorados por las pirañas. Buena parte de esos uniformes acabarían en jirones, y así en jirones finalizarían las vidas de muchos mercenarios, pero eso no lo imaginan los expedicionarios que hoy ríen y escogen telas frente a las vidrieras para después entrar a la tienda y firmar los recibos y endeudar a López Méndez con la compra de esas locas prendas, y hasta tambores y cornetas llevarán y no olvidarán llevarse los preciados guantes.

Mientras hacen las compras, Ferriar detiene su mirada en una rubia con algo de pecas que detrás del mostrador y con otra mujer intenta atender a los expedicionarios que incomodan porque algunos están francamente ebrios. En esa confusión, ella detiene su mirada sobre el idealista militar, y él también lo hace y un flechazo a punta de ojos se entierra en sus sensaciones y percepciones y algo adentro se agita como amor a primera vista que es propio de adolescentes.

—Disculpe señorita por observarla tanto, pero es muy hermosa, no puedo evitar...verla.

—Gracias por el cumplido, caballero. Me imagino que es otro coronel que va a cruzar el atlántico.

—En verdad, no soy coronel; soy teniente coronel. Bueno, así me reconocieron el grado último que obtuve hace un año cuando estuve en la guerra contra Napoleón. Aquel que está firmando y comprando sí lo es.
--Es usted educado.

—Soy militar de verdad. A sus órdenes. No sé que me atrae más de usted; no sé si me atraen sus ojos de azul acuoso y llamativo o sus pecas de adolescente.

—Y usted también es atractivo porque parece un muñeco de torta que no compagina con cierta rudeza de sus amigos.

Ambos ríen sus comentarios, celebran sus palabras. Ahora no son las miradas, sino el cómo comparten sus sonrisas. Es otro flechazo.

—Si usted me permite, quisiera invitarla a un paseo mañana. Dicen que por esta calle venden unos dulces muy ricos.

—¿Y usted cree que soy Venezuela, que soy una fuente de aventuras? Está bien. Salgo a las 4 de la tarde. Venga puntual y terminen sus compras de una vez.

—¿Y cuál es su nombre hermosa dama?

—Emily; ¿y el suyo?

—Thomas; a sus órdenes.

--Recuerde, sea puntual.

El agua es rizada por la brisa en el muelle. Hacia los almacenes, y en las calles aledañas a los bares y prostíbulos, no hay serenidad, sino una intensa agitación

y bullicio de los expedicionarios que llevan semanas esperando el viaje hacia América y ahora no aguantan la espera, y sus instintos e indisciplina se hace raudales entre borracheras, la baraja y la prostitución. Esa espera se hizo anárquica y amotinada, y es esa la naturaleza caótica de los que saldrán de Inglaterra pues no es una expedición militar, sino más bien una turba.

En uno de esos bares alocados y gritones por la invasión de aventureros, Gilmore, Ferriar y otros liban lo peor, pero dicho alcohol es muy bueno para pasar otra noche de una espera prolongada y descontrolada.

—Coronel Gilmore, aquí ya no se puede estar. ¿Dónde está el señor López?

—Tiene usted razón; aquí nadie obedece a nadie. Se tardaron mucho porque lo último que me dijeron es que están terminando unos uniformes. La expedición quiere irse con sus galanuras.

—No serán todos. Tengo entendido de que varios desertaron y esta noche se van otros. Algunos ya dicen a viva voz que esto es una estafa.

—Tenga confianza, Ferriar. Nos iremos antes de que culmine el mes. López no ha venido porque está reuniendo unos elementos de guerra, entre ellos los supuestos cañones que manejará nuestro regimiento.

—Yo no voy a desertar. Estoy deseoso de llegar a Venezuela. Aquí no hay vida, por lo menos para mí. Mientras hablaban, seguía el pandemonio en el bar y en las calles. Esa gentuza, que se hacía llamar militar, se emborrachaba, jugaba, drogaba y puteaba la gran equivocación que implica el viaje que ellos van a hacer. Esa

indisciplina son los anhelos que no serán satisfechos. Los aventureros intuyen que van hacia una trampa, y es entonces que se enrumban hacia una rebelión subjetiva que explota con el licor en una resistencia no controlada o no dirigida por sus razonamientos. Otros están resignados a irse a Venezuela ya que no tienen más nada qué hacer; y algunos, como Ferriar, quieren salir de la ahogante Inglaterra sin importarles de que ese viaje fuese una verdad o una gran equivocación; no les importa que sea la mayor equivocación de sus vidas.

Y grita uno de ellos: “los soldados pelean; los soldados mueren; y Dios apenas moja sus pies”.

—¿Que tan truculenta es la ambición nuestra? —reflexionaba a viva voz Ferriar.

—Tómese otro trago, teniente coronel. Yo espero hacer fortuna y que esos venezolanos cumplan, más nada. Usted es más poético en sus aspiraciones—exclama Gilmore.

¿Y si va a otro fracaso, a otro irremisible fracaso como ha sido su vida hasta ahora? Así se preguntaba Ferriar tratando de que el ron no controlara sus ideas que se cruzan con la certeza de que los héroes son un fracaso y una soledad, y que más fracaso y que más soledad que irse a un país desconocido para encontrarse quizás con otros héroes, tan fracasados y solos como él. ¿Quién vería su muerte? ¿Quién lo enterraría? Y lo que es más importante, ¿por cuál causa moriría?

—Usted es el personaje de Coriolanus, esa obra de Shakespeare—manifiesta Gilmore antes de sentir el calor del licor en su garganta.

—Ja,ja, ja. No me imaginé que usted fuera al teatro, coronel.

—Claro que voy. Me gusta *El sueño de una noche de verano*.

—Entonces usted también medita, no sólo es hombre de acción.

—Nosotros los ingleses somos muy imaginativos.

—Y por eso es que estamos aquí coronel. No sólo estamos aquí por nuestras ambiciones; nos arrastra la fuerza de nuestra intensa imaginación. Por eso es que quizás cuando lleguemos a Venezuela muchos se decepcionen porque la realidad no compaginará con lo que imaginaron de manera tan desequilibrada.

—Usted habla con pesimismo y cierta amargura.

—A mi también me gusta Shakespeare, especialmente *La Tempestad*.

Y alzando su voz y su bebida, grita Ferriar: “Tela somos en la que están vestidos los sueños y en sueños termina también nuestra breve vida”. Deja el licor en la mesa ante los ojos sorprendidos de Gilmore y de los demás, ya que recuerda que mañana tendrá que ser puntual y tener buena apariencia.

CAPÍTULO XII

Ahí está el muchachito Páez, de unos 17 años, creyéndose un hombre porque su madre confió en él para llevar una encomienda que consiste en documentos y una gran suma de dinero para una gente en Patio Grande. Lo acompaña también un peón que realizará diligencias en el mismo sitio y que no comprendía la sonrisa del chamaco que se sentía un hombre hecho y derecho con la mula que montaba, una mula para señorones, y más hombre se sentía porque le dieron dos pistolas de bronce y una espada vieja para protegerse, y más se sintió hombre porque hasta le pusieron en las manos unos doscientos pesos para “sus gastos personales”. Tan hombre es que llega a Yaritagua y baja de su montura en una tienda de ropa donde se ufana que lleva plata; el muy pendejo hace exhibición de su dinero en el mostrador al presentar una faja. El descarriado imberbe no se percata que en la tienda lo observan unos sujetos con sombreros que no dejan ver sus rostros ennegrecidos; y que, al instante de la echonería del mozo, sus ojos brillan y aguzan más sus miradas sobre este Páez que compra una menudencia, ya que lo importante para él no es la compra, sino ufanarse que tiene con qué comprar.

Continúa su viaje, pero atrás de él los sujetos mirones de la tienda también cogieron sus cabalgaduras, y es así que el catirito Páez se adentra en las montañas de Mayurupì donde el peón que lo acompaña mira

para los lados porque tiene un mal presentimiento mientras un Páez despreocupado coge su pistola para jugar con ella y apuntarle a un loro y probar puntería, pero al menos una pequeña luz de raciocinio entra en su cerebro y opta entonces por no gastar ese proyectil; “¿quién sabe?, pudiera protegerle más adelante”.

Cuando la oscuridad se encima para que gobiernen las sombras, aparece un hombre alto y semejante a una estatua de terror, y está con dos tipos que se dirigen hacia el Páez para tomarle la mula por la brida mientras el peón que lo acompañaba se acobarda y coge monte sin mirar para atrás. El catirito Páez no se amilana porque cree que en verdad es un hombre y salta por el lado derecho de su cabalgadura con pistola en mano al ver que el gigante se le aproxima con un machete y un garrote. El asaltante viene sobre el catire, pero el muchacho apunta su pistola sobre ese hombre que no se detiene y el catirito ahueca la voz diciéndole “párese o disparo”, pero el salteador alza el brazo con el machete, creyendo así atemorizar al jovenzuelo, y éste dispara y de inmediato se arroja sobre el maleante con su espada, pero éste no está de pie, sino que ha caído como el tronco de un árbol cercenado a hachazos mientras que los demás salteadores hacen lo mismo que el peón aquel que cogió monte sin mirar para atrás.

Ahora Páez está frente al cadáver de su primer muerto y de la primera criatura de su determinación. Suda el catirito y mira al cielo sin pedir perdón y mira alrededor para encontrar testigos de su hecho y piensa

que en los caseríos cercanos conocerán su hazaña, y esa noticia llegará a su casa y quizás ese hombre que mató tendrá parientes que pudieran desear venganza. Se irá de su hogar y cogerá hacia Barinas para darle inicio a su historia y a su leyenda, y levanta el sombrero del caído y al mirarlo bien se encuentra con el rostro del Negro Primero y pega un brinco sobre su lecho entre sudores y agitación con lo que al principio es un simple sueño que termina en una pesadilla. Estaba soñando en aquel día cuando salvó su vida y es entonces que se agita al encontrar en ese sueño la cara de uno de sus llaneros más aguerridos, también el más homicida. “¿Será que este negro me está fumando el tabaco?”, se pregunta el catire Páez. Sus manos están manchadas de sangre desde muy joven y eso lo asocia en una pesadilla con el Negro Primero. ¿Y por qué este hombre está en su cerebro? ¿Por qué lo vincula con su pasado homicida en defensa de su propia vida?; pero eso no importa porque sangre es sangre y asesino es asesino.

Páez se pone de pie y alza sus musculosos brazos de mole atlética y concebida para luchar contra los elementos, someter a las bestias, soportar la fiereza de la naturaleza llanera y pelear letalmente con la lanza y el machete. Desde jovencito deseo que lo vieran fuerte, corajudo y valiente, y por eso le pasó lo del asalto a sus 17 años, y por eso salió de ese trance a lo hombre; pero ahora, ¿por qué le apareció el Negro Primero en su pesadilla? Ése y los otros llaneros lo respetan a él porque es tan fuerte como ellos, porque es musculoso

como ellos, porque aguanta las inclemencias de la naturaleza como ellos y hasta canta el joropo mejor que ellos. Y no aborrecer la sangre, como ellos, le facilita liderizar asesinos; Páez también tiene que ser asesino. Esta guerra sólo la gana el que más asesina, porque la sangre es fundamental en esta lucha, y este Páez a los 17 años escuchó la voz de Yahvé preguntándole: “¿Qué has hecho? Se oye la sangre de tu hermano clamar a mí desde el suelo”, y se presenta el llanero más matarife de Boves y que entra de primero en batalla y sale de último, el que decapita, el que fuma tabaco y hace cultos satánicos junto a su mujer; y ese asaltante que el catire Páez abatió siendo un muchacho tiene el rostro de ese Negro Primero que pierde su carne facial pedazo a pedazo hasta quedar calavera. ¿Qué significa esto que se imagina o que sueña? ¿Es que sigue dormido o está despierto? ¡Oh, catire Páez!, ¿quién es Pedro Camejo, el que aparece en un sueño de tu adolescencia? ¿Quién eres tú cuando tu lanza también habla?

Son las 4 de la mañana, hora de levantarse en verdad. Hay mucha actividad en el campamento guerrillero del catire Páez donde las troperas preparan el café para los hombres ya despiertos y en faena, y el jefe de todos busca con la mirada al hombre que protagonizó el raro sueño de su tan lejano pasado de juventud. El catire pregunta por él al centinela y éste le contesta que anda ya montado y dirigiéndose hacia una mancha libre de caballos cimarrones. El aullido de los perros interrumpe el coro de sapos que acompaña al

catire desde que salió a recorrer el campamento; ellos aúllan o lloran cuando el llanero que anda buscando se le aproxima y el catire confirma que es verdad que ese negro se asemeja a aquella figura alta y fornida que estuvo esperándole entre los árboles de un camino para asaltarlo cuando él tenía 17 años. Los perros aúllan porque están acompañados de algo terrible y se les dispara una ansiedad canina. Los perros del llano le aúllan al diablo, y eso ve el catire Páez cuando la figura que se acerca es la del Negro Primero y en su boca un tabaco.

—¿En qué anda, negro? Usted no está pendiente de ningún caballo.

— Estaba rezando a solas, mayordomo.

—¿Y la Bizarra no se ha parado?

—También está rezando a solas.

—¿A quién le reza usted?

—A un ángel negro, mayordomo.

—¿Y habla con él?

—Claro, y hasta me hace preguntas.

—¿Y qué le pregunta?

—Me preguntó qué si quiero ser eterno.

—¿y que le respondió usted?

—Que no.

—¿Y eso? ¿Quién no quiere ser eterno?

—Yo, mayordomo; ser eterno debe de ser desesperante.

—Jajajajaja. Me jodistes. ¿Le sirves al reino de las tinieblas, negro?

—No, mi mayordomo, no lo vea así. Son conversas, nada más, que las traigo desde que andaba con el tai-

ta Boves. Y en aquel lugar si había lo que usted está pensando de mí. Yo lo que tengo son conversas.

—¿Y qué te han dicho?

—Una vez me dijeron que la vida que yo tengo la viviré otras tantas veces.

—¿Y cada vida será distinta?

—¡Ah!; ¿se da cuenta de lo que es la eternidad?

—O sea, que sufrirás siempre los mismos dolores, las mismas tristezas y por supuesto también las mismas alegrías. El diablo es el único que se atrevería a conversar esas cosas con uno.

—Llámelo como usted quiera. ¿Quiere una fumadita, jefe?

—Dame.

Los dos hombres del llano comparten la risa y la fumada del tabaco. Pedro Camejo invita a Páez a que lo acompañe hacia un paraje cercano del lugar donde duerme con la Bizarra. Es un rincón entre palmeras, y en su centro unas velas que rodean la cabeza de un leopardo. Ya entiende Páez que el negro primero no cazó antier ese felino por simple demostración de fuerza.

—El cuerpo lo utilicé para un ritual.

—¿Un ritual para quién?

—a Oggun.

—¿Y para qué, negro del carajo?

—Para que me dé más fuerza.

—¿Y él puede hacerlo?

—Sí que puede. Sólo tengo que ponerme a disposición del viento y volverme como él. Mi jefe, el viento sopla y no se sabe de dónde viene ni a dónde va.

—Yo tuve un sueño sobre algo que me aconteció cuando era un muchacho y que marcó mi existencia. En ese sueño salieron unos fantasmas, y entre ellos tú.
—Entonces usted tiene que ir con el viento, y el viento soy yo. Usted es de los nuestros; que no se le olvide eso.

Continúan compartiendo el tabaco hasta que el sol ya está firme sobre el llano, y el Negro Primero es un ser maligno que intenta influenciarlo, pero no quiere ni debe dejarse arrastrar, no será instrumento de nadie, ni de la naturaleza ni de nadie. Y piensa el catire en Bolívar; es posible que termine de reconocerlo como jefe; es lo más conveniente. No obstante, asume que es simplemente un mantuano más; pero eso sí, muy ambicioso y con mucho talento, pero es un estúpido que cree que podrá envolverlo a él en sus proyectos. Entonces lo que queda es fingir lealtad y subordinación. El tiempo estará a su favor y quizás este Bolívar no crezca, no superará lo que tiene ahorita y que como “jefe del ejército Libertador”. Bolívar no es más que él, así lo asume Páez.

CAPÍTULO XIII

Antes de partir hacia América, la pecosa Emile y Ferriar se comprometieron en matrimonio pensando en un pronto regreso, previendo él una guerra breve, y ella le creyó; todavía se sigue preguntando por qué le creyó. Tampoco entiende por qué se enamoró de un desconocido militar aventurero, pero quizás le atrajo su romanticismo y su afán heroico que más bien es propio de un niño que lo que quiere es continuar jugando a la guerra. Pero a pesar de su “realismo”, Emily se dispuso a adorar a su soldadito de plomo lleno de fantasías y de anhelos de aventura. Ferriar no quería despedirse como antesala a una larga travesía; más bien fue un “hasta luego”, “un pasado mañana estará con ella”, un “muy pronto volverá para casarse”. Mientras, en ese “breve instante” funcionarán las cartas para fortalecerse, para seguir unidos en la distancia y en espera del pronto regreso.

El Esmerald y El indian están a punto de levantar anclas. —Te lo digo en serio, Emily; escíbeme. Busca la manera de que tus palabras lleguen a América. Yo escribiré primero para orientarte donde irán dirigidas tus correspondencias para Venezuela.

—Sé que quieres estar sereno y firme por allá; por eso quieres que te escriba.

— Necesito tener tu apoyo incondicional, así sea con unas cartas. No te preocupes, me irá bien.

— No sé por qué me dejé enamorar, pero te voy a esperar; te voy a esperar. Ya me veo en una larga espera

a pesar de tus promesas de venir pronto; ya me veo en este muelle y oteando el mar.

Sale la expedición de Londres después de un mes de reyertas en bares y prostíbulos, después de días de un nuevo amor para el Teniente Coronel Ferriar. Durante la travesía por el atlántico, el calor y el sol fríen las cabezas de unos hombres que desde esos momentos de navegación entienden que las expectativas se distancian de la realidad cuando la comida escasea con rapidez y cuando en esas embarcaciones se abre paso una indisciplina que no cederá, que se impondría, que se consolidaría.

Los coroneles de López Méndez tampoco tienen fuerzas para mandar porque al tocar los navíos el mar, de pronto también se impone sobre ellos las dudas, la incertidumbre y no entienden ahora plenamente porque están navegando rumbo a lo desconocido y en dirección a un lugar del que se dice tantas cosas, y que entre ellas también se cuela que la guerra no será tan fácil como la pintan, que el país hacia donde van es muy pobre y atrasado, que hay enfermedades desconocidas y que los jefes de ambos bandos en guerra son crueles y despiadados, y que allá se pasa mucha hambre. En plena travesía, la preocupación de los coroneles y de los viajeros es que la paga se haga pronto, y ya maquinan desertar a la primera oportunidad. Pero también había sus esperanzados, los que aspiran encontrarse con la fortuna y la diversión; y que, si tienen que sembrar nuevas familias, lo harán. Ferriar no sólo mantiene la determinación de ir y pe-

lear, también quiere conocer a Bolívar y a los demás jefes de la revolución a quienes ubica en la prolongación de la lucha que tuvo a Waterloo como escenario. Ferriar entiende que va a Venezuela a pelear contra unos tiranos, y eso solo le da satisfacción y sentido a su existencia; pero claro, una buena cantidad de dinero no está demás. En la travesía, es el único viajero que está tranquilo, ni se emborracha como los demás. Al acostarse, coge rápido el sueño pensando en casarse con Emily, y que ella se casaría con un militar legendario y con honores; la “gloria” y Emily son lo mismo. Después de días soleados y de noches tormentosas, en las dos embarcaciones entregadas a borracheras y peleas se impone una atmósfera pesada y amenazante entre susurros y cuchicheos maliciosos, entre los diálogos en los rincones y bajo las miradas que se abrirán mucho al instante en que se muestren los sables y los cuchillos. El tiempo se detuvo sobre estos hombres donde unos quieren regresarse y otros quieren continuar, y los que quieren regresar se sienten estafados sin llegar a Venezuela; en su mayoría, ese grupo está integrado por aquellos que nunca estuvieron en una batalla, que nunca portaron en su vida un uniforme, que se enrolaron siendo vagabundos o delincuentes. En el otro grupo, en el de los que quieren seguir, éste si está integrado por los veteranos de las guerras napoleónicas, muy pocos en aras de la gloria y de ayudar a los revolucionarios, y la mayoría también en búsqueda de fortuna, pero deseaban llegar a su destino para disfrutar de una aventura azarosa. Se insultan los

bandos. En verdad los dos sectores se odian desde el muelle, y eso es lógico entenderlo porque son grupos de naturaleza distinta, anhelos diferentes.

Al amanecer, la gritería toma los buques y se encuentran dos tripulaciones en cubierta que se amenazan con todo tipo de armas, palos y ganchos. La sangre está a punto de estallar, los golpes y blasfemias se multiplican. El mismo Ferriar, armado con su espada, medio hace mueca de reírse al pensar que iba a inaugurar esa arma, pero no en una batalla, sino en una trifulca con una chusma. Ya no hay manera de contenerse y los grupos se aproximan para un inminente choque que se infiere muy sangriento y caótico porque ninguno tiene líderes ni voz que oriente, solo ganas de herirse y matarse para controlar el barco en pro de alguno de los dos propósitos: el de regresar a Inglaterra o el de seguir hacia Venezuela.

Pero el océano por fin terminó su lejanía. Antes de que se mataran en las dos embarcaciones, alguien gritó semejante a aquel 12 de octubre de 1492: ¡Tierra! ¡Tierra! Ante ellos, una isla sin barco alguno por ahí, solo botes de pescadores, ranchos en la orilla y una mancha de gente entre azul, verde y blanca arena, y unas largas palmeras bailadas por la brisa marina. Los que iban a matarse detienen sus ímpetus ante lo que ven, y no saben si celebrar o preocuparse por tan poca comitiva esperándoles. Logran escuchar desde la orilla que el lugar se llama Margarita. Desde los barcos que se aproximan a la orilla, los margariteños se ven diminutos y muy pobres, y uno de ellos lle-

va una bandera tricolor que risueña ondea. Así es el recibimiento para los mercenarios: es muy humilde, diminuto, risueño y con una bandera de unas franjas amarillo, azul y rojo. Bienvenidos a Venezuela, ¡británicos de mierda!, gritó un fornido oficial patriota que también está en esa orilla, esperándole sorprendido porque no pensó que venían dos barcos. ¿Y ahora que harán con tanta gente?, se pregunta ese oficial que los recibe con disgusto.

Pisa tierra la expedición cuyos integrantes se deleitan con el colorido de la playa, con la chilladera de los pájaros y con esas palmeras semejantes a gigantes celebrativos de que ellos llegaron; pero la otra realidad, la que es dura, también hace su aparición: los patriotas margariteños, en su elemental presencia, no encontraban qué hacer con tanto bicho raro que viene de Europa; y lo que es peor, esos bichos venían hambrientos, borrachos y llenos de armas, de extraños uniformes y mucho lenguaje maldiciente e inconfesable, más muy hediondos todos, muy piojosos todos.

Los coroneles Hippiisley y Gilmore, que manejan un rudimento del idioma español, logran comunicarse con un tal Juan Bautista Arismendi quien es el que comanda el lugar, y a él le hacen saber del hambre general en esa expedición, pero éste sin preámbulos les dice que nadie en la isla está preparado para recibir a tanta gente; allí no hay albergues ni comida suficiente. Y así la expedición entiende que, si esto pinta así, cómo será entonces con la paga y lo demás prometido, pues apenas acaban de pisar tierra venezolana y

les dicen que no encuentran que darles de comer ni tienen techo bajo el cual acomodarlos.

Le toca entonces a la expedición dormir la primera noche bajo un techo que es el cielo venezolano, inmenso en estrellas, y lo hacen con el estómago vacío y con un tormento inesperado: el de los zancudos que encuentran una carne y una sangre nueva sobre la que caen con zumbidos terribles que enloquecen los oídos y un feroz ataque que se adentra en el pellejo blanco y lechoso de aquellos británicos, que penetra el cuero de aquellos hijos de Manchester y la piel de irlandeses y escoceses que no habían probado tantas picadas así de infernales sobre su cuerpo. Después vienen los días con un calor abrasador que ellos no entienden, ni que busquen sombras, ni que busquen árboles ni palmas; no logran escabullirse al calor que los vuelve agua y el sol quemante enrojece las pieles mercenarias.

Con el pasar del tiempo, los aventureros se encuentran secos, sus labios agrietados y sus cabellos amarillentos, que se tornan más amarillentos en estos parajes donde a carcajada limpia andan los pescadores y se ríen los niños y los viejos, y las que más se ríen de los catires son las mujeres margariteñas. Llegá el momento de risa en la atarraya de los pescadores y se ríen los pescados y se ríen las olas del mar, y los mercenarios se sienten burlados y tornan a enfurecerse como cuando estaban en los barcos. En esos días que están en la playa, no solo se queman con el sol, también se enferman con el agua impura y tiritan de fiebre, y cae sobre ellos el tifus y la disentería, y entre

las fiebres son pastos de la que llaman la “amarilla”. Además de la inclemencia de las enfermedades, también se inició la desnudez: los mercenarios dejan sus botas deterioradas en las arenas de las playas margariteñas, y sus uniformes se rompen después que vomitaron sobre ellos.

Arismendi ve a esos desarrapados que atormentados caminan por aquí y por allá, enfermos y ulcerosos, y que están generando problemas porque algunos son violadores y ladrones, y algunos vienen a reclamarle en un inglés similar a una pedrada en los oídos de este venezolano que no aguanta a tanta porquería británica, y espera que el jefe Bolívar le envíe las raciones y las órdenes de qué hacer con ellos.

En cambio, la brigada de artillería sí encuentra sombra. Ferriar espera esas órdenes que vienen para movilizarse al lugar definitivo de su servicio y escribirle a Emily para notificarle que Venezuela es bella, soleada como imaginaron, pero con muchos mosquitos.

CAPÍTULO XIV

Mi querida Emily.

Esta carta, la primera que te hago desde mi llegada a las tierras que supuestamente voy a liberal, la he redactado desde la embarcación que viene a recoger a los irlandeses de la isla Margarita para llevarlos a un puerto denominado Riohacha que pertenece a Nueva Granada; desde aquí te la envié en un bergantín portugués que llega hasta Londres y al lugar donde sé que irás a buscarla siguiendo las instrucciones que te di y que espero al menos eso funcione de este caos donde me he metido por mi afán de aventuras.

. Nos dividieron en esa isla porque éramos muchos, y en aquel lugar no había para darnos de comer. Una orden que surgió, y que tampoco sé de donde salió, hizo que mi regimiento de artillería, pero sin cañones, acompañe a los irlandeses al mando de un criollo de estos que nos recibieron, apellidado Montilla. Y hablando de divisiones, el contingente se ha dividido en trocitos. Un grupo se quedó en Margarita, otro grupo continuó hacia el interior de Venezuela y me dijeron que anda perdido, y otro grupo desertó y tomó un barco en procura de regresar a Europa, pero hay sospechas de que naufragó y que toda su tripulación falleció.

Te confieso que las cosas iban mal antes de llegar a nuestro destino, pero ahora son peores. Aquí ya muchos de los que vinieron conmigo no creen en el éxito de esta aventura ni en que nos paguen. Te digo que

nos estamos muriendo de hambre. No obstante, para ser te franco, yo todavía guardo alguna esperanza de que esto se enderece; pero lo malo es que estoy con unos irlandeses caotizados y muy, pero muy pendientes de la paga, y ahora no ven nada claro.

Pero, en fin, yo ya me enteré de que el cuartel general de esta rebelión se encuentra en un pueblo a la orilla de un inmenso río. Ese lugar se llama Angostura, y que por cierto allí se encuentra Simón Bolívar, a quien algunos apodan “Libertador”. Ese apodo me hace pensar que quizás este personaje tendría cierta influencia religiosa o profética. Acuérdate que en tu casa encontramos un librito de esos que se encargan de estudiar religiones, y a Jesucristo también lo tenía como libertador de los judíos. En todo caso, hasta Angostura quiero llegar. Como te dije hace tiempo, deseo conocer a ese Bolívar y ponerme a sus órdenes. El clima es infernal, como que en verdad estuviéramos sobre las calderas del diablo. No obstante, es un lugar muy bello y tiene un cielo azul que ni en tus sueños lo hubieras imaginado. Conocí unos árboles que llaman palmera, y hasta comí uno de sus frutos que denominan coco; con eso mitigamos el hambre y la sed.

También te digo que hemos padecido de fiebres, hasta las más raras e intensas. En la playa están quedado compañeros en los huesos y chupados por la diarrea. Hay algo peor a todo esto, y son las terribles picadas de unos mosquitos que no nos han dejado en paz ni de día ni de noche, y peor es en los atardeceres. Pero bueno, estamos llegando a ese puerto que te dije.

Te cuento todo eso, como te digo también que te extraño, que te quiero y que mi corazón sigue en Inglaterra y está en tus manos. Esta es mi primera carta, y la seguiré haciendo para pintarte en que ando por aquí, y si sufro o si estoy alegre. Por cierto, no he tomado una sola gota de licor, algo que no escaseó en Margarita y sí la comida.

Espero que estés conscientes de que, a pesar de las vicisitudes, ando en lo mío. Espero honrarte con mi lucha por la libertad de este pueblo.

Te amo. Te amo.

Thomas Ferriar.

Riohacha, junio de 1817.

Riohacha es tomada por una bandada de pájaros que revolotean agitados. Las edificaciones de ese lugar son de techos de paja y son viviendas enanas como de algún cuento infantil. Riohacha es agreste, y agreste son también sus habitantes de semblante carisumido. El clima es salvaje y se adentra en la retina del regimiento hambreado y frustrado a pleno sol y en exhibición para los famélicos curiosos que se concentran en la plaza con expectación, burla y miedo también. Riohacha también fue lugar de piratas, y es ese el ambiente y el pasado que está latente

Llevan a los británicos en formación hacia el frente de la iglesia de la Virgen de los Remedios. Entre los que se acercaron al regimiento, están esos hombres y mujeres de cobre y semidesnudos que son los wayuu que vienen a vender pieles de chivo y a lustrar las bo-

tas de esos señores cadavéricos que acaban de llegar. Ferriar y los demás ven a los aborígenes como diminutos, inferiores, indefensos, risueños, pero de sórdida sonrisa. Se presentan la bebida y las prostitutas con camisolas color ratón, pero no se han presentado los jefes americanos para explicarles a los europeos como será el trato para con ellos, y es que nadie viene a darles luces sobre cuándo comenzaría a cumplirse el contrato que firmaron en Inglaterra y donde soñaron con hacerse ricos dando un paseo en un lugar lejano y exótico. Pronto Riohacha cae en el despeñadero trazado por una macabra deidad de esas que les gusta destruir ciudades, y alguien abrió la Biblia para ojear lo de Sodoma y Gomorra.

Pronto el desorden toma aliento y un espíritu de depravación gravita entre los irlandeses, y Ferriar lo siente en los gritos enardecidos por el licor en una noche cálida que asusta a los wayuu que desde hace días visitan a los europeos y que vislumbran la llegada de lo malo y por eso se van al percatarse de que los ellos son animales sedientos de sangre y que tosen los alucinógenos que ellos, muy ladinos, les repartieron. Ferriar ve a sus compañeros con garras y peludos brazos y torsos cuando aúllan lobunamente bajo la noche cuya luna es una calabaza, y esos irlandeses se creen fuertes para el desmán y con derecho a la destrucción y al saqueo porque posiblemente fueron estafados y quieren su venganza por adelantado y quemarán y machacarán el lugar donde llegaron. Ese espíritu depravado y enrojecido por el sol y el

licor acompaña las lágrimas y la rabia soplada y tempestuosa, aferrada y arrastrada en chaparrones que se precipitan sobre la orilla enorme de la aventura azarosa que les quema, que los aturde y que maldicen al sudar el licor que detonan sus pistolas.

Ferriar se aleja con el regimiento de artillería y se encierra con ellos en una choza al intuir lo que va a pasar cuando las pimpinas alcoholadas estén vaciadas. Sus compañeros también lloran al pensar que la consecuencia de las acciones de tantos borrachos frustrados pudiera abarcar a todos los que en mala hora bajaron del barco proveniente de Margarita.

Las puertas se caen y la candela asombra la llegada de la muerte en la noche. La sangre, entre gritos y saqueos de comida, es regada por el vómito en alcohol de 97 grados en ese incendio que va de la plaza hasta las calles del puerto. Los habitantes de Riohacha forman barricadas para frenar a la turba de irlandeses locos, pero el furor de los desalmados es superior y las endebles defensas quedan en carbón y acompañadas de tendidos cuerpos atravesados por aquellas espadas que vinieron a esta tierra con otros propósitos. Riohacha es violada bajo las antorchas.

Desde el lugar donde está el regimiento de artillería, Ferriar ve a los de su raza correr y gritar en su infierno de gargantas desfloradas a lanzazos, y los disparos van y vienen sobre las cabezas líquidas, y ahora sí entiende que se vino de Inglaterra para el infierno. Una mujer desnuda corre hasta el lugar donde están ellos, y detrás de ella vienen tres irlandeses desguarnecidos

de sus pantalones. Ferriar atraviesa con su espada al que intenta arrancarla de la puerta donde pide auxilio, y así que al primero que él mata en América es a un irlandés a quien le atraviesa el estómago, y el hombre cae con sus ojos azules, sorprendidamente abiertos y preguntándole por qué lo hizo. Ferriar mira a su alrededor y le preguntan lo mismo con la mirada, y la mujer desnuda otea al grupo completo y prefiere continuar en su carrera, y los demás irlandeses se van tras ella, y ante Ferriar queda el europeo muerto por su espada en ese intentó de socorrer a una mujer de un lugar en ceniza; para nada lo hizo.

Está amaneciendo y queda el humo por todas partes, y por todas partes hay cadáveres que rastrilla el viento hasta disiparlos, y hasta que desaparecen misteriosamente. Canta un gallo sobre el tremendo silencio que queda como herencia de la pasada noche y su colosal saña. Un ejército neogranadino recupera la población carbonizada y pone en custodia a la masa borracha y drogada que desató su frustración en ese puerto.

Los ingleses permanecen en el lugar donde se encerraron para no participar en la locura. Gilmore se presenta ante Ferriar y los suyos; está sudando a raudales y con los ojos enrojecidos porque pasó la noche y la madrugada sin dormir y viendo la ejecución de los cabecillas irlandeses del saqueo de Riohacha. Vio las decapitaciones y fusilamientos, presenció a cierta distancia el ritual macabro de desprender la cabeza de un solo machetazo, que es la común forma de pena máxima en este lado del mundo.

La plaza de Riohacha es un fangal de sangre irlandesa que transita calle abajo para acumularse entre las piedras que recibirán a mosquitos y gusanos. Las cabezas irlandesas serán colocadas en cestas y cubiertas con sucias ruanas, y sepultadas con los cuerpos en fosas sin nombre. Esas cabezas irlandesas, arrancadas de cuajo, son un reguero de medusas enmudecidas en la malignidad derrotada, y son ellas la culpas y las penas que se hacen monstruosidad. Se trata de la muerte monstrea de unos irlandeses que llegaron en borrachera, y se fueron sin el bello rostro con el que aparecieron; se fueron con la mueca y la mirada más horrible que se pueda concebir: la de la cabeza decapitada; se fueron entre cabelleras de serpientes y miradas que convierten a los mortales en estatuas de piedra. Allá quedaron las cabezas largas, cabezas redondas, cabezas sin afeitar y cabezas con caras leoninas, y cabezas con ojos bien abiertos y aferrados a la vida que se escapa, y hasta en algunas la lengua sale de la boca. Así terminó buena parte de Irlanda en su aventura para liberar a Venezuela.

—Junto a Hippisley logré hacerme entender por los jefecitos criollos de que nosotros no participamos en el pandemonio—de esta manera Gilmore tranquiliza los temores ingleses de morir decapitados o fusilados—. Pero en lo que a mí respecta, les digo de una vez que abandono esto y me voy a alguna parte del Caribe que le pertenezca a la corona británica. Están en su derecho de acompañarme o quedarse en este desastre, pero me voy si es posible a Jamaica.

—Yo me quedo—sorprende Hippiisley. —. Pero me quedo porque debemos salir de Riohacha y pedir que nos envíen a Angostura y ponernos a las órdenes directas del jefe de toda esta locura, que es Simón Bolívar. Caballeros, tenemos que cobrar. Hay que imponer el contrato que firmamos con López Méndez. Al menos, no debemos regresarnos a Inglaterra con las manos vacías. Pero a partir de este momento, yo seré el jefe de la expedición si quieren ustedes, los artilleros, venirse con mi grupo.

El regimiento de artillería está dispuesto a seguir a Hipisley a Angostura; entre ellos Ferriar que vino a quedarse para participar en la lucha por la libertad, además de que le paguen bien. Gilmore no está dispuesto a continuar, y para tratar de convencer a Hipisley y a los demás de que se vengán con él, les presenta a un inglés que estuvo en Venezuela.

—Caballeros, ustedes llegaron a Margarita y la pasaron muy mal, pero no es nada con lo que van a sufrir si siguen en este proyecto. Lo que es la Venezuela adentro, eso es un desastre. Allá no hay una guerra, sino una carnicería. Soy del primer grupo que en mala hora escuchamos a López Méndez. De mi regimiento no quedó ninguno vivo. Allá lo que hay es bestialismo, indios desnudos, decapitaciones, enfermedades y mucha crueldad, mucha, mucha, mucha... El pobre hombre harapiento interrumpe sus palabras y de repente mira a su lado y saluda a alguien a quien llama Kalimán; pero los presentes se percatan de que el de Venezuela habla con el vacío y se dan cuenta de

que está loco de atar. De pronto, interrumpe su saludo con lo imaginado y abre sus ojos afilados, y les grita antes de irse:

—Y ese Bolívar que buscan es un loco sádico, loco sádico, loco sádico.

—Loco o lo que sea, tendrá que pagarnos. Nos vamos para Angostura a cobrar—reafirma Hippiisley.

A pesar de las palabras delirantes, pero intimidatorias del desconocido, Ferriar y sus compañeros mantienen su determinación de viajar. Al siguiente día, una embarcación sale para Venezuela y ellos van allí.

CAPÍTULO XV

Emily espera la hora para cerrar la tienda. Su amiga Francys ve la agitación en su mirada desde que regresó del puerto donde fue a buscar cualquier información de Thomas. Después de dos meses de visitas infecundas en esos lados, por fin llegó algo, y es de una embarcación que viene de un lugar llamado Riohacha. A Emily le extraña que la carta no venga del país para donde originalmente fue su amado. Al tener la correspondencia, sus manos temblaban; estaba presa de emoción, pero también recuerda que el señor Blomm, que tiene días cortejándola, la invitó a cenar, pero ella está decidida a no acudir a esa cita. Emily por fin sale de la tienda después de despedirse de Francys hasta mañana y apura su caminar hacia el hogar para encerrarse en su habitación, preparar un baño caliente y no esperar más oscuridad en el recorrido de las líneas que vienen del otro lado del océano Atlántico. Mientras, el señor Blomm se decepciona en un restaurant mascullando su más ridículo intento de cortejar a esta peculiar rubia tan escurridiza y que ahora lo deja embarcado.

Emily lee toda la carta, pero se enfoca en los últimos párrafos donde su soldadito de plomo le expresa sus sentimientos. En esas líneas queda su interés, su pensar y su sentir sobre la estupidez de aquella aventura en la que se involucró Thomas. De acuerdo a lo que lee, se da cuenta que ese hombre se adentró en

una terrible aventura, y ella le siguió la corriente y no hizo nada que impidiera ese viaje y es por eso culpable al no obstaculizar esa aventura irracional. Por lo que escribe Thomas, entiende que con ese viaje aquel hombre se buscó una forma de morir bien imbécil y se pregunta ¿por qué se fue tan lejos para buscar una loca guerra y quizás encontrar la muerte en ella? Se imagina entonces que este tipo de carta y esta información le estaría llegando a muchas esposas y madres; ¿qué entenderán de lo que leen? Viendo esto, lo que sueña como matrimonio se está viendo amenazado: ella pensaba casarse un domingo y que la ceremonia la presidiera el padre Bryan, el mejor amigo de su familia, en la iglesia católica porque ella es católica e irlandesa de pura cepa. Pero leyendo esta correspondencia, ¿eso se hará realidad? Hasta empezó a hablar de los detalles de esa proyectada boda con su amiga Francys: pensó en guirnaldas y flores y su padre llevándola del brazo y su vestido que sería el mismo de su madre que lo guardó para la ocasión nupcial de su hija única. No puede ser que la irracionalidad de su amado, y su propia incapacidad para impedir ese viaje, le eche a perder sus sueños de adolescente y juventud en su evidente enamoramiento. Pues esta vez le escribirá con firmeza exigiéndole su pronto regreso. No quiere verse vestida de negro sino vestida de blanco, de blanco jazmín, de blanco leche, de blanco almohada que la espera para recibir todas las lágrimas de su triste noche.

Por fin Gilmor, Ferriar, y todo el grupo expedicionario británico que había sobrevivido a las enfermedades, las deserciones y a la hecatombe de Riohacha, logran llegar al cuartel general en Angostura. Como les comentaron, el lugar está a orillas de un río llamado Orinoco cuyo tamaño, color y fuerza no habían visto jamás en Europa. Este gran río, cuya cantidad de agua le hizo entender a Cristóbal Colón que la misma venía de una tierra infinita, tiene a esta población de Angostura en su orilla. Al verla, los ingleses se alarman al constatar que allí no hay miles de hombres en armas como decían los diarios y los relatos de aquellos que como López Méndez les hablaron de una revuelta masiva; al contrario, Ferriar verifica un caserío con poca tropa descamisada.

Al orillarse el navío sobre el desvencijado puerto son recibidos por un grupete de niños huérfanos que ayudan a las embarcaciones a atracar adecuadamente. Esos niños viven en Angostura porque hasta allí llegan los sobrevivientes de las matanzas aledañas. Más allá, un campanario derruido suena insensatamente. Más acá, las caras mudas los golpean y aquí tampoco son bien recibidos y el muertero también acecha en este lugar. En Angostura hay viudas llorando sobre escombros; y en las afueras están las cruces de esta Venezuela rajada por el cuchillo que brilla en lo alto. Thomas está inquieto y expectante; por fin conocerá a Bolívar. Quiere en verdad apreciar de cerca y palpar la leyenda de un aristócrata americano que dejó una inmensa fortuna y que liberó a sus esclavos, y que

dejó comodidades y posición social con el propósito romántico de luchar por la libertad y la justicia. Quiere conocer a Simón Bolívar a orillas de un río primigenio. Conocerá al aristócrata heroico de aquellas leyendas en lecturas febriles bajo la bruma londinense; y lo hará entre palmas, morichales, escándalos de guacamayas y frente a un gigante de agua. Buen sitio para entenderse con algún héroe; Ferriar escucha que alguien dice “Bolívar”, y es que así también se llama uno que va en un cajón para el lugar de las cruces.

La comitiva británica tiene un recibimiento que no es efusivo, sino con muestras de desagrado. Los ingleses y lo que sobrevivió de irlandeses, los escoceses y galeses, llegan a un lugar que tiene tinte de campamento de refugiados cuya ironía es que desde allí planifican y desarrollan el combate contra un imperio. La tropa rebelde se ve caótica, harapienta, muy pobre. La mirada de los que llegan se tropieza con lo primitivo hasta en la sonrisa de los llaneros que se burlan de ellos, y esa sonrisa es de un mundo supremamente igualitario.

Los venezolanos los acomodan en una casa de techo de teja y les dan de comer carne bien salada, con algo de casabe; esta misma ración de comida la recibirán para todos los días. En el transcurso de esa primera semana en Angostura, los ingleses se integran a unos hombres que resisten cotidianamente el inclemente sol bajo la sombra de los árboles. Mientras los organizan como regimiento o legión, los británicos entablan toscas comunicaciones con los soldados revolucionarios y con algunos oficiales. Ferriar es el

que más trata de socializar y siente entonces en los combatientes revolucionarios un estoicismo puro en sus palabras y gestos que son propios de guerreros habituados a una lucha durísima, y que además están conformes con eso; no entienden otra forma de vida que no sea con las penalidades y con las limitaciones que soportan.

El más rudo impacto para la tropa británica lo genera su alojamiento: Ferriar siente el disgusto de sus compañeros al recibir una sola habitación para que duerman hacinados soldados y oficiales; ni en Margarita durmieron así. Lo escandaloso es cuando llegan otros grupos de expedicionarios ingleses que trajeron sus esposas, y también son alojados con la gente de Hippisley; para este oficial esta situación es indignante porque es un corral de animales donde están juntos los soldados y coroneles, esposos y esposas, esposas con otras esposas, esposos con otros esposos y se cuelgan mantas para que algunas damas se vistan. Ferriar también siente el golpe de esta mezcla y el efecto de dormir como iguales. Este británico entiende que participará en una guerra distintísima y donde predominará el cuerpo a cuerpo y el mirar de frente; y tales cercanías se inician en esa habitación convertida en dormitorio de masas. Desde este lugar, comprende que ahora todo acecha y se aproxima en un espacio surrealista de convivencia arrolladora que se impone. Mientras masculla estas ideas, el que está a su lado le entrega una pisca de tabaco y se escucha el sonido de una guitarra con la llamada *Canción última*.

Los británicos se ayudan a quitarse las botas en el colorido de los cuerpos que ocupan el reducido lugar cuya poca iluminación se la tragan las inquietudes inglesas que tratan de adaptarse a una forma de vida diferente en ese extraño cuartel de mezclas y sin separaciones, de tocaderas, roces, gritos muy próximos. Con mucho descontento, desánimo e incertidumbre ante lo que se está viendo y sufriendo, al personal militar llegado de Europa le ordenan ponerse en formación con lo que queda de los uniformes que trajeron, ya que llegó el momento de conocer al jefe supremo de la revolución.

Ante esa noticia, Ferriar se dirige al rincón donde está lo poco de su equipaje y se dispone a darle brillo a sus botas, a esas botas que significan para él lo más profundo de su identidad porque con ellas luchó en Waterloo. Con mucho interés, con expectativa, por fin conocerá al que llaman Libertador.

Haciendo una fila disciplinada en lo variopinto de ese cuerpo de hombres de todas las edades que vienen de Europa, Hippisley da la orden de ¡firmes! Él levanta su espada y voltea hacia donde viene un grupo de oficiales revolucionarios a pie.

Ferriar saca su cabeza y dirige su mirada al centro de ese grupo porque con su instinto detecta de inmediato al hombre de la leyenda. Ahí está Simón Bolívar, ¡pero qué tipo tan raro!; esa es la primera impresión que la imagen del Libertador genera en Ferriar y en los otros. Lo que ven es un hombre de 1 metro 67 y todo agitado, un chiquitín ríspido, picoso y que no

tiene carne ni para un pasapalo, pero su delgadez es dura; es un flaco recio y nada en él demuestra debilidad. Cuando los oficiales revolucionarios se acercan, Ferriar lo tiene ante sí y aprovecha para mirarle a los ojos que son intensamente negros, pero es un negro que brilla y es elocuente, impactante, penetrante, de mirada de algún pájaro de esos que vuelan alto o es mirada felina. Entiende el inglés que lo que lo hace a ese personaje jefe es esa mirada negra que hipnotiza en su brillo de perla sobre un fondo negro. Ese hombre no es normal, y es frentón y feote, pero es un feo de jefe o de mago, y es el jefe más desmirriado que ha visto; pero no se confunde con eso porque así era Napoleón que fue un titán sin ser imponente físicamente y que discurseaba muy mal. Y éste, que está ante él, es lo mismo o hasta superior. Bolívar lo observa y le hace un saludo y eso fue suficiente para Ferriar, ya que Igual que Welintong en Waterloo, ha sido tocado con el carisma del líder.

Unos días después, los europeos logran por fin una conversación con el jefe supremo de la revolución. En la comitiva, Thomas participa, pero la voz cantante de ellos la tiene Hipissley que se presenta con un rosario de quejas y exigencias. Entra el grupo a la calurosa habitación de un Bolívar acostado en su hamaca y dictándole una extensa correspondencia a un secretario lleno de trabajo porque el que dicta no se detiene; pareciera que está realizando tres documentos distintos, y el que dicta tiene cerebro para los tres; no así el que coge dictado: está haciendo malabares

para llevar la sintonía del pensamiento de Bolívar en tres escenarios. Interrumpiendo un instante sus dictados, el Libertador se levanta de su hamaca y saluda a toda la comisión con efusividad y en inglés. Hisspilsley observa a los demás de la comitiva alertándoles de cualquier comentario indebido en ese idioma porque el criollo que está ante ellos maneja esa lengua con soltura, y escuchó decir que también manosea muy bien el francés. Hisspilsley no está para mucha cortesía pues está cansado y estafado, y por mucho que hable inglés, este personaje debe satisfacer desde ya todas las demandas; ¡y tiene que ser ya! Por lo que se ha informado de este caudillo, no tiene suficientes victorias para ser jefe de algo; más bien tiene un rosario de derrotas, humillado decenas de veces por los monárquicos, y también el inglés se enteró que la mayoría de los oficiales y subalternos no lo quieren por personalista, chillón, autoritario y mediocre; este es un riquito criollo venido a menos. Convencido de que se encontrará con un cobarde, el inglés marca su pretensión de ponerlo en su sitio y obligarlo con su porte y autoridad británica a que satisfaga sus exigencias; ¡más le vale!

—Señor Bolívar, desde que llegamos ha sido para nosotros una atrocidad. Para comer, estamos vendiendo nuestros uniformes y calzados. Es que la ración que nos dan es muy mala y hasta el agua nos está enfermando. En estos días, nadie hace nada por nosotros. Por fin, estamos ante usted. Nuestras solicitudes siempre encuentran una respuesta: “mañana”; este es

el país de “mañana” para todo; esa palabra nos indigna porque significa para nosotros un abuso. Estamos perdiendo la paciencia.

El semblante de Bolívar cambió y, de la mirada cortés, agradable y cálida, pasó a un semblante frío, displicente y de desdén, y se yergue firme ante los británicos y une las yemas de los dedos haciendo una figura geométrica sobre su pecho. De repente, mira hacia el techo de la habitación mientras Hipissley continúa lo que ya está pareciendo una perolata para el venezolano; es fácil traducir eso en su semblante. Observa los papeles que le presentan y se da cuenta que en ninguno aparece la firma de López Méndez; además, no entiende porque esos desembolsos de dinero no los hizo su comisionado en Inglaterra.

—¿Por qué no está la firma de López Méndez en estos papeles? —pregunta secamente Bolívar. ¿Por qué no pagó esos compromisos allá? Piensa el Libertador que su agente en Inglaterra ha ayudado bastante a la causa, pero endeudándola hasta el extremo. Lo imagina pagando cárcel o perseguido por los acreedores —En verdad no tengo la firma de Méndez en estas cuentas, pues tanto él como yo la consideramos innecesaria— así responde el inglés—. Y sobre lo segundo, el señor Méndez no hubiera podido obtener crédito de bancos o de comerciantes, ni siquiera por 10 libras esterlinas.

El Libertador estuvo enamorado de traer soldados y oficiales del extranjero y con experiencia en otras guerras para tratar de que su propio ejército dejara de

ser guerrillas caóticas e indisciplinadas y se canalizaran en una mayor eficacia para enfrentar a Morillo y a su ejército de ocupación; pero ahora, al escuchar los reclamos de Hispisleigh, le entra la idea de dispersar a los legionarios. Apesadumbrado, asume su error de traer esta gente, una idea que terminó en fatalidad con los acontecimientos de Río Hacha y al considerar los malos efectos de la falta de adaptación de ese recurso humano al clima y a la naturaleza venezolana, además de los tormentos que acarreó esas exclusivas aspiraciones de ellos en obtener dinero, galardones, buena comida y holgadas habitaciones sin todavía entrar en batalla, sin echar un solo tiro. Aunque también reconoce que esta experiencia causó golpes simbólicos en el plano internacional, ya que España no fue eficaz en contrarrestar la propaganda romántica de unos europeos idealistas que partieron para Sudamérica con el propósito de enfrentar a una tiranía atroz y un imperio decadente. Por cierto, le informaron de la posible llegada a Venezuela del afamado poeta Lord Byron que quiere luchar bajo sus órdenes. “Ojalá que no venga porque esto se llenaría de artistas, no de soldados; y si los soldados mercenarios quemaron Río Hacha, ¿qué no irán a hacer poetas, pintores y demás románticos opiómanos por aquí? Más allá de esta perspectiva, ahorita está indignado Bolívar ante este petulante inglés y su reclamadera, y va a ponerlo en su sitio y le hará entender a ese pelafustán del viejo continente que le está hablando al jefe de una revolución continental y presidente de un megapaís llama-

do Colombia que nació precisamente a las orillas de ese río Orinoco cuyos espíritus naturales se ríen de los reclamos de este Hippiisley que continúa con su lloradera, justa o no, pero lloradera al fin.

—Mire, su excelencia. Me vi obligado a divulgarle al regimiento que estoy rematando mi ropa, mis sábanas, mis armas, mis monturas, etcétera, con el fin de conseguir fondos para tener, por lo menos, medicinas y medios para comprar un pasaje hacia alguna de las Indias Occidentales. Logré vender la mayor parte de mis cosas y regalé otra porción a los oficiales amigos.

—¿Piensa irse? —pregunta secamente el Libertador.

—Pienso que ustedes deben de saber que soy súbdito de la corona inglesa, y que ustedes se están metiendo en problemas con mi gobierno debido a estos malos tratos, y ustedes nos engañaron y deben pagar las consecuencias de eso. Yo le exijo que sea prudente y satisfaga lo que estoy presentando como deudas. He entendido que su proyecto no tiene futuro, así que de una vez solicito licencia y pasaporte para mí y para los demás que quieren irse de este territorio. Pero antes, resolvamos esto por las buenas.

El Libertador lo mide de arriba abajo y le contesta dándole la espalda:

—El gobierno de Venezuela no engaña a nadie, pero sí sabe castigar la insolencia de aquellos que lo ofenden. Tiene Vd. razón en esperar que yo no haré nada para llevarlo a Vd. a la desesperación; si Vd. se desespera será por otras causas que yo ignoro, o tal vez no. No negaré la justicia que Vd. merece, porque

tengo suficiente dignidad para reconocerla; pero no a causa de sus ridículas amenazas, que desprecio. Se le concede licencia y pasaporte para que se retire del ejército, siempre que haga dimisión de su empleo y renuncie a las estipulaciones del contrato.

Al instante, Bolívar le da la cara y le sonríe con esto:

—Antes de que se vaya, quiero comprar su sombrero. ¿Cuánto pide por él?

Hipissley se pone rojo de indignación generada por un pequeñín que así trata con desdén a un ser superior de Europa. Tartamudeando, vende el sombrero porque con ese panorama necesita más dinero.

Menos uno de ellos, los ingleses salen de la habitación. Thomas se le para firme a Bolívar.

—Su excelencia, el regimiento de artillería está siendo objeto de los mismos problemas que aquí se vive y se sufre; sin embargo, quiero que usted sepa que deseamos quedarnos. Llegamos aquí con una misión y queremos cumplirla: aspiramos contribuir con la independencia de Colombia.

El Libertador, en verdad molesto por la conversación anterior, en principio desea despacharlo también, pero toma otra opción:

—Bien. En pocos días me trasladaré a los llanos. Deseo que el regimiento de artilleros nos acompañe. Ahora ustedes, que son los que quedan, serán la legión británica; pero quiero que se pongan a las órdenes directas de un líder muy fuerte y para que conozcan en verdad lo que es Venezuela y su gente.

—Le informaré entonces a mi regimiento. No se

arrepentirá de permitir nuestra estadía.

— Usted queda al mando de lo que sea europeo. Puede retirarse. ¡Espere! Por favor, pásame el sombrero que acabo de comprar.

La risa de los dos selló el instante.

CAPÍTULO XVI

Cuando llega el Libertador al cuartel general de Páez, lo primero que siente son las burlas de los llaneros al verlo como un figurín enclenque, y es que están sorprendidos ante su imagen bien distante de lo que ellos conciben como un jefe, pues más bien Bolívar se asemeja a un pajarraco resabiado. No obstante, con el transcurso de los días, las chanzas y las risas se transformarán en curiosidad; lo observarán con más detenimiento, lo asimilarán y hasta lo vislumbrarán a lo bestia en la selva. Es verdad que Simón Bolívar no es de esos mantuanos que jefean en el ejército 'patriota, ya que a pesar de que tiene un aire de petimetre, su hiperactividad deshíela el trato y lo acerca a los demás, no se distancia de nadie, busca la familiaridad y logra la atención de todos, el interés de todos. Se hace un líder de barro y cañabrava a las 4 de la madrugada con su humeante café en la mano y exhibiendo su dentadura blanquísima de agradecimiento a esas indias viejonas que se lo sirven entre cantos. Se monta sobre su caballo para recorrer el campamento de Páez y hablar con los centinelas de pecho desnudo y contarles historias de otras tierras, describirles batallas sobre pantanos y desiertos, narrarles combates sobre mares y matanzas al pie de murallas en un mundo donde él, por supuesto, es el protagonista.

El catire Páez deja que Bolívar desarrolle su actuación, ya que quiere verificar hasta dónde llegará en su

afán de que los llaneros lo vean como jefe. Páez está convencido que no se puede transmitir lo que no se es. ¿Cómo Bolívar se hará letra de un joropo? ¿Cómo se hará chipola o Kirpa? ¿Qué sabe el Libertador de cómo es la vida bajo el invierno llanero? Ese hombre es de eucaliptos y no es para adentrarse en río crecido. Bolívar no podrá meterse en el corazón llanero porque en el hombre del llano hay un alma vigorosa que no podrá congeniar con este mantuano de alma apocada por los privilegios de su nacimiento. Tiene dudas de que el Libertador, por muy general que sea, se gane la admiración del llanero debido a los muros que hay que superar, como lo son el coraje y la hombría, tanto como la fuerza, la hidalguía, lo macho del hombre del llano, y pues él ve a Simón Bolívar muy débil y hasta amanerado; y más aún, a Bolívar le costará mucho llevarle el pulso a las abundantes frases de estos centauros. El catire Páez mira al caraqueño y le pide un cuatro a uno de sus escoltas:

“En el hato del Setenta,
donde se colea el ganado,
me dieron para mí silla
un caballito melao;
me lo dieron por maluco,
y me salió retemplao.
Más acá de sí sé dónde
Juntico de la quebró
Iba yo, ya nochecita,
Y hallé la tigra cebá...

Pero Bolívar sí colocará su corazón sobre las rudas manos llaneras para ganarse la confianza y el respeto de esta gente alrededor de la olla cuando se reparte la comida o en las correrías, patrullas y acechanzas por la sabana, buscando enemigos. Bolívar recorre el campamento con el entendimiento de que no basta con hablarle a Páez y exigirle que se someta a su autoridad; más bien debe ganarse también el respeto de los llaneros para que lo admitan en su mundo y en su llano, y eso significa adoptar sus costumbres, sus miradas, sus secretos, sus verdades y sus falsas para dejarse descubrir y redescubrir por ellos si quiere ser valorado como un “taita”. Al principio el propio Libertador no se da cuenta de sus avances sobre la llanerada; más bien fueron los llaneros los que le quitaron el cuero oligárquico y se quedaron con la huesada pelada y lo colocaron en su santoral, y Bolívar entró en ellos. Él se adentró en el alma de la llanerada desde aquel momento cuando los vio comer carne cruda en un ritual arrancado de tiempos originarios entre los relinchos de los caballos, y los vio masticar y masticar la carne en una imagen tribal que lo llevó a un continente ignoto de rarezas prehistóricas de toda laya. Impregnado con esas divagaciones, fue hacia ellos con el propósito de compartir la carne cruda sobre hojas de plátano para echarle diente al alimento y saciar su hambre ancestral y originaria en el momento de armonizar su desnudo cuerpo blanco con el físico fibroso y oscuro del llanero que sólo respeta y sigue al que toca, al que sufre con ellos y al que come con ellos.

El Libertador comienza una conversación con Páez donde el catire le refiere las diferentes formas de combate en el llano y considerando el estilo enemigo e identificando el de los guerreros más arriesgados de su tropa patriota; hasta que Bolívar va directo al grano: —¿Por qué usted tiene tanta desconfianza de mí? —le pregunta al catire Páez— Yo no desconfío de usted, a pesar de que a veces me ha dado motivos para dudar de que me guarda obediencia. Hábleme con franqueza. —Siempre esperé decirle directamente que al contrario usted es el que desconfía de mí. Esté tranquilo. Estoy a sus órdenes; aunque presiento que le llevan chismes de mí, que si quiero ser el jefe de la guerra, que lo voy a derrocar, que me burlo de usted por ser mantuano y esas cosas; todo eso es mentira.

—Mire Páez; yo no soy pendejo. Usted sabe que mi desconfianza es porque usted hace lo que le da la gana, no me obedece; más bien usted es como jefe mío y eso molesta a mi Estado Mayor.

De repente aparece el Negro Primero, de quien Bolívar ha escuchado comentarios sobre su audacia y hasta de su crueldad; en torno a eso, le dijeron que estuvo bajo las órdenes de Boves. Páez corta la incómoda conversación con Bolívar y llama a Pedro Camejo. El Libertador descifra de inmediato en los ojos de ese llanero el rastro de un Boves sin compasión en medio de una orgía de sangre con cuerpos mutilados de niños y mujeres traspasados por una lanza, y ve cadáveres de todas las edades, descuartizados y lanceados, lacerados y guindados después que el sanguinario Boves entrara a Valencia

e invadiera a caballo la iglesia donde antes de saquearla levantó la hostia y juró que no derramaría la sangre de sus habitantes, y así los inocentes de esa ciudad salieron de sus escondites, pero el asturiano no cumplió su palabra ante el símbolo de la fe y les dio degollina en cada rincón como en el sarao que el mismo Boves invitó para celebrar su victoria y allí obligó a las mujeres de la ciudad a bailar “el piquirico” y ellas bailaron mujer con mujer mientras a poca distancia los llaneros degollaban a sus maridos y lanceaban a sus hijos durante una noche muy pero muy negra como la mirada de tiniebla de un Pedro Camejo que, a pesar de su risa y simpatía, a pesar de sus chistes, él era un hijo del infierno.

— ¿Por qué usted estuvo con los realistas? —lo interroga Bolívar sin miramientos.

Pedro Camejo se indigna porque alguien le dijo a este mantuano que él anduvo con Boves. Está apenado y masculla algo en contra de los que se pasaron de lengua.

— Señor, fue por la codicia—le responde tajantemente el Negro Primero.

— ¿Cómo es eso?; explíqueme.

—Yo notaba —continuó el negro— que todo el mundo iba a la guerra sin camisa y sin una peseta y volvía después vestido con un uniforme muy bonito y con dinero en el bolsillo. Entonces yo quise ir también a buscar fortuna y más que nada a conseguir tres aperos de plata: uno para el negro Mindola, otro para Juan Rafael y otro para mí. La primera batalla que tuvimos con los patriotas fue la de Araure; ellos tenían más de mil hombres, como yo se lo decía a mi compadre

José Félix, y nosotros teníamos mucha más gente y yo gritaba que me diesen cualquier arma con qué pelear, porque yo estaba seguro que nosotros íbamos a vencer. Cuando creí que se había acabado la pelea, me apeé de mi caballo y fui a quitarle una casaca muy bonita a un blanco que estaba tendido y muerto en el suelo. En ese momento vino el comandante gritando: “¡A caballo!” ¿Cómo es eso —dije yo— pues no se acabó esta guerra?. Y entonces aquel dijo: “Acabarse, nada de eso”; venía tanta gente que parecía una zamurada.

—Qué deseaba usted entonces? —dijo Bolívar.

—Deseaba que fuésemos a tomar paces. No hubo más remedio que huir y yo eché a correr en mi mula, pero el maldito animal se cansó y tuve que coger el monte a pie. El día siguiente yo y José Félix fuimos a un hato a ver si nos daban de comer; pero su dueño cuando supo que yo era de las tropas realistas me miró con tan malos ojos que me pareció mejor huir e irme a Apure.

—Dicen —le interrumpió Bolívar— que allí mataba usted las vacas que no le pertenecían.

—Por supuesto—replicó—, y si no, ¿qué comía?

Simón Bolívar coloca sus manos sobre los hombros del negro y le dice:

—Tranquilo. No me cuentes más. Lo importante es que ahora peleas bajo las órdenes de Páez, que es como decir bajo mis órdenes también.

—Así mismo, el mayordomo Páez nos prometió que todas esas tierras del Arauca las va a repartir entre sus llaneros. Nos dijo que su revolución es agraria

también y que al terminar la guerra vamos a tener nuestras tierras.

El libertador se voltea y observa a Páez ante esta información que le aporta el Negro Primero. El catire le sonríe y a Bolívar no le queda otra que devolverle la sonrisa al darse cuenta que Páez motiva a su tropa con algo más que su carisma y el simple botín de guerra. El jefe llanero está repartiendo tierras que no son suyas y habrá que ratificar eso en Angostura cuando haga el congreso donde dirá que los que lucharon por la independencia merecen su premio de esta patria que está naciendo gracias a las lanzas de sus héroes.

—Yo ratifico la repartición de tierras que hará o que está haciendo Páez.

—¿Y usted duerme, jefe Bolívar? —le pregunta el negro entrando en confianza con él.

—Pues claro. Los únicos que no duermen son los dioses.

—Por ahí andan diciendo que usted no duerme; siempre lo ven despierto y caminando por allí y por allá. Yo pensé que quizás estaría medio loco.

—¡Jajaja! En Casacoima dijeron lo mismo de mí.

--Vea lo que tengo aquí mi jefe: es un ron hecho por las indias—y saca el negro una botella que tiene en una bolsa tejida y alargada que cuelga sobre su hombro. Abre la botella y vierte un poquito de su contenido en una copa de barro. Invita al Libertador.

Al echarse el trago, Bolívar también observa a ese catire que comanda él solo a un ejército de 4000 hombres y alza el brazo y brinda, y también brinda Páez, y

el caraqueño entiende que es vital en esta guerra que por fin el jefe de toda esa masa de hombres, y que por lo que se ve es un repartidor de tierras, se ponga en verdad bajo sus órdenes porque sin esa ayuda ni él mismo como libertador podrá sobrevivir.

Se despide de Pedro Camejo con un buen apretón de manos y se le acerca a Páez para dirigirse con él donde está un grupo compacto de los llaneros que también están libando licor. El Libertador se dirige a ellos con estas palabras:

— “Llaneros, vosotros seréis independiente, aunque se oponga todo. Vuestras lanzas y estos desiertos os libran de la tiranía. ¿Quién puede subyugar la inmensidad? Preparaos al combate; vuestros hermanos de Guayana, Barcelona y Caracas estarán a vuestro lado. El impertérrito General Páez los conducirá a la victoria y el genio de la libertad escribirá vuestros nombres en los fastos de la gloria: sois invencibles”.

Quedan los llaneros un breve instante en silencio, hasta que alguien grita para provocar un pandemonio de alegría:

—Viva Bolívar y viva Páez”.

La legión británica es presentada por Bolívar para integrarla al ejército de Páez que acepta el aporte sin mucho agrado. Ferriar y los suyos, debido a la barrera del idioma, tendrán al principio obstáculos para socializar con los venezolanos; aunque él persiste en compenetrarse con esa gente, y para eso observa al propio Bolívar. El inglés le hace seguimiento a la conducta del Libertador y se da cuenta que, más que

palabras, lo que hace puente con estos hombres son los hechos de hombría y de fuerza además de congeniar en la camaradería y en el compartir; y en esos esfuerzos, Bolívar se hace capaz de realizar varias faenas del llano y al llanero eso le agrada porque el Libertador les da a entender que también tiene una plena comunión con el caballo, igual que ellos; los llaneros aprecian esa identificación que el Libertador tiene con su caballo y ubican que es un buen jinete que le gusta andar montado y que no se agota por eso. Bolívar es él y su caballo, y esa imagen penetra en el hombre del llano, ya que no puede ser tan “pasjuato” este mantuanito al que se le ve su reciedumbre con su montura de buen caballo blanco elegante cuando Páez zampa una canción con cuatro y maraca:

De saber cuándo morir
ojalá tuviera tiempo
de despedirme del llano
y en la pata de un uvero
hacer mi tumba y mi cruz
y con la punta del cuchillo
dejar escrito un letrero
Que diga gracias Dios mío
por haberme permitido
nacer y morir llanero

El Libertador no come a solas con Páez y los demás oficiales, sino que se integra con los llaneros y lo hace a pecho pelado y sin cubiertos, y después gira instrucciones para que el regimiento inglés haga lo mismo y se integre a la comedera popular de la carne con casa-

be y plátano. Bolívar se baña en el río con la llanera-da, y Ferrier intenta imitarlo con los efectivos británicos para que la blanquísima piel europea acompañe el baño de los cuerpos negros, indios y mestizos, y una buena risa se impone entre los centauros al ver esos pellejos enlechados que parecían cremosos, semejantes a helados de mantecado derritiéndose con el sol y cogiendo el agua turbia. Pero esa burla no amilana a los británicos que también disfrutaban el baño de masas con este pueblo que comenzaba a aceptarlos. Le toca igualmente a ese soldado europeo dormir en chinchorro bajo el cielo lleno de estrellas, algo que no habían gozado hasta ahora. Así mismo está Bolívar a quien por fin los llaneros logran ver durmiendo en una noche de luna llena y envuelto en la luz blanquecina del astro grande y redondo a lo torta de casabe, el alimento diario.

Una tarde Bolívar conversaba con varios llaneros y por ahí salió Páez con un grupo a caballo y abriendo un sendero en medio de todos, y les dice el inglés a su gente que presiente algo imponente. El olor a caballo domina el lugar y buena parte de esa llanerada está impregnada de él y también la tierra y el aire. El gentío y los gritos se hacen un mundo hondo de sentir, confusión, risas, palabrotas y chistes alrededor de un Pedro Camejo sobre el bayo cabos negro, y Ferrier se le queda viendo a ese negro retinto en su hidalguía de blanco. Escucha que llaman a Pedro Camejo “colector” cuando éste le lanza un beso a las muchachas, y Ferrier sigue detallando al jinete y le dice a un subalterno:

—Y este negro es imponente.

—Es un matón de Páez; lo llaman el Negro Primero.

—Se ve que es buen jinete.

—Todos aquí lo son. Parece que nos va a dar alguna demostración.

—¿Escuchaste qué es lo que va a hacer?

—Y que va a colear un toro.

—Veo al Libertador entre ellos muy agitado.

—Lo invitaron a realizar eso que llaman faena y el accedió; pero, según me dijeron, el que llaman mayordomo Páez le recomendó que no hacía falta que hiciera eso.

El Negro Primero suspira profundo, susurra algunas palabras, está esperando la salida. Aparece así un toro y otros jinetes también salen en carrera violenta y tendida, y el Negro Primero se desentiende del pelotón con la gritería bulliciosa que envuelve el gentío, y Bolívar estira el cuello y Páez alza un pocillo de ron indio. Despejado del montón, el Negro Primero se aferra en la delantera hacia ese toro; hasta que, en un santiamén y lleno de tierra que enceguece, le coge el rabo a ese animal, acelera la carrera del caballo y lo tumba en medio del griterío brutal y de imágenes caleidoscópicas. Es la victoria de la agilidad de este jinete que en su acrobacia se aparta del caballo y colea a un solo estribo, y el toro da una vuelta de campana y cae con las patas levantadas y girando sobre el espinazo.

Viendo la violencia de la caída, Ferriar está extasiado por tanta osadía brutalizada en habilidad azarosa que en el llanero es vida y muerte en un solo ser en esta

acrobacia con un animal. El inglés cierra los ojos y se imagina sobre un solemne campo de batalla, bañado en sangre y recibiendo disparos sobre varias partes de su cuerpo, hasta que despierta de ese hueco de pesadilla donde ha caído momentáneamente al terminar la acrobacia del Negro Primero. Vuelve a la realidad de un espectáculo bárbaro y simple, pero sin sangre, y no tiene otra opción que celebrar la caída del toro y la habilidad del hombre. Le pide a un llanero un baso de ron, pero no es para él. Se dirige hacia donde está el Negro Primero que recibe la felicitación de sus compañeros y el beso de la Bizarra que se abrió paso entre las otras muchachas para consolidar que ese negro es su macho y ella es su hembra, y que las demás se aparten porque ese hombre es todo de ella y de nadie más. Ferriar llega hasta él y le extiende el trago. Los demás llaneros ven con curiosidad ese instante, y Pedro le sonríe al británico y se empina el licor, y ríen porque es llamativa la conducta del europeo.

—Le gustó la coleada, catirito—pregunta el negro con un apretón de mano.

—Lo felicito. Yo también soy un hombre y brindo por la hombría.

¡I toast to manhood!

Y todos brindaron la hazaña del negro, y éste brindó porque encontró un nuevo amigo, muy catirito él.

CAPÍTULO XVII

Cariño mío.

Me imagino que te sorprenderás, pero las cosas para mí han ido mejorando después de meses horribles en estos parajes donde se está dando una guerra prehistórica. He sobrevivido con los compañeros que en verdad son veteranos de las guerras napoleónicas y nos hemos aguantado. Hippiisley se fue y regimientos enteros desertaron, muchos de mis compañeros enfermaron y otros murieron. Hace unos días, y espero que no te espantes, el tambor del regimiento tuvo la mala idea de bañarse en un lado de un río llamado Arauca y se metió en un lugar infestado de unos pescaditos llamados caribes o pirañas; de él solo logramos ver una masa sanguinolenta que salía del centro del río; sus gritos eran desgarradores. Tal como lees, fue devorado por un cardumen de peces. Como te dije, no te espantes; así es esta tierra, y me estoy adaptando a ella.

Dos situaciones importantes: la primera es que conocí a Simón Bolívar. Es un personaje bien distinto a ese que imaginábamos cuando leíamos en tu habitación los folletines y relatos de bolsillo que hay en Londres, donde nos pintaban a un héroe imponente. Aunque sí es verdad que está demostrando que tiene facultades de líder. Yo creo que es un titán. Reconozco que es un ser supremo. Es risible verlo, pero al acercarte a él, escucharlo y estudiarlo eso deriva en

quedar preso de su influencia. Sí, es un héroe y cree en su revolución. Sí, es ambicioso, temático, ofuscado, hiriente y hasta mal hablado. Pero enamora. Muy culto; sabe de todo; sabe más de Europa que yo. He tenido muy pocas conversaciones con el Libertador, y parece que no tendré muchas oportunidades futuras de diálogo con él, ya que cuando termine su campaña en los llanos, regresará a Angostura y el regimiento que yo dirijo estará bajos las órdenes de un tal José Antonio Páez; este es un jefe indómito y carismático, y dirige un inmenso ejército de jinetes espectaculares llamados los llaneros. He escuchado de sus hazañas en combate, y por lo pronto he participado con ellos en escaramuzas breves contra el enemigo español, pero así mismo estoy convencido de que estoy con una fuerza temible de hombres de piedra y con coraje perruno, habilidosos lanceros y hasta algo de bestiales. Te digo que Bolívar nos dejará con esta gente, y ya me he convencido que estoy en una tierra de espartanos; aquí no hay temor a nada.

La segunda situación que le doy suma importancia, es que he entablado amistad desde hace unos días con un personaje que es temido por sus enemigos, respetado y hasta querido por su gente del llano y por su jefe Páez. Se llama Pedro Camejo y lo apodan el Negro Primero, y se trata quizás del mejor jinete de esta tierra. Hemos entablado, a pesar de la barrera del idioma, cierta manera de tratarnos bien, y nos hemos emborrachado con un licor que sabe a hormigas. Después te seguiré escribiendo sobre este personaje.

Yo quiero añadir que el que te escribe está mejorando su ánimo y fortaleciendo lo más preciado, que es mi amor hacia ti. Claro que te extraño.

Reconozco también que estoy en lo que me gusta, que es la lucha por la libertad; aunque también pienso en ti y en mi regreso, que lo veo ahora más fácil y pronto. Bolívar, Páez y el Negro Primero me están convenciendo de que la independencia de estos pueblos y su liberación del yugo español no es una fantasía. Estos son hombres de hierro, amada mía.

Dios te bendiga, cariño, porque sin tu amor y tu confianza desfallecería y fracasaría. No te preocupes, corazón mío; la esperanza ha nacido en mí. Los días aquí no me debilitan como cuando llegué. Distingo bien los retos que mi estadía aquí trae consigo; y también distingo bien mi regreso a Inglaterra. Si vieras como se perfila la unión entre la sabana y el cielo a lo lejos, hacia el horizonte. Si escucharas como ruge el trueno en las noches de lluvia aquí donde estoy. Si vieras la fiesta de colores que hace una multitud de pájaros sobre una llanura inundada. Lo que sí no quiero que huelas es el repelente que Pedro Camejo unta sobre mi espalda y mis brazos para frenar la saña de los mosquitos

Tuyo hasta el final.

Thomas.

Así Ferriar termina esta carta con la fe de que la misma llegará a su destino y que a su vez recibiría respuesta de aquella mujer que dejó en Europa. Convencido

está de que ella sigue conforme y esperanzada de su regreso lleno de gloria, quizás fortuna, condecoraciones y posiciones. No le gusta el sentimentalismo, pero sus ojos se humedecen hasta que las lágrimas se tornan en blanca espuma que viene de un mar interior. Está en pleno llano, pero no deja de escuchar el ruido de aquel mar cuando caminaba con su Emily en el puerto, y la imagen de su rubia pecosa está acompañada del ruido de las olas que se alzan para luego romperse y así sucesivamente se alzan para caer de nuevo. Al terminar su escritura, suspira y pone los ojos felinos como el león del circo que alguna vez su padre lo llevó.

Ferrier continúa en su consciente esfuerzo de asimilarse al llano, pero las dificultades generadas por la animadversión sobre ellos persisten; sin embargo, se está convirtiendo en patriota y así sorprende a sus paisanos que también todavía asumen su estancia en Venezuela como una aventura más. Ferrier se está volviendo un militante de la causa revolucionaria y admira sinceramente a Bolívar y respeta al nuevo taita Páez además de la amistad que está creciendo entre él y el Negro Primero que es el único de los llaneros que le ha apretado la mano y con quien hizo camaradería. El negro y el inglés recorren el cuartel de Páez y así el mundo del llano ya anda en la cabeza del europeo gracias a las chácharas del negro. Mientras, los demás integrantes de la legión británica siguen desatendidos, huérfanos, sin amigos, y hasta así se bañan en el río y en soledad esos catires flacos, muy blancos

y aislados estos bichos raros. Lo que le decía Pedro Camejo, se los transmitía a los demás ingleses y así el negro fungió de puente entre el llano y Europa, y gracias a eso los europeos vislumbran el tipo de gente con que compartirían lo azaroso de esta rara guerra.

Ferriar y el negro conversan sobre las características de los caballos en un caluroso día, siendo éste el tema donde mejor se comprenden el afrodescendiente y el blanco. Escuchan una discusión entre Bolívar y un oficial de apellido Martell.

—Libertador, Libertador, le ratifico que nadie me gana nadando.

—¿Así que usted dice que es el mejor nadador en el ejército? Pues no lo creo. Veá, yo soy un pez en el agua.

—Disculpe mi jefe, pero usted no me puede superar, con todo el respeto que se merece.

—¿Usted está viendo esas dos embarcaciones?; calculo que están a unos 150 metros de aquí. Veá, yo le gano a usted en una carrera a nado hasta allá; y es más, yo voy a nadar atado de manos para que aprenda a ser serio.

Al principio hubo risotadas, pero después hubo silencio ante esta imprudencia alocada del jefe Bolívar.

—No, Libertador; deje eso así.

—Vamos, vamos. O usted no nada un carajo o acepta mi reto. Yo nado hasta atado de manos.

A pesar de que hasta los llaneros le suplican a ese loco que no realice tal irracionalidad, Bolívar queda en cueros, descubre lo huesudo de su torso y exige ser atado de manos para demostrarle a Martell que

él es un hombre de la Atlántida o quizás un sireno. Todos ahí se escandalizan, pero el Libertador está a puntico de lanzarse con los pies amarrados también, pero así parecería un gusano. Páez le pica el ojo a unos llaneros para que acompañen a Bolívar en su loca audacia, hasta que por fin se anuncia el inicio de la carrera acuática. Martell salió raudo a deslizarse en el agua y el Libertador, a pesar de su impedimento, logra tracción en el cuerpo, traga algo de agua y evita sumergirse, al tanto que se empuja y continua su carrera donde no hay gritos ni risas ni charlas en la orilla, pues más bien hay un silencio de miradas preocupadas y el nerviosismo en los rostros de una oficialidad que ve con estupor esta acción irresponsable de Bolívar para con su vida. Pero el único que enseña cierta sonrisa es Pedro Camejo, que le dice al inglés.

—Este es un loco, catire; pero es un atrevido también, y hasta al mayordomo Páez no le queda otra que quitarse el sombrero.

—Cuidado si en estos momentos se ahoga en el sucio río la independencia de Venezuela. Lo que me queda de contar cuando vuelva a Inglaterra.

Y Bolívar se impulsa con los pies, pero por supuesto no alcanzaría a Martell que llega a la orilla y se voltea para ver cómo llega su competidor y esperando que no haya un trágico desenlace por este peligroso juego. Hasta que después de varios minutos, el Libertador recorre la distancia a fuerza de nadar con el impulso de su pelvis y de las piernas y llega extenuado a la orilla donde es recogido por los llaneros que

felicitan su determinación; y aunque perdió el reto, lo importante es que no lo ven como un loco irresponsable que puso en riesgo su vida en condición de jefe del ejército libertador; ahora lo asumen que no retrocede ante nada, que va más allá de sus límites, que su fuerza de voluntad es de acero.

Bolívar se ríe mientras seca su rostro casi sin respiración y le dice a Páez:

—Yo soy Bolívar porque mi fuerza de voluntad es una de mis claves para nadar en cualquier río, catire Páez. Yo soy un hombre libre porque mi mente es pura voluntad. Fuerza de voluntad, disciplina y sacrificio; estas son mis claves.

Páez manda a pedir un trago de ron para el Libertador y le exige:

—No vuelva a hacer eso, Bolívar; yo que se lo digo.

CAPÍTULO XVIII

Salen los dos amigos a recorrer el sendero por donde anduvieron caballos cimarrones. El Negro Primero y el inglés pasan muchos instantes del día aleccionándose mutuamente a pesar del rudo castellano del venezolano y del inglés no muy elegante del europeo. Más rápida y fluida se hace la conversación entre ellos y de allí va saliendo una amistad que crece y hasta la Bizarra los acompaña en algunas de esas conversaciones, pero a veces es inoportuna. El Negro Primero le dice al inglés que la Bizarra es la lanza que utiliza en batalla o el machete suyo restallando. Ferriar también se da cuenta de que a este llanero no le importa el desorden o más bien convive con él, y va entendiendo ese su optimismo de que todo puede mejorar y que cada cosa que se ve o se escucha es una apariencia, y que nada es verdad.

—Además, esta mano que tú ves aquí, que ha quitado muchas vidas, también la da.

—¿Dónde aprendiste eso? —le pregunta el inglés que no esperaba filosofadas de este centauro.

Y el negro le muestra un tabaco.

La Bizarra invita a Ferriar a una fumada de tabaco para que acompañe una buena borrachera con el ron muy especial que guarda siempre el negro. La fumada le quema la garganta al británico mientras la pareja se ríe. Al salir del lugar donde duermen esos brujos, se da cuenta que los llaneros cercanos murmuran y se alejan.

Sabe que al Negro Primero le temen, y que también su mujer es vista con distancia; entiende que sobre ellos hay algo que no logra definir bien, pero no es el miedo que se le tiene a los monstruos; ambos son más bien la encarnación de un terror sagrado. En cambio, para el español, el Negro Primero es un devorador y se le teme como a una bestia que acecha en la batalla, ¡y ay el que se encuentre con esa fiera! El británico asume que para comprender mejor el pensamiento de ese hombre del llano debe seguirlo entre los extremos de la libertad y del bandolerismo, andar entre la tenebrosidad y la luz, para así adaptarse al medio, a esta guerra y, sobre todo, adaptarse a la gente de la llanura.

Todavía Ferriar nota la mirada recelosa de los llaneros sobre él, y en algunos es una mirada fea y agresiva, y en otros es de desprecio pues el inglés y su comitiva continúan sin ser bienvenidos, y no era por lo que había pasado en Ríoacha. No está equivocado al calibrar negativamente la manera como los llaneros los miran a él y a su gente, y debe ser por sus coloridos uniformes y sus brillantes adornos con los que se ganaron el apodo de “pavorreales”. Al llanero le disgusta ese aire de superiores que tienen esos blancos, y que por cierto el sol les está haciendo papilla la piel. ¡Qué sobrados son estos catires y no saben domar un potro, ni colear un novillo, ni cruzar un río caudaloso!

Pasa por un grupo de esos centauros, y, para confirmar sus recelos, escucha Ferriar que uno de ellos dice:

—“¿De dónde vomitó Satanás a estos aventureros mendigos que vienen así para después mandarnos?”

Al escuchar ese insulto, Ferriar mira a Pedro Camejo, y el negro le agarra la rienda del caballo para evitar que se devuelva agresivo hacia el grupo de donde salió la expresión.

—Mire, catirito, aguante. Escuchará cosas peores porque mi gente desconfía de ustedes.

¿What? ¡A, ok! ¿Y qué más dicen?

¡Jejeje! Pues dicen, catire Thomas, que el jefe Bolívar logró que su Inglaterra los enviara a ustedes a cambio de pieles, cueros y sebos. Otros dicen que el intercambio fue por mulas. ¡Ja ja ja !

¿Así que mi estadía aquí vale una burra? ¡What the fuck!

—No se moleste, catire Thomas. Es que yo también no comprendo mucho eso de que ustedes estén por aquí y que guerreando por nosotros.

—La mayoría de los que están aquí vinieron porque estaban pasando hambre en su país y vivían sin dignidad después de tantos sacrificios que hicieron.

—Hay algunos que dicen que ustedes tienen hasta ganado por allá de donde vienen. ¿No será que ustedes están aquí para someternos también? ¿No será que vienen con la intención de invadirnos de a poquito para arrebataarnos las tierras?

Los dos se miran con seriedad; casi que se amenazan con las miradas. Hasta que ambos sueltan unas risotadas.

--Venimos a quedarnos con sus mujeres, ¡pendejo!

—Pues llévenselas toíticas. Si quieres, llévate a la Bizarra también. ¡AJAJAJA!

Emily termina de leer la reciente carta que después de tres meses ha llegado a sus manos. Esta vez hace

una lectura serena, no atormentada como la primera que hizo hace algún tiempo, y además de esa disposición también se le metió en la cabeza redactar su propia correspondencia, la que será enviada por el mismo canal que usa para recibir la comunicación de su amado desde aquella Venezuela. Llegó el momento de responder.

Antes de comenzar su escritura, se interesa de que dicha carta fuese llevada dentro de un sobre del mismo color del papel que portaría el documento, y a ese sobre le colocaría sus iniciales y sería sellado con lacre color rosa. Ella no le escribirá con las formalidades de rigor para el tipo de redacción de ese mensaje; irá al grano en lo que piensa y en lo que siente. Lo que dirá es importante, aunque peque de desordenada, pero en su mente se amontona lo que quiso decirle desde que él tomó aquella decisión que fue un impulso de su idealismo y de su afán de aventura. Aunque no encuentra las palabras más acertadas para acusarlo de individualismo, para decirle que fue egoísta como un lobo solitario que recorre los caminos fríos en búsqueda de presa que pueda devorar sin compartir con la manada; que fue un egoísta que supo mirarse él solo en un cristal que llamaba destino heroico, o lo que es lo mismo, pura superchería mitómana, puro simplismo mitómano con el que se engañaba y que la engañó a ella también. Ahora, un egoísta así es un gran malvado, y ella está herida por la magnitud de dicha maldad.

Mi amado Thomas.

Debes de reconocer que te fuiste, mi amor, adonde nunca te llamaron, y desde la primera correspondencia me imagino tus avatares y desventuras; pero tú lo quisiste así; nadie te mandó a luchar en esa guerra tan lejana y exótica.

Leo y leo, y veo que estás haciendo un gran sacrificio por una causa que sigo sin comprender por qué la asumiste como tuya y la abrigaste en tu corazón; insisto, sigo sin comprender. Te escribo de esta manera, y me perdonas, pero nadie valorará lo que haces allá donde sólo verán a un extranjero intruso; verán a un aventurero, a un cazafortunas; no verán a un buscador de gloria, como la llamas tú.

Te fuiste de mi lado. Me dejaste en palabra un compromiso de matrimonio, y en verdad te necesito.

No sé si allá por la casa de tu señora madre y de tu hermana te necesitan como te necesito yo. Una vez las visité y no me manifestaron nada; ni las noté afligidas.

Ya he pasado muchos momentos pensando en ti y en las injusticias de esa decisión que tú tomaste en irte a una guerra que no es tuya.

Voy a otra noche más que no podré dormir, y solo pensando en imágenes de batallas para terminar con un despertar lleno de sudores y resaltos.

No te sorprendas; no te extrañes, pero pronto tomaré una decisión, y no es de terminar nuestra relación; al contrario.

Te lo dejo a tu imaginación...

Tu amada Emily, y futura esposa.

CAPÍTULO XIX

Al catire Páez le llevan un sujeto que desertó del ejército realista porque estaba harto, decía él, de la mandonería hispana. Éste fue llevado ante el catire para que le revisara su mirada y gestos, no sus palabras. Ante él está un hombre como los que el catire comanda y que no se alistó en el ejército realista, sino que lo alistaron. Él era un peón de una hacienda saqueada por una patrulla monárquica y que se lo llevaron con otros peones, pero él desconocía las causas de la guerra y la razón que movía la lucha de la gente que se lo llevó. Así mismo, se hizo un soldado muy servicial y trabajador, como lo fue en la hacienda, y que por cierto a su amo no lo volvió a ver más. Con el pasar de los días se le metió en la cabeza desertar de las filas realistas porque los jefes españoles que llegaron con un tal Morillo lo maltrataban de palabra, lo insultaban y no lo dejaban robar en las casas porque después ellos le quitaban lo que sacaba. A él no le importaba la guerra, pero ahora menos que se sentía forzado de estar ahí. ¿Y por que no se va con los rebeldes?, se le metió esa interrogante en la cabeza, y ella dejó de ser pregunta para tornarse en decisión. Pero tenía que esperar una oportunidad y tener un argumento para convencer a los patriotas de que desertó debido a un gran motivo.

—Está muy bien que esté aquí— le dice Páez, precavido también de que éste forme parte de una misión asesina, pero disfrazada de deserción.

— Mi “taita”, tenía tiempo pensándolo. Lo que me motivó fue lo que escuché, precisamente ayer—el desertor le aviva el interés a Páez—. Creían que estaba dormido y escuché una junta de guerra donde estaba Morillo y sus demás paisanos. Lo que oí fue que iban a matarlo; a usted, mi jefe, a usted; ni siquiera al jefe Bolívar, que saben que está en este campamento. Sólo quieren su cabeza, la suya.

— ¿Y cómo es eso? ¿Qué planean?

— Se dieron cuenta de que usted inicia el combate con la provocación y aparenta que huye y después se devuelve. Entonces, al repetirlo, le van a lanzar algo feo contra usted mismito, y va a tener que huir de verdad, ya que tienen preparado a doscientos hombres de caballería, lo más selecto, para perseguirlo hasta el confín del mundo con la intención de matarlo.

—¿Y como ellos tienen confianza de que me van a agarrar, así como así? —pregunta Páez con una viva curiosidad.

—Porque se dieron cuenta de que a usted le dan unas violentas convulsiones y queda paralizado. Un llanero contó que a usted eso lo deja patitieso cuando entra en batalla y que lo rescatan de vainita. Lo han visto echando espuma por la boca, con los ojos en blanco. Ah, pero también escuché a Morillo decir que cuando se recupera entra en batalla como un león. El jefe realista comentó una anécdota que le contaron a su vez, donde usted, después que se recuperó de uno de esas convulsiones, con su sola voz de mando salvó a su gente de una derrota. Contó que se hizo el

que huía con los suyos y de pronto se regresaron y no quedó ningún realista vivo. Aunque al final Morillo quedó convencido de hacer eso contra usted y dijo “...vamos a agarrarlo cuando le dé la cosa esa y tenga la trompa llena de espuma”.

Páez y Pedro Camejo se miran. El enemigo sabe de su padecimiento, aunque quizás no sepan que, sobre todo, eso le da cuando ve una culebra. De pronto sueltan los dos centauros una carcajada sonora que irrumpe en todos lados en un eco que llega hasta los oídos de Morillo que se despierta acalorado al sentir una amenaza que sacude su alma porque le confirma que en este llano él ocupa el lugar que ayer tenían los franceses en España. Comprende el jefe realista que está enfrentando lo mismo que desafiaron los soldados de Napoleón, y siendo así no hay fuerza que pueda detener las energías que transmite la tierra y el cielo patrio. Morillo despierta cuando el cuartel general de los realistas está tomado por las sombras que lo inquietan y que además le traen recuerdos, le traen vivas imágenes de su pasado de gloria, y qué lejos quedaron aquellos tiempos de jefe guerrillero y así entiende que su leyenda no vale nada en el llano ni su trayectoria épica defendiendo lo más sagrado de la España que es su Rey, y recuerda que estuvo en la toma del castillo de la Trinidad en Rosa y en la batalla de Trafalgar donde se quemó el culo al caer encima de un cañón que acababa de mandar un proyectil, o cuando persiguió a los franceses en la batalla de Puente Sampayo. Estos recuerdos se aglutinan con

velocidad violenta y lo sobresaltan con el pensamiento de que no morirá en esta tierra combatiendo, no merecerá ese honor; es que el enemigo se ríe de él, de sus honores y de su trayectoria, y lo hace con una risa embarrada y escupida. Trata de quitarse el salivazo sobre su pasado de gloria, pero no puede y lo que le queda es lamentarse de estar aquí en el llano y piensa lo bien que le fue en Cartagena y no le fue difícil Margarita, y le estaba yendo excelente hasta que llegó al Apure. Desde que pisó el llano dejó de ser leyenda entre sus mismos soldados y lejos quedaron los relatos donde él, junto con un puñado de guerrilleros, resistieron a cientos y cientos de franceses en el sitio de Vuelves. Para los “dragones”, él fue el héroe del puente Almaraz donde rechazó a cientos de hombres del imperio galo, y en otro puente, en el del Conde, volvió a repetir su épica de resistir repetidas veces los embates de muchos enemigos. ¡Qué valor de un Morillo ahíto de gloria siempre!, que solicitaba frecuentemente a sus superiores los puestos de vanguardia. ¡Qué tiempos, Morillo! ¿Cuándo estuviste mejor que aquel día de rendición de la escuadra francesa en Cádiz? ¿Y qué tal tu disfraz con el que te adentrabas en terreno enemigo y conversabas con esos franceses asustadizos por la osadía española que los enloquecía con sus ataques guerrilleros nocturnos? Lo mismo está pasando en el llano, pero él y sus hombres tienen ahora el papel de los invasores franceses.

Mientras, otro líder, el del llano, hace también sus cavilaciones de manera acuciosa sobre el hecho de que

“el León Ibérico” le teme más a él que al mismo mantuano Bolívar, y eso le genera sentimientos encontrados en el frío de una madrugada cuya brisa atiza su rostro adornado por una dentadura de lingotes de oro. De esas sensaciones, surge una certeza: Morillo lo quiere cazar como una fiera, quizás obsesionado por llevarle su cabeza al Rey a lo Juan el Bautista en el serrallo de Herodes. De acuerdo a los espías que el catire logró ubicar en el cuartel monárquico, en la mente de los españoles que vinieron con Morillo, y a raíz de los primeros combates directos con ellos, lo comenzaron a pintar como un primitivo jefe de tribu; lo describían bien distinto a los jefes mantuanos de la rebelión. Cuando vieron su forma de combatir y el nomadismo de su gente, alguien se le ocurrió decir que era Atila comandando una partida de Hunos; pero al catire no le gustaba esa comparación porque una vez escucho semejante expresión cuando alguien se refirió al taita Boves y a su legión infernal.

Hay imágenes de un Páez vestido con pieles de animales y que tomaba leche de yegua, y esa imagen de jefe bárbaro comenzó a transitar no solo entre los españoles venidos con Morillo, sino también entre los venezolanos del llano que integraban el ejército del Rey y que escuchaban los relatos sobre su forma de combate y su audacia en batalla para dirigir a su gente, además de que era amigo de los amigos, compadre de muchos, y que repartía lo saqueado, porque también saqueaba, pero sin mucha crueldad como otros, y además repartía las tierras de los realistas, repartía

el ganado y casaba porque también le gustaba hacer matrimonios. Pero la imagen en los realistas más se afina en que dirigía una horda bárbara de asesinos crueles y decapitadores, mutiladores y violadores, y que no había realista sobreviviente, que no dejaba prisionero español con vida. “Es así que ellos le temen a usted más que al jefe Bolívar”, y eso es porque es más pueblo que el Libertador, y el catire se regocija con ese pensamiento.

El Libertador acepta el plan de batalla de Páez, que es el de siempre: el “catire” los provocaría y cruzaría hacia la otra orilla del río con apenas ciento cincuenta llaneros, lo más selecto de su jauría y con el Negro Primero a la cabeza. Páez emboscaría a los realistas con la táctica de la fuga fingida y, estando los españoles en pleno desconcierto, entraría Bolívar con el resto de la caballería y con la infantería para “coronar la batalla”. Eso está en el “papel”, pero no en la franca disposición de Páez cuya aspiración en verdad es herir él y sólo él la moral hispana con una proeza plena de humillación sobre la bandera monárquica y dejarles un recuerdo perenne a los soldados españoles que alimente sus pesadillas con la marca de una leyenda, y que se extendiese el comentario de la proeza por todo el llano hasta la Galicia de Morillo o que se expandiera “sobre las diez mil cosas”.

Quiere Páez con esta acción sembrar el terror, azuzar la imaginación oscura y que su imagen no envejezca en el recuerdo, sino que se mantenga a punta de su lanza y de su audacia, que es como decir que crezca

la enorme noche en las mentes del enemigo, que lo imaginen un monstruo invencible que les hace temblar sin que haya frío, que les queme el ánimo sin existir candela, que les duela el recordarlo sin tener algún tejido u órgano herido, y que el miedo sea el constante rocío mañanero que despierte al enemigo de la patria y que le impida levantarse, que le impida vestirse y dirigirse al combate, que lo paralice.

Desprovisto de todo se coloca el Negro Primero ante la Bizarra quien, desnuda igualmente, aprieta los puños y los labios porque quizás no lo vuelva a ver y sean éstas las últimas caricias, el último sexo. Pedro Camejo cubre el cuerpo de su mujer con su propio cuerpo en una unión de piernas, brazos, pechos, pelvis y pieles que se erizan en idolatrías. La pareja está sobre una tela india capaz de aguantar el maridaje de estas dos fieras de la sabana en el rudo momento en que pene y vagina se tornan cilíndricos. Es un pagana-je genital y bucal que se desparrama entre labios inyectados de entregas y sometidos al látigo de la pasión en un sexo tan eyaculante ante el intenso deseo del atrás y adelante. ¡Carajo!, se matan y resucitan. Es el paroxismo de dos hijos de la humillación y es la espalda en los senos y en el bajo vientre donde la vulva es una puerta atravesada por la niña que huye del caporal con su madre. Aquí se hace un pacto con el demonio en el coito policromático entre sudores hirvientes dentro de la vagina que se hace un juramento con molicie de pieles y de fluidos, gemidos y bufidos. En el paroxismo sale por fin un semen a lo

agua de rocas sacras para consagrar esta unión hereje que inflige cualquier ley de allá y de acá. Después de algunas horas, ya en lo que es su etapa final, se concentraron en nuevos vergajazos del amor de zoología en la naturaleza de un llano sin templos ni arquitecturas bajo la luna-luna y el sol-sol.

Sale el falo de aquel interior y él la siente llorar.

—¿Qué te pasa, mi negra?

—No te me mueras. No te mueras hoy.

CAPÍTULO XX

Llanos de Apure. “Queseras del Medio. Dos de abril de 1819.

Al amanecer se ubican los dos ejércitos en ambas orillas del río Arauca en un lugar llamado “Las Queseras del Medio”. Establece Páez la estrategia con Bolívar: “...Ustedes me esperan por aquí, yo los atraigo y los atenazamos”. Bolívar accede, pero se toca la barbi-lla mientras observa a un Páez que se lleva al Negro Primero y a 150 de sus llaneros con los que cruzaría el río Arauca para ubicarse frente a la bestia monár-quica. El Libertador ve lo que va a hacer Páez y calla reflexivamente para entender que este tipo de audacia es la “curación de la guerra” ante ese iberismo nulo que trajo el ejército de Morillo. Simón Bolívar se pre-para como simple espectador para después arrepen-tirse de esta actitud.

Morillo tiene ante sí a Páez a unos 300 metros. Ahí está, frente a frente, la aniquilación entre dos mundos que se van a disolver en las Queseras del Medio.

—No me le den sacramento a la tropa— le dice Mo-rillo al cura.

—¿Por qué?

—¡Me cago en la ostia! No vez que estamos en vís-pera de una matanza que vamos a ejecutar. Iremos directos al infierno cuando salgamos de aquí.

En medio del inmenso erizo de lanzas se avizora a un Páez que como en otras oportunidades alardea

y profiere insultos a la Madre Patria y al Rey, y con él se encuentra un Negro Primero con una pañoleta en la cabeza. Ante el ejército realista se encuentra lo más selecto del Alto Apure en combate: gente del más allá del Arauca, comedores de baba y venado, hombres de Guasdualito y de Barinas. Ahí está Juan José Rondón y Aramendi que son lo mejor de lo mejor de aquella caballería llanera de rostros sonrientes y agrietados de unos hijos de nadie, semidesnudos y sentados sobre sus caballos para pelear como tolvaneras o como brisas de los esteros. Se trata de hombres criados al son de la espuma que levanta el pez caribe y que desde niños mataron el miedo con el toro bravo. Si alguna debilidad se saca de ellos es la propia de ese animal quejumbroso que busca refugio en la oscuridad.

Morillo ve la misma treta rutinaria de un Páez hecho asteroide de piedra y fuego, y ante eso, quizás de mala gana por lo que considera una fácil derrota del enemigo, prefiere no usar la táctica incómoda para él de enfocarse o distraerse en un solo hombre y más bien decide realizar su clásico plan de batalla con esa identidad ibérica frontal, masiva, pestilentemente cruel y medioeval de anegar con excrementos y sangre el campo de batalla a lo hispano, a lo Mío Cid. El Mariscal lanza la caballería realista con su peste castellana y perrera de esos Dragones que son jinetes de élite y que pelean sobre esas pieles leopardas que pertenecieron a los invasores franceses que trajeron de otras refriegas bajo la sombra de las Pirámides.

Páez se detiene y huye a gran velocidad en ese juego de hombre pájaro cuando la línea realista ve que las bravuconadas del catire se terminaron cuando él y su grupete voltean sus caballos y hacen una retirada cobarde. Los doscientos jinetes seleccionados de la caballería realista para asesinar al catire Páez se apelotonan en feroz persecución de los insurrectos, y detrás de ellos se agitan también en afán persecutorio los mil quinientos soldados de las divisiones de Morillos que quieren participar en la matanza de aquellos llaneros en fuga para así acabar de una vez con esos gritos de guacamayas heridas a pedradas. Esta vez una inmensa mole de lanzas medievales se les viene encima a esos corpulentos llaneros que huyen y voltean sus miradas maliciosas, de picardía homicida.

La persecución se hace electrizante cuando los hombres del llano se dividen en grupos al tanto que sus perseguidores se alejan más y más del grueso del ejército realista. Pero de pronto se presenta el instante cuando los llaneros vuelven a unirse en un solo pelotón y aminoran la velocidad de su carrera al ver que Páez alza su brazo, a lo faro luminoso que alegra la noche brumosa del marinero perdido en alta mar, para terminar un ciclo y comenzar otro con la imagen del santo derribado por una María Lionza del negro y del indio, del zambo y del mulato en esta hora de la sabana y de la selva devuelta al Auyantepuy y al yopo alucinógeno de los yanomami. No es Páez quien abre la titánica acometida de la furia de la sabana, sino que se trata de la tierra devuelta en él con su ¡vuelvan, carajos! En ese grito

del catire, los españoles ven el regreso de una caballería de apretadas lanzas que hacen un solo organismo homicida. Ante el arrojó de unos pocos que defecan en la muerte, los portadores de los estandartes hispanos piensan en la misericordia. La pequeña estructura erizada de centauros del llano choca con la primera fila de perseguidores y provoca una inmediata ensartada de cuerpos mientras los gritos se hacen remolino y por doquier se derrama la sangre. Entre el caos y la nada, los que huyen del primer impacto sólo les queda entregarse en los brazos de la desesperación con el hígado destrozado por alguna lanza. De la primera línea hispana no queda algo en pie, y la centella de jinetes llaneros sigue su avance imparable sobre la segunda línea realista que queda confundida, inane y estupefacta ante las lanzas que buscan atravesar muchos pechos. La tercera línea entra en pánico y en desorden porque fue penetrada de inmediato por esas astas firmes que no se cansan de entrar en la blanca piel entregada al martirio masivo ante el altar de dioses humanoformes y sedientos de sangre.

Thomas Ferriar observa junto con su regimiento, ahora bautizado el “Cazadores Británicos”, el desarrollo de la batalla, y mira con detenimiento al Libertador y su mezcla de asombro y también de decepción junto a los demás oficiales. Ferriar levanta un telescopio por donde observa las escaramuzas asombrosas que comanda Páez, y mira también a su amigo Pedro Camejo, el que no tiene freno en su avance y que deja un reguero de realistas atravesados por su lanza espanto-

sa. Ferriar se voltea y llama a aquel escocés que, por cierto, no se fue con McGregor a la Florida, sino que prefirió sumarse a su grupo.

—Edwin, quiero que toques algo para adornar con tu melodía esto que estamos viendo, que es apoteósico y espeluznante. Danos una nota de tu gaita para seguir disfrutando esta escena—así le dice al escocés que se dispuso llevar su gaita a los encuentros con el enemigo y así, al entrar en combate, lo adornaría musicalmente con su instrumento de tres tubos del mismo tamaño y uno más largo.

Edwin tiene una gaita de piel de arce que la toca con virtuosismo desde que tenía 11 años cuando la sacó de su hogar en Edimburgo para traerla a esta Venezuela que merece ser adornada con muchos sonidos para que así se suavice algo de esta guerra infernal. La gaita habla de los fangos de una Europa lejana, retorna a la arena de frías playas y hoy adorna un encuentro brutal donde el ejecutante de la gaita se vuelve leñoso como un árbol de hojas con borde dentado. Es la gaita que suena en las tierras del Apure en la unión de esos dos mundos que en medio de la crueldad de una batalla armonizan con una música que no es de esos lugares, que no acompaña a los espíritus primigenios de esos rincones, pero qué importa, pensaría Ferriar, que casi se pone a bailar mientras disfruta la batalla y se divierte con la destreza de su amigo Negro Primero que no escucha la melodía escocesa sino otras melodías que salen de los corazones de los condenados a muerte por su lanza.

—Estos llaneros se merecen que les toque mi himno, ése de “Flower of Scotland”. ¡Qué Viva Venezuela y viva Escocia!, porque algún día nos tocará a nosotros libranos de ustedes como lo hacen ellos—así responde Edwin a la solicitud de Ferriar con el recuerdo de que el pueblo escocés también tiene una añeja aspiración de lograr su independencia y soberanía.

—Déjese de eso, señor Edwin Sinclair. No estamos en la isla. ¡Toque pues!

Y suena la gaita mientras a poca distancia hay una diablura haciendo trizas las filas realistas. Ferriar escucha la gaita como cuando la paseó por Alsacia-Lorena, persiguiendo los restos de aquel Napoleón derrotado o cuando entró a París en la culminación de la derrota del tirano y ahí sintió de verdad la fuerza, la libertad y la victoria. Ahora está en el Apure con la gaita de Edwin Sinclair, el escocés.

El ejército español se desmorona ante la llanerada chiquilla y juguetona sobre la alegre sangre y su centro recibe el impacto de los restos de columnas destrozadas por una pesadilla que crea tanta confusión y muerte. No le queda otra a los monárquicos que regresarse con atropello ante el infierno que cae sobre ellos, y en ese desespero se llevan por encima a los que venían detrás, ya que prefieren matarse entre sí que caer bajo las picas candentes de los 150 jinetes de Páez en su avance carnicero.

Ve Morillo que los que huyen pueden aplastar al resto del ejército y ordena disparar contra sus propios soldados en una acción que ejecuta la infantería con

quemantes lágrimas. ¿Qué piensa ese jefe militar que otrora resistió en Zaragoza y Valencia a Merlien, lugarteniente de Napoleón? Ante este desastre, ¿qué pasa por la cabeza del que le hizo morder el polvo a Ney? ¿Ante el degüello de sus hombres, cómo queda aquel que fue victorioso en la batalla de Vitoria? ¿Cómo queda su “expedición pacificadora”?, porque fue así como la bautizó el propio Fernando Séptimo en aquel brindis de Madrid. Morillo maldice el infortunio de esta expedición cuyo destino original era Montevideo, pero que fue desviada por la caída de aquella ciudad sureña en manos monárquicas, por lo que no hizo falta su tropa en el lado oriental del Río de la Plata.

¡Qué mala suerte el venir a esta tierra de bárbaros, casi que caníbales! ¿Quién imaginaría que su carrera militar terminara así de despedazada en las manos de unos negros cimarrones, más parecidos a beduinos de un verde desierto? ¿Quién iba a pensar que su gloria terminaría en la ignominia provocada por la prehistoria? Morillo retornó a sus recuerdos en medio de su llantén por la pela recibida. Esta batalla, ganada por la audacia acrobática de unos jinetes invencibles, le hizo recordar aquellos tiempos cuando él también emboscaba a los galos, volviéndolos locos, aterrorizándolos con su guerrilla nocturna que combatía bajo las órdenes del fanático cura Merino. Páez lo venció con ese mismo patriotismo que poseían Morillo y sus soldados cuando combatían guerrillamente a los invasores franceses. El fanatismo fue lo que hoy

humilló a su tropa; eso es lo que hay en la caballería endiablada que acaba de diezmarlo con el opio de alguna ilusión en esos bárbaros que montan sobre el lomo sin silla de caballos que tampoco tienen frenos ni bridas ¿Cómo ilusionaron a esos hombres del llano?, ¿o es que su caudillo hizo lo mismo que el padre Merino cuando pedía chocar de frente con el ateo francés? ¡Ostia!; ¡ahí está la cuestión!: “no salimos al campo con el sacramento”. ¿Fue eso?

CAPÍTULO XXI

Bolívar apreció el combate desde la otra parte del río. No hizo falta su participación pues fue un mero testigo distante y triste de esa épica, y a regañadientes se conformó con el papel de mero observador de una acción gloriosa. ¡Qué decepción! No fue considerado por Páez en este pico de heroicidad cuya noticia se extendería por toda la ex Capitanía General de Venezuela, por toda América y por supuesto hasta llegaría a la propia Corte de Fernando Séptimo que quedaría impresionado ante este hecho propio de una guerra diabólica y que un día le llegaría a sus manos una carta “explicativa” del mismo Morillo con la justificación de la derrota: “Su pobre tropa fue atacada por miles y miles de salvajes”, le diría “El Pacificador”.

Bolívar le comunica a Páez su sentimiento:

—Usted se quedó con toda la gloria. Lo hizo a propósito, lo sé. Usted no es un loco suicida. Pudo morir.

—Libertador, una vez me habló de una tal Leónidas de Esparta, un hombre de hace siglos. ¿Por qué me habló de él?

El ejército patriota se congrega para condecorar a los héroes de las “Queseras del Medio” en una fiesta impregnada del hedor de los cadáveres quemados. Bolívar se ubica al frente de los imponentes llaneros en formación, y lo hace vestido con su mejor gala y bien bañado en colonia e inventa una condecoración con el nombre de “Cruz de los Libertadores”, exclamando a la llanerada lo siguiente:

“Soldados: Acabáis de ejecutar la proeza más extraordinaria que puede celebrar la historia militar de las naciones. Ciento cincuenta hombres, mejor diré, ciento cincuenta héroes, guiados por el impertérrito general Páez, con propósito deliberado atacaron de frente a todo el ejército español de Morillo. Lo que se ha hecho no es más que un preludio de lo que podéis hacer. Preparaos al combate y confiad en la victoria que lleváis en la punta de vuestras lanzas y de vuestras bayonetas”.

Simón Bolívar termina su discurso y el grito abellacado de los centauros se impone en la mañana soleada por una victoria fácil e imponente bajo joropo con furia hasta para que dancen las legendarias Amazonas de la antigüedad mítica, y que así son estos llaneros y sus largas lanzas y sus arcos, flechas y hachas de doble filo, y así bailan los llaneros entre ellos como entre ellas bailaban Penthesilea e Hipólita. Sale Páez con su canto al ritmo de arco, cuatro y maraca, guitarra y vihuela, y hasta trata de intervenir la gaita del escocés Edwin. Se formó la fiesta de la victoria bajo un gran samán y se arrecia el baile; pero, como había pocas mujeres, siguen danzando hombre con hombre.

Ahí está Páez, cantante y cuatrista de primera:

Canta claro maraquero,
canta los amores míos
en la voz de los corrios
el joropo del llanero.

Canto y sufro con mi mal,
De ternuras y de amor,

Tengo el temple de un puñal
Y el cantar del ruiseñor.

Para cantar la Chipola,
mi mano temblando amarra
al cuello de mi guitarra
tres cintas en una sola...

—¿Ustedes ven?, ¡somos libertadores! —grita Min-
dola, el compadre del Negro Primero, y goza así las
palabras del que llaman Libertador.

—¡Ese mantuano lo que está es loco! — así dice otro de
los llaneros mientras manosea a la primera india que se
le presenta para el baile, celebrando así la condecoración
como soldado de una vaina rara llamada “patria”.

Varios prisioneros realistas son llevados detrás del
campamento donde los amarran y golpean con un
pipe e toro; ellos están acusados de salvajadas con-
tra la población civil, por lo que esperan una muerte
dolorosa en manos del Negro Primero y demás llane-
ros de la primera línea de Páez que están borrachos
y dispuestos a saciar sus soterrados instintos con la
golpiza sobre el enemigo derrotado y la sobadera de
sus mujeres en pleno rito dionisiaco de verdugos para
abrir una noche entera sin astros.

El Negro Primero está con su Bizarra cuando usa
el pipe e toro espinudo y sádico que traza cortadas
profundas sobre la espalda, brazos y nalgas. A una
orden de él, los verdugos comienzan su labor de tro-
zar metódicamente el cuello y sacar la sangre que de-
rramarán en los pocillos del sacrificio para el altar

de espíritus elementales. Es una matanza realizada por hombres y mujeres que en ese instante no tienen nombre pues ahora, gracias a los alucinógenos que le dieron los indios, asumen el perfil de animales: la Bizarra se transforma en yegua y Pedro Camejo se vuelve pájaro de la noche, y así los demás verdugos se transforman en crueles animaloformes. El ritual de decapitación sigue su curso sobre cuellos y miembros, y de esta manera también los verdugos descargan sus tormentos interiores.

Es entonces que le toca al Negro Primero asesinar a su prisionero como él hábilmente sabe hacerlo, y agarra al sevillano, al que le gusta arrancarle la lengua al prisionero patriota, y le jala la cabeza hacia atrás para asesinarle un solo tajo, sin ceremonias y de manera eficiente, limpia, seca, sencilla, si se quiere fácil en una tarea que culmina con un rebote juguetón del cráneo desprendido de su tronco, y esta cabeza cae sobre un suelo de vegetación seca que se humedece en frondosa sangre, y mancha el cráneo las hojas de algunos árboles, y el sol es mudo testigo de esa decapitación trigésima del negro verdugo que no le teme al pez piraña, que se baña hasta en río de caimanes y serpientes acuáticas, y de ahí su mano férrea que empuña el machete y ¡zas!, salió disparado aquel cráneo escandaloso por la sangre que es expulsada entre arterias y venas, y la fealdad de aquella cara toda mueca de muerte.

Pero llega Páez al matadero, preocupado de que Bolívar se percate de esta bestialidad. Pedro Camejo y los demás no paran el ritual que pretenden continuarlo

hasta con la presencia del que los espío en sus otros ritos sangrientos. El Negro Primero le entrega una cabeza decapitada al propio “catire” que no se sorprende cuando los ojos de aquel cráneo se abren con las pupilas angustiadas al perder el último aliento de vida, y se caen algunas máscaras entre él y el Negro Primero con su grupo de la primera línea, y son las máscaras primitivas que tapaban una que otra nariz carnosa, uno que otro rostro ancho o braquiacéfalo. La atmósfera se enrarece, se complica, pesa, se vuelve ruda y hasta ácida. Se acaban los trucos entre ellos y son ahorita de fuego sobre el amianto.

— Esta orgía de sangre no debe continuar—le dice Páez con determinación.

— Escucha mucho al General Bolívar, mi Taita. Acuérdesse que usted es de los nuestros, ¿o es que nos traiciona?

—Cuidado con lo que dices; no me irrespetes.

—No, mi Taita, no le irrespeto. Le recuerdo sus orígenes. Esto es lo que somos.

Esas palabras llevan a Páez al recorrido mental de su génesis como Taita al subir por una colina de hirientes recuerdos. Aparece entonces el rostro del Manuelote de los vejámenes sufridos cuando muchacho. Toma forma la cara de aquel negro mayordomo que lo mantuvo sometido a un régimen de humillaciones persistentes y de trabajos duros en su juventud como peón, una juventud cuya huella roe sus entrañas. Páez vuelve a las lágrimas de impotencia cuando le tocaba lavarle los pies a ese mayordomo en cada tarde y le

mecía la hamaca para dormirlo. Manuelote lo convirtió en hombre a fuerza de mandarlo a domar potros salvajes; lo hizo llanero bravío con sus gritos e improperios cuando le obligaba a montar esos caballos al pelo causándole ampolladas y cortadas en las manos cuando lo hería la soga, y también sus muslos y nalgas sufrieron muchas escoriaciones.

El catire Páez recobra el control de su mente y su mirada se hace altiva sobre ese subalterno que no tiene intención de frenar el degüello de prisioneros, y ante él se le para como un jefe, no como un amigo. Con el rostro y la mirada exige disciplina y prohibición; se ha vuelto un jefe que restringe y amenaza, y así vuelve ante esos llaneros, casi que chacales, la imagen del odiado caporal que levanta el látigo y que advierte con la paliza si prolongan lo que hacen. Ya este Páez es distinto para ellos: dejó de ser el padre benévolo y permisivo, y ahora es un padre que también castiga y que también pega y además mata. Ellos saben cómo es él y por tal condición detienen sus cuchillas; ellos saben cómo es él y enfrían sus brazos al quedar en el olvido la complicidad de siempre; ya no son iguales.

—Esto es lo que somos—le dice Pedro Camejo, mirándole a los ojos.

— Yo no soy de ustedes. Estás bien equivocado— le contesta Páez a su amigo verdugo.

—Usted es tan de nosotros que hasta también fue realista—le dice el Negro Primero, recordándole los tiempos cuando le recogía el ganado al español Tis-

car—; usted también le sirvió a la “ignominia”, como dice el mantuano Bolívar.

—Yo lo hice para engañarlos. Estaba sobre mí la amenaza de muerte. Incluso, me ofrecieron un grado de capitán y no acepté; yo ya era venezolano. Tú, en cambio, sigues sin “regenerarte”, y sólo llegastes a mí con el fin de cambiar de “taita” y no de conducta; ¿o no es verdad, “negro”?

El rostro de Pedro Camejo cambia de risa a seriedad y su mirada se clava en un gorrión con plumaje de color pardo, y todo se ha vuelto de ese color de licuada tensión. Se calma un poco pues no quiere un motín y es mejor que se pierda esa culebra en el monte. Lo importante es recuperar el alma de los negros, y para eso debe seguir luchando bajo las órdenes de este hombre que ahora se desentiende de ellos. ¿Por qué Páez cambió en este día de matanza? Se da cuenta Pedro Camejo, la Bizarra y los demás llaneros de la primera línea, que su taita Páez no se comporta como su taita, que se ha tornado hombre blanco, que se ha vuelto el color de su piel. Se rompe el vínculo, desaparece la comunión y no es llano, se volvió látigo; no es potrero cimarrón, se tornó castigo en el cañaveral. Véanlo bien, les dice el Negro Primero, es un hombre blanco. El negro desiste, baja la cabeza y él mismo ordena dice que se detenga la degollina y que se vayan a dormir la pea. Páez los ve alejarse y él también aleja su mano de la pistola. Las cosas han quedado claras al confirmar que no es de ellos, y sus hombres también lo han entendido. “Es mejor”, se dice así mismo el catire.

CAPÍTULO XXII

Hace su aparición el señor Blomm en la tienda con un ramo de flores en otro intento heroico de este caballero que no quiere dar su brazo a torcer. Francys lo observa con un dejo de lástima, y hasta con un cierto interés; en verdad el personaje es guapo y tiene buena posición económica. ¿Pero cómo le dirá a este señor que su amiga Emily sigue prendada de aquel que se encuentra al otro lado del Atlántico y que luchando por la liberación de un pueblo o de un país que no es su país? ¿Cómo le dirá a este caballero que Emily continúa enamorada de aquel su soldadito de plomo? Y, además, está enamorada a corazón abierto. Es algo ininteligible, incomprensible este tipo de amor a distancia, sin verse, sin tocarse. Es un amor bala en el corazón y no hay operación para sacar ese proyectil, y por lo que se ve este señor Blomm no es el cirujano indicado.

—Buenas tardes, Francys. Esta parte del ramo es para usted. ¿Emily se encuentra? —así le pregunta un Blomm repotenciado en sus propósitos de enamorado.

— ¿Cómo está señor Blomm? Tenía tiempo sin asomarse por aquí. En verdad Emily no me dijo si se iba para su casa o volvía inmediatamente. No veo su paraguas ni su cartera, parece que sí se fue hasta mañana. ¿Pero qué raro, no se despidió?

—¡A, ok! Bueno. ¿Y cómo van las cosas por aquí?

—El negocio no va bien—contesta Francys seca-

mente—A Londres le hace falta nuevas guerras. ¿No sabe de alguna por ahí?

— Y hablando de guerras, y discúlpeme por este tipo de preguntas porque en verdad no me incube; ¿por casualidad aquel novio de la amiga Emily ha regresado de su viaje de...?

— Venezuela.

—Correcto. Venezuela.

Francys escucha detenidamente ese atrevimiento. Se enamoró en verdad este hombre pues no encuentra otra explicación sobre la manera de ser de este caballero desairado reiteradas veces por una mujer bella pero que no es gran cosa. Ella lo bizquea a su gusto; tiene algo de ese defecto en los ojos; aunque su voluptuosidad hace que los hombres no estén pendientes de ello sino de sus pechos generosos. Pero este señor Blomm no está pendiente de eso y, como un necio enamorado, le hizo aquella pregunta. “Este pobre hombre aturdido por las pecas de Emily merece que le digan unas cuantas verdades”. Francys disfruta el aroma de las flores, y que por cierto quizás Emily terminará lanzando el ramo por la ventana de su casa.

—Señor Blomm, el Teniente Coronel Thomas Ferrer no ha vuelto de Venezuela.

— ¡A caramba! La guerra por allá ha durado más de un año. —Blomm manifiesta esas palabras que son un pensar a viva voz mientras saca su pañuelo para estornudar algo, y que quizás sea una alergia generada por el mismo ramo de flores que lleva.

¿Por qué este tozudo no la observa a ella que no está esperando un amor viajero? No encuentra como decirle que se desentienda de una Emily a quien ha visto sufrir con esa leedera de cartas y con lo que ella misma escribe. Francys, al escucharlo, interpreta que este señor es tan estúpido como su amiga; aunque sí, si se habla de estúpidos, su propia amiga le dijo ayer que se vive bajo el imperio de la estupidez y que debíamos acostumbrarnos a escuchar sandeces todo el tiempo. ¿Y si la estupidez se abre paso y si la estupidez vence? Como la estupidez es la clave de lo que pregunta este hombre, pues entonces le hablará con sinceridad.

—Él no ha regresado, pero se escriben, señor Blomm. La distancia y la ausencia la manejan ambos con las cartas que llegan al puerto de Londres.

El señor Blomm asume con estas palabras que tuvo un exceso de descaro con esa pregunta para Francys, la amiga y confidente de Emily. Quizás por eso le han respondido con esta información que intenta desmotivarlo, que le dice no insista Blomm porque ella sigue perdidamente enamorada y seguirá desairándolo, no aceptará sus invitaciones a cenar ni tomará sus regalos. Pero entonces trata de manifestar despreocupación con ese arranque de franqueza de Emily.

—Eso es el amor a pesar de la distancia. Pero nada es eterno.

—Ya veo que lo acepta de buena gana.

—Mañana regreso con otro ramo de flores. Emily merece mi terquedad. Leí sobre esa guerra y lamentablemente no pinta nada bien. Escuché que algunos

de esta ciudad volvieron frustrados y estafados, y han muerto muchos de los que se fueron y en circunstancias patéticas, no precisamente heroicas.

— Si. También hablamos de eso ella y yo. Pero, por lo que escuché, su amado le escribió presentándole un panorama optimista y que la guerra va bien.

—¿Y le dijo cuando vuelve?

—No—esa negación de Francys se manifestó con la tristeza de este monosílabo melancólico.

—Eso es suficiente para alimentar mis pretensiones. Dígale mañana, o si vuelve más tarde, que regresé.

El señor Blomm se despide con galantería. Besa la mano de Francys, recoge su ramo de flores y abandona la tienda. A cierta distancia, lanza el ramo a un callejón porque le causó alergia. Cuando se le mete algo en la cabeza siempre lo consigue con perseverancia y convicción, y tajantemente se afirma que esa rubia pecosa caerá en su seducción; no puede ser que un fantasma lejano sea más que él. La tenacidad y pundonor son suficientes para el éxito gallardo en la vida, se dice así mismo.

Cuartel General del Ejército realista, 23 de noviembre de 1820.

Faltaba el Brigadier Miguel de la Torre para iniciar la reunión del “pacificador” Pablo Morillo con su estado mayor. En este instante Morillo tiene en sus manos los acuerdos logrados por las comisiones negociadoras, tanto la del ejército de su majestad como la del ejército ahora reconocido como tal de una repú-

blica llamada Colombia. Morillo observa su llegada. Cree que el brigadier lo está mirando por encima del hombro, como diciéndole “te lo dije”, como riéndose de él, como afirmando con su llegada tardía pero tajante que siempre tuvo la razón de la necesidad de andar por un camino político para atender esta guerra que lleva 11 años de inútil genocidio entre los dos bandos. Hasta que llegaron las órdenes de España para doblegar la intransigencia del “pacificador”, y las órdenes eran negociar y lograr un acuerdo si es posible de manera directa con el Libertador para que acepte someterse a la constitución española a cambio de más autonomía, más libertad de comercio y otras prebendas, además del perdón a todos los delitos de sedición; pasar la página pues.

Morillo está amargado, frustrado, decepcionado, ya que lleva años pidiendo refuerzos, pero nunca se lo dieron, y lo que enviaron fue una orden casi que de rendición; los rebeldes demostraron más perseverancia que España. A él comenzó a irle mal desde aquel día cuando esos dos diablos se unieron contra él; desde que se unieron Bolívar y Páez, y el primero cruzó los andes y tomó el virreinato de nueva Granada, y el segundo lo atormentó implacablemente con sus tácticas guerrilleras. De los veinte mil hombres que vinieron con él, ahora apenas tiene unos seis mil y cada día desertan más. Morillo está ojeroso mientras revisa los acuerdos. Observa a sus oficiales y vuelve a ver detenidamente a Miguel de la Torre y reflexiona que este patiquín también terminará frustrado con

estos rebeldes; es su enfermizo consuelo de que éste también se va a decepcionar. De su arrugado rostro se le medio escapa una risita.

Entre las cartas que envió a España para explicarle a la corona que estaba cometiendo un error con estas negociaciones, una de ellas la terminó así:

“Es preciso que la Corte se desengañe, pues no cortando la cabeza de todos los que ha sido revolucionarios, siempre darán qué hacer; así que no debe haber clemencia con estos pícaros”.

Morillo ha ocultado su propia frustración porque no quiere proyectar el mal sabor de la derrota clara e inminente, y menos todavía cuando en cuestión de horas estará frente a su enemigo máximo, el odiado Bolívar. “Pronto lo tendrás frente a ti, Miguel de la Torre”. Así configura sus ideas mientras ve al brigadier con su buen semblante y saludando a los presentes. Morillo se entretiene con el pensamiento de que tiene cartas bajo la manga: una de ellas es lograr convencer al propio Bolívar de no independizar este territorio sino de aceptar más facultades autónomas, pero siempre unido a España; al final ese es un español desviado, pero español al fin y quizás acepte el nombramiento de Capitán General de Costa Firme o quizás también le otorguen el título de Virrey, tomando en cuenta su victoria de Boyacá. Y si el pacificador no logra convencerlo, al menos tiene la salida de irse de Venezuela, y ya sabe que viene en camino su licencia, pronto regresará a casa. La otra jugada es nombrar a Miguel de la Torre su sustituto en el man-

do del ejército de su majestad, de lo que queda de él. Finalmente, Morillo firma los acuerdos de armisticio y tregua y el de regulación de la guerra. Y después de estampar su firma, viene a su memoria lo que exclamó en aquella reunión con su alta oficialidad donde anunció por primera vez las instrucciones que recién llegaban de España, y que eran más dolorosas que cualquier batalla ganada por Bolívar o por Páez: “Están locos en Madrid. No saben lo que mandan: no conocen el país, ni los hechos, ni las circunstancias. Quieren que yo me abata a tratar con los que combatí; que pase por la humillación de llamar amigos a los sediciosos y hermanos a los que herí en lo más vivo como enemigos y rebeldes... Así se perderá todo. Yo obedeceré, pero no hay que contar más con sujetar estas provincias”.

Entrega los documentos y les dice también a los comisionados que preparen el viaje para encontrarse con el líder de la revuelta en el norte de Sudamérica que ahora se le reconoce como jefe de un ejército y como presidente de un gobierno, algo imposible de imaginar hace años. Cuando los oficiales abandonan el recinto, le hace una señal a Miguel de la torre para que se quede, al tiempo que abre una botella de algo de vino que todavía le queda. Le extiende una copa y ambos alzan el brazo a manera de brindis, pero sin decir por qué ni por quien.

—Quiero que me acompañe a ese encuentro. Sé que quiere ir—Morillo no intenta ganar ninguna buena voluntad de su lugarteniente con esta propuesta que le hace.

—A sus órdenes, su excelencia. Espero ser útil ahí. Sí, en verdad quiero estar presente en ese encuentro que sin dudas es histórico—el brigadier recoge el guante de la ironía y le devuelve el golpe con la franqueza.

—Yo sé que usted tiene simpatías por las ideas de los rebeldes y que quizás admire a Bolívar—continúa Morillo con su mordacidad.

—No, su excelencia; no es esa admiración que usted piensa. Sí le confieso, ya que está de ánimo para conversar, que reconozco de que esta gente terminó teniendo un talante bien lejano del que se nos pintó en España. Reconozco la capacidad y liderazgo de ese Simón Bolívar, y reconozco la constancia de sus soldados y de los demás caudillos que lo acompañan.

—Comparto con usted que en verdad no nos estamos enfrentando simplemente contra un grupo de viles sediciosos, que lo son—le responde inmediatamente el Pacificador y alzando la voz—; pero ellos terminaron siendo hábiles, tenaces, sacrificados y de gran audacia e imaginación.

—Con mi opinión no le estoy dando la espalda al hecho de que son traidores y de que no son de fiar. Pero al final, su excelencia, hasta con el diablo hay que hablar y entenderse. Desde España lo vieron más claro que usted—con esas palabras, reta el brigadier a su superior.

—Lo que pasa es que usted es un liberal igual que los que están predominando allá y tienen cercado a nuestro Rey. Pero ya verá usted y ellos; ya verán. Igualmente, esté claro que seguí las instrucciones, tragué seco y tuve

que tolerar a ese Bolívar cuya soberbia varias veces puso obstáculos en esta negociación; se comportó como un tunante hasta el final. En varias oportunidades el diálogo se venía abajo y todavía está en veremos. ¿Se dio cuenta de que los rebeldes son unos negociadores duros pero inteligentes? Díganme ese Antonio José de Sucre; ahí mismo le aceptamos su proyecto de regulación de la guerra. Pero, en fin, reconózcame usted a mí que, a pesar de no estar de acuerdo con esa política de Madrid, al menos la seguí al pie de la letra; la mantuve; la llevé a buen puerto, y aquí estamos preparándonos para conversar con el principal enemigo del imperio español.

—En verdad me sorprendió su paciencia y capacidad política para mantenerse hasta el final sin darle una patada a la mesa—bebe otro trago el brigadier en este comentario sedosamente irónico.

—¿Sabe otra cosa? Creo que está al tanto de que pronto regresaré a España y por tal circunstancia le adelanto mi decisión de dejarlo al mando de este ejército para que culmine esta negociación o para que derrote militarmente a Bolívar—Morillo lo mira de reojo para calibrar el efecto de sus palabras. Aprecia que el rostro de su interlocutor cambia de color.

La noticia sorprende a La Torre. Se sorprende, pero extrañamente no está contento y de repente hasta duda de la buena fe de la decisión.

—En verdad pensé que no me otorgaría más autoridad. Fui derrotado en San Félix y...

— Y todavía me acuerdo de su conducta en Nueva Granada—lo interrumpe tajantemente el Pacifica-

dor—. En efecto, usted me dejó un sabor amargo en lo militar, aunque también ha tenido sus victorias y por eso reconozco que usted es un soldado de buena escuela y al final mantendrá con hidalguía los intereses de la corona.

—Además, su decisión no le va a caer bien a algunos—también lo ataja La Torre al reflexionar el nombramiento.

—Entre esos algunos está Morales. Pero ya tomé mi decisión, y ella se basa en el hecho de que usted sacará a este ejército que tanto amo de este atolladero, y lo hará sin mucho sufrimiento para mi tropa. En cambio, Morales seguirá derramando mucha sangre inútilmente.

—Espero cumplir sus expectativas.

—Ahora puede retirarse. Y prepárese que mañana conocerá a su nuevo amigo.

CAPÍTULO XXIII

27 de noviembre de 1820. Encuentro de Santa Ana. El Brigadier Miguel de la Torre está emocionado por ese ambiente sin discordia, casi que poético, que reina en el encuentro entre el mariscal Pablo Morillo y el jefe de los rebeldes, Simón Bolívar. Desde que se inició la jornada, el Libertador sorprende a la comitiva realista, y sobre todo a Morillo, ya que apareció con un atuendo sencillo, sin galanura, sin escolta y acompañado nada más de los comisionados negociadores; y, para más exhibición exótica, llegó sobre una mula, lo que provocó una risa difícil de ocultar entre los españoles presentes; pero a Miguel de la Torre, más que la risita, se le agitó el corazón: el enemigo terrible, el protagonista de tanto sufrimiento, ahora está ante ellos con una imagen de cariñosa y humilde grandeza. No le queda otra cosa a Miguel de la Torre que sentir simpatía por el Libertador y ...admirarlo como un extraordinario monstruo que provoca aplausos. El Libertador por su parte ríe para sus adentros pues percibe el impacto psicológico que ha generado al presentarse con esa muestra de humildad, sin oropeles, sin uniforme ostentoso y sin medallas, como están Morillo y sus acompañantes; todo eso sorprendió a los realistas y los abofetea en su orgullo, y ahí está él montado en una mula y sin temerles, consciente de que los ha impresionado. Esta maniobra la configuró hace unos días. Algunos de sus oficiales le advirtieron

lo arriesgado de presentarse sin una numerosa comitiva a esa reunión, pero Bolívar concibe ese golpe de efecto a sabiendas de que las ideas liberales estaban fluyendo en varios de esos oficiales realistas. Ahí está él ante ellos como un paladín romántico y humilde, pero en sí es una máscara que la lleva con talento y agrado también. Él sabe fingir sencillez, amistad, amabilidad, empatía y es un diablo o un ángel, y ese día será el ángel de la amistad y de la paz. Llegó a Santa Ana con el propósito de entablar otra batalla, para allí derrotar a sus enemigos de siempre, pero esta vez con las armas de la astucia y el fingimiento con sutileza y estética. El Libertador les sonríe; es un zorro. Morillo por fin tiene a su enemigo tan cerca, y de inmediato se percata de sus rasgos felices en ese hablar tan ingenioso que hasta opaca su constitución física enclenque, aunque firme e hidalga de Quijote del trópico. Morillo sabe de lejos lo que se habla de su audacia, su talento, genialidad y tesón, y que lo pintan como un Julio César venezolano o también como un “Alejandro Magno de la mierda” que así lo han insultado. Ahí tiene de frente al vencedor, y no importa los vicios que se le endilgan; no importa sus indecencias y extravagancias, pues hasta putañero le dijeron que era; no importan esos chismes si el que está ante él es el lamentable verdugo de España en América. No le queda otra que quitarse el sombrero. Después que ambos jefes desmontaron y se abrazaron como dos hermanos que tenían tiempo sin verse, los demás acompañantes intercambiaron apretones

de mano y abrazos, risas, conversas, preguntas sobre conocidos y parientes, anécdotas y cuentos, comunión de chismes y chistes. Pareciera que esos dos grupos nunca tuvieron propósitos de matarse; pareciera que no pasó nada entre ellos que tuviera que ver con más de una década de genocidio compartido. Ese encuentro sirve para descubrir entre ellos los caracteres que comparten y sus grandes semejanzas, y ni se acuerdan de por qué tanta muerte y no parece que eso que está pasando sea mera diplomacia, manipulación, fingimiento; no parece que el ambiente sea falso, es que no parece. Se dedican entonces los excombatientes de ese día a disfrutarse entre ellos, hacerse amigos, compartir y hablar. El ángel de la muerte no está, ya que fue sustituido por el ángel de la concordia.

El Libertador escucha a Morillo, los escucha a todos, los abraza a todos pues está satisfecho y pleno de confianza en este encuentro con los enemigos que hoy no lo son. Saborea el vino tinto al escucha una guitarra española que irrumpió en el lugar de reunión alegremente, y de repente él es español, españolísimo y aplaude y taconeas como un gitano. Coge algo de serenidad detallando a esos peninsulares y valorando que el armisticio es ventajoso, un magnífico negocio, bueno para sus intereses. Quedó ganancioso con ese armisticio porque sus líneas y posiciones se fortalecen, no perdió ni un metro de terreno ganado; es más, hasta les quitó a ellos territorio. Y si la guerra se reinicia, él se sentirá dispuesto a reactivarla ale-

grememente porque quedó mejor ubicado en el mapa y refortalecido, descansado; pero ya está adorando esta paz que recién comienza. ¿Será esto una ilusión breve? ¿Podrá terminar esto por las buenas? Ve que los españoles quieren regresar a su tierra y quieren negociar; pero los muy vivos no quieren rendirse así por así y no quieren reconocer la independencia de Colombia. Quieren, sí, terminar siendo amigos de los colombianos, así vuelvan al campo de batalla. Escucha Bolívar que brindan por él y levanta su copa muy amigable y candoroso. Alguien susurra un nombre en su oído y le suena a Sucre, el que elaboró el tratado de regulación de la guerra.

—Qué talento, qué capacidad del cumanés. Ese tratado..., con ese tratado...; ya sólo con eso hemos ganado la guerra en humanismo, en generosidad. Ese solo documento ha engrandecido al ejército de Colombia por siempre. ¿Qué dice usted, O'Leary?

— Bueno, ahí está; véalo usted. Es poco sociable, tímido; pero los españoles lo agasajan, y como que no se deja.

—Llámelo. Llame a ese ángel.

—Es que está rodeado de españoles.

—Y que mejor amigo de España que él. Él es el amigo de todos, el protector de todos con su tratado de regulación de la guerra. Se acabaron los monstruos. ¡Cómo me pesaba mi decreto de guerra a muerte, O'Leary!

El que se aproxima es Morillo para continuar con él una conversación interrumpida por algunas consultas que le hacía uno de sus secretarios. Tocaban las copas y

se sonríen, se seducen. El Libertador se pregunta si en verdad este Morillo que está ante él es el hombre de buenas intenciones que se pinta. El Pacificador, en las horas de conversación en grupo y en privado, intenta demostrarle que es un hombre sin odio en el corazón, que no sigue instintos de destrucción hacia ellos, ya que los considera españoles también. Lleva toda la noche aclarando situaciones del pasado, reconociendo errores y hasta les demuestra la culpabilidad de algunos de sus subalternos en unos cuantos crímenes; como es el caso de Enrile que fue uno de los oficiales más terribles durante la represión de los patriotas en Nueva Granada y cuyos abusos se lo endilgan a él, al propio Morillo.

—Pues le creo, su excelencia, le creo. Yo también he pagado platos rotos de algunos de mis oficiales—le dice el Libertador para que Morillo calmara su insistencia en demostrar que no es el chacal que pintan.

—Yo quiero que eso quede claro. Yo soy un hombre de cuartel, de disciplina, de jerarquía. No ando con odios desbocados por ahí. Claro que hay excesos, pero yo he puesto de mi parte para superarlos. Es más, el camino que viene de ahora en adelante es el de la amistad entre Colombia y España.

—Y eso se está sellando hoy—reafirma Bolívar.

El Libertador reflexiona que este momento es el resultado de años de constancia y de sacrificio de él y del ejército colombiano; ¿pero serán sinceras estas palabras de Morillo y de los demás jefes realistas? ¿estarán animadas de un franco deseo de amistad? “En todo caso, los espero”.

A su vez, el Pacificador piensa lo mismo de su interlocutor pues se interroga sobre la solidez de la franqueza de estos hombres que se llaman patriotas; y se dice así mismo: “Todavía me acuerdo del hijo de puta de Arismendi a quien le perdoné la vida y le di toda mi confianza; y cuando salí de Margarita para llegar a Nueva Granada, el vil ése degolló a mi tropa acantonada en la isla”. Morillo sigue escuchando a Bolívar y no deja de verlo como un traidor a la corona, pero hoy reconoce que está ante un hombre genial, pero malo, dañino y peligroso. El escucharlo y verlo termina de consolidar su disposición de regresar a España lo más pronto posible. “Todo está perdido con este tipo de hombre”; esa es su convicción plena y dolorosa mientras continúa jugando a la diplomacia, pues seguirá haciendo todos sus esfuerzos por convencer a esa víbora de que su Colombia le irá mejor continuando como colonia de una España liberal. “Este tiene la ambición colosal de crear otro imperio”. “Pero bueno, hoy llegaré hasta el final con esto, y me iré pronto”.

Bolívar también reflexiona sobre un recuerdo oprobioso: cuando Monteverde violó en todo, en todo, la capitulación que firmó con aquel hombre que lo decepcionó, con aquel Miranda. “Estos godos no tienen palabra; lo demostraron con Miranda que tampoco aguantó demasiado para salir huyendo con mucho dinero, dejándonos a nosotros con su fracaso militar y político. ¿Cómo un tipo con tanta experiencia pudo confiarse de Monteverde y de la gente de

su ralea? Ahora está este Morillo ante mí haciéndose el inocente y después de haber llenado de patíbulos Nueva Granada y Venezuela. No me van a engañar como a Miranda”.

El Libertador se deja llevar por la melodía de fondo que acompaña la francachela de patriotas y realistas, y hay un momento cuando el guitarrista, para alegrar más la noche, toca bailando y sin perder el compás. Bolívar se conmueve con esa pericia y arte para jalar la guitarra y ejecutarla.

—Viene de la escuela de Mariano Ochoa, el que le daba clases a la propia reina María Cristina—le dice Morillo.

—¿No era Aguado? —interroga Bolívar.

—No, general. Mariano Ochoa es el creador de ese estilo y le dio clases a la reina.

El Libertador se detiene a pensar en la complicación que se le viene encima cuando regrese al cuartel general, ya que algunos de sus oficiales y algunos jefes-zuelos de varias guerrillas no están de acuerdo con el armisticio. Hay aquellos que manifiestan a viva voz que el Libertador como que “se rajó”, que lo del armisticio es debilidad o un exceso de querer demostrar que es un hábil político cuando lo que se debe es pasar a la ofensiva inmediatamente y no interrumpir en ningún instante la lucha. “¿Y qué le pasó a Bolívar?”, dicen por ahí. Al Libertador le viene a la mente que “gracias a Dios” el primero que estuvo de acuerdo con este armisticio fue Páez, el que pensaba que no iba a aceptar que se detuviera la lucha por un tiempo; y lo pensaba por conocer la naturaleza “pa’

lante” de este caudillo. El mismo Páez le presentó un plan que contemplaba la necesidad de prolongar ese armisticio todo lo que se pudiera porque hacía falta más adiestramiento de la tropa, había que esperar más armamentos, crear un ejército de reserva en Nueva Granada y conservar íntegramente el territorio que se poseía; no se podía arriesgar nada en ese momento. Fue Páez quien más lo convenció entonces de que ‘se estaba haciendo lo correcto; como también fue Páez el que le dijo que “todo va a depender de una sola batalla, como lo hizo usted en Boyacá”. Pues Bolívar durante esos días de tregua prepararía esa batalla que sería la definitiva, por lo menos en Venezuela; la prepararía con esmero en sus detalles. Es más, esa batalla se ganará tácticamente antes de que se realice. Las maniobras, las operaciones y la audacia que anteceda esa batalla le darían la victoria. Y mientras siguen los brindis y los halagos de Morillo, Bolívar perfila lo que hará durante la tregua.

—¿En qué se entretiene, General Bolívar? Lo veo como que soñando lejos—le pregunta Morillo, tratando de auscultar esa mirada del caraqueño que está como distante en el tiempo, pero en el tiempo futuro. —Pienso en la amistad, don Pablo—le contesta con sonrisita el Libertador.

El Pacificador reafirma su terrible presentimiento, tormentoso él, de que el caraqueño está claro que ha triunfado; la imagen sonriente de Bolívar confirma esa presunción. Morillo captó el gozo del Libertador, entendió esa risa. Y es así: Morillo sabe que de esta gue-

rra ya no hay nada bueno que se pueda esperar para los intereses de la corona. Además, de España no vendrá más nadie a salvar algo; todo está perdido y él hizo lo que pudo y hasta más. Aunque sabe que cometió errores estratégicos, como el de sobrevalorar su capacidad militar. Sí, cometió muchos errores: ¿cómo es posible que haya dividido su ejército y que no fuera con todas sus fuerzas, y 'él mismo a la cabeza, a sacar a Bolívar de esa Angostura que le dio tranquilidad y control de aquel Orinoco de donde le venía armamento, la pólvora, el comercio, los refuerzos del extranjero y por donde le llegó hasta una imprenta de donde salen unas páginas que también han desmoralizado a su tropa, entre otras cosas? ¿Por qué no llegó hasta Angostura en persecución de Bolívar?, se pregunta dolorosamente el Pacificador al instante de empinarse un hondo trago de vino tinto. ¿Por qué no impidió con su ejército que ese hombre instalara su congreso en aquel lugar y así sabotearle la formación de lo que el caraqueño llama gobierno y ahora como gobernante tiene que reconocerlo y tratarlo? Tampoco Morillo se imaginó lo letal que sería Páez; ¿quién pudo imaginar que ese hombre y su grupo de salvajes lo derrotarían en los llanos? Pues lo derrotó a él ese llano, no sólo los llaneros; lo derrotó la llanura y sus salvajadas de clima, terreno y enfermedades; lo derrotó esa tierra paridora de hombres tan diestros con la lanza y que montan esos caballos como embrujados acróbatas.

Concluye el Pacificador sus incómodas cavilaciones: “Pues me voy. Después de estos instantes raros con

el padre de mi fracaso, pues regreso a mi hogar”. Pero en verdad le da dolor dejarle este desastre a Miguel de la Torre: le entrega un ejército en ruinas y donde impera una moral de rodillas. Le deja las mezquindades de Morales y de otros que él sabe que no se van a calar, no su salida, sino que haya puesto a este intelectual como jefe del ejército español; y hasta ayer le llegaban comisiones desde Caracas para convencerle de que se quedara porque no había otro con suficiente liderazgo para, si no vencer, al menos frenar a los revoltosos mientras se daban las negociaciones. Sí, le da lástima Miguel de la Torre, ya que le dejará lágrimas, intrigas, odios, divisiones, desertiones y traiciones: es la derrota; le deja la derrota.

El brigadier tenía tiempo esperando este encuentro de enemigos que ya no son. Pareciera que se cumple un anhelo. Miguel de la Torre tuvo el sueño de una fiesta con personas que se odiaban, que se herían, pero una especie de ángel dejó una estela que los transformó en amigos, casi que hermanos. Ve Miguel de la Torre que aquel extraño sueño ahora es realidad y se dirige ante el Libertador, lo saluda marcialmente y le aprieta su mano gallardamente. Miguel de la Torre se encuentra con el hombre más temido y odiado por todo el sufrido ejército del Rey Fernando VII. Ninguna descripción sobre este personaje fue exacta. Los comentarios sobre Bolívar fueron incorrectos, por lo menos lo que él escuchó de los prisioneros patriotas, de espías, de oficiales españoles que estuvieron en los cuarteles de los revoltosos. Este per-

sonaje que está ante él sobresale por el magnetismo electrizante de su mirada que inspira autoridad. Recibe Miguel de la Torre el impacto de un hombre peligroso. Este es el terrible Bolívar que no es un criollo cualquiera; más bien se ve como un español, más español que muchos que acompañan a Morillo; aunque en eso también hay confusión porque, según algunos informantes, la semilla de Bolívar es vasca; “imagínense esta mezcla de español, vasco y venezolano: este hombre es alucinante”, se dice el brigadier.

Miguel de la Torre alza la copa y brinda, haciéndose escuchar por los presentes: “Brindo por los colombianos y españoles que unidos marchan a los infiernos si es necesario contra los déspotas y los tiranos”. El aplauso fue unísono en un brindis que se asemeja a la erupción de un volcán de sentimientos compartidos.

Simón Bolívar queda muy agradado de este brindis del brigadier. Se dirige a donde está él.

—Usted es el brigadier Miguel de la Torre. Escuché de usted, y veo que me informaron bien sobre su condición de caballero.

—Permítame que también lo llame Libertador, su excelencia. Y para que mejor me conozca, no tengo empacho en confesarle que soy español, pero también me siento americano.

—Pues siéntase americano y más bien siéntase colombiano.

— Le digo también que pase lo que pase, me quedo aquí en estas tierras. General Bolívar, recíbame como hermano.

Ambos militares se abrazan y vuelven a brindar en medio de más guitarra. Días atrás éste abrazo era un imposible entre hombres que no son simples hombres debido a sus peripecias existenciales enmarcadas en el odio acérrimo. Son fantasmas de una época que hasta ese momento estaba desprovista de esperanza, pero que hoy ha cambiado de piel. Los presentes ven desconcertados el abrazo y saborean el licor, y el guitarrero hace su esfuerzo en suprimir el silencio que quiere retornar. El abrazo es entre dos enemigos de distintas imágenes, ya que uno es elegante y uniformado, y el otro está vestido de paisano. La Torre está excitado, con la cara rompiendo en calor, pero sus extremidades se enfriaron al tocar los huesudos brazos de un Bolívar que exhibe una mirada de Esfinge de Guiza; quien lo viera no pudiera determinar con exactitud si el caraqueño está en una situación desagradable o placentera. Algunos de los presentes sienten un calorcillo y sacan sus pañuelos manchados de sangre en este encuentro cordial entre bestiales enemigos, y que más parece un sanatorio.

O'Leary se acerca al Libertador y le susurra al oído:

—Usted sabe que Morillo se va; ¿pero también sabe que Miguel de la Torre va a ocupar su lugar?

—Claro que sí. Tengo rato estudiándolo. He dedicado más tiempo en analizar al brigadier que prestarle atención a un Morillo que pronto será historia. Y no dejaré de estudiarlo para derrotarlo.

CAPÍTULO XXIV

Calabozo. 24 de enero de 1821. Campamento de la caballería de José Tomás Morales.

El que se considera el heredero del taita Boves monta su caballo para drenar su frenesí y su encono a través de todas las fibras de su cuerpo. Durante un largo tiempo esperó que ese derrotista de Pablo Morillo se largara, y la noticia de su partida le llegó en uno de esos trances que lo acompañan desde chiquillo. Cuando le vinieron a avisar, él se encontraba pasando una fiebre en una habitación árida como su alma y con el único adorno de un raro cuadro clavado en la pared cuyo centro es un ángel con armadura, pero sin alas. Entre soñando y despierto, ardiendo de fiebre y sudándola, Morales se dice que es un ángel vestido de soldado y con una bandera negra cuyo centro de la tela es un cráneo de calavera entre dos tibias cruzadas. En eso sintió una tórrida sed y un paladar de tierra; y adentro de su ser se vislumbraba un campo desolado donde no subsisten ni los seres humanos ni los animales ni las plantas, ni los colores ni los sonidos; ¡qué dura sensación! En esas circunstancias le avisan que Morillo ya no está en Venezuela y en pocos minutos aparece otro mensajero, seguido de los lugartenientes de Morales con los rostros de indignación, pues aquel trae el anuncio de que Morillo no lo dejó a él al mando del ejército, sino al derrotado de San Félix, al brigadier Miguel de la Torre. ¡Qué injusticia!

Morales tuvo el presentimiento de este descaro de Morillo en dejarlo de lado con el mando supremo del ejército. Está consciente de que la jefatura militar y civil de los españoletes tiene una angustia soterrada ante la perspectiva de que los tiempos de Boves pudieran regresar, y él representa esa oscura época. A pesar de que es el jefe realista más temido por los rebeldes, el más victorioso y el más cruel de todos, no lo quieren los peninsulares ni de Venezuela ni de España. Tiene en su frente marcada la imagen de José Tomás Boves, ya que gravita hasta la leyenda de que lo asesinó en Mucuritas siguiendo la directriz de alguien del clero que en representación de muchos españoles de bien le pidió que acabara con la vida del demonio de los llanos; y a pesar de eso, no lo quieren ni lo querrán porque es seguro que aquellos mismos del año 14 vinieron a rogarle a Morillo de que no lo colocará a él como comandante del ejército del Rey. Lo que no sabe Morales es que sí vinieron de Caracas a suplicarle a Morillo, pero no vinieron a objetarlo a él, sino a convencer al Pacificador de que no se fuera porque más nadie garantizaba la victoria de las fuerzas de su majestad; vinieron casi de rodillas a rogar que se quedara a un Morillo que finalmente no les hizo caso y se fue.

Morales corre raudo para drenar su rabia. Sus oficiales comprenden la carrera de su incendio de indignación. Morales piensa que el insulto no fue para él nada más, sino para ese ejército sufrido y sacrificado que ha comandado desde que se fue Boves. Por

cierto, nunca aceptó de buena gana la mandonería de Morillo, impuesta con su tropa extranjera. Los jinetes realistas, tan llaneros como los que andan con Páez y con Monagas, quieren un jefe como ellos, y ese perfil lo tiene Morales desde hace años. Sin embargo, la mentalidad tiránica de los españoletes los hace míopes y no advierten el peligro de colocar a un jefe que no es jefe de nada, como lo es Miguel de la Torre, el derrotado en el llano, el derrotado en Guayana, el pusilánime, el patiquín intelectual, el político o filósofo. Ese no es un hombre para esta guerra, dicen los llaneros de José Tomás Morales.

Un mensajero entra con una correspondencia proveniente del cuartel general monárquico. Bolívar esperaba este mensaje para ratificar lo que arrojó su evaluación de aquel encuentro de Santa Ana en noviembre pasado. Les dice a sus oficiales: “Confirmado. Morillo zarpó para España, y el que ahora comanda al ejército español es Miguel de la Torre”. Se dirige a su secretario para el dictado de una carta con las siguientes palabras:

Excmo. Sr.: Me es muy satisfactorio tener la honra de comentar la comunicación de V.E. de 24 de diciembre en Caracas, pero aún es más vivo este sentimiento al saber a V.E a la cabeza del Ejército Expedicionario de Costa Firme. Ninguno más digno de llevar la doble y delicada misión de hacer la guerra y la paz en circunstancias tan raras como las presentes; yo me congratulo sinceramente de que este en mi frente un jefe cubierto de laureles y adornado de virtudes, y animado de los

sentimientos más puros de honor y filantropía. Si el cielo me permite abrazar a V.E. como amigo, yo seré en aquel momento el más dichoso de los hombres: y si el genio del mal me fuerza a combatirlo, sentiré el más agudo dolor al considerarme enemigo de quien no puede ni debe serlo sino de los tiranos. Después de nuestra hermosa reconciliación en Santa Ana he sentido nacer en mi corazón dulces movimientos de amistad hacia el noble y franco General Morillo, cuyo feliz arribo a su adorada patria será para mi un motivo de cordial alegría. El ofreció (estoy cierto que cumplirá) hacer con tanta actividad como hizo la guerra buenos oficios en favor de Colombia. Celebro como V.E. debe suponer la llegada de los Señores Sartorio y Espelius, comisionados por S.M. para poner término a nuestros tristes y belicosos deberes. En consecuencia he determinado dirigir cerca de la Corte de Madrid a los plenipotenciarios de Colombia, Señores Revenga y Echeverría, cuya misión espero verá V.E. como propia. Son encargados del mismo modo estos señores enviados de establecer y concluir con V.E. y los señores comisionados Sartorio y Espelius, un nuevo arreglo sobre el futuro armisticio que parece de absoluta necesidad, no menor que la absoluta ruina para nosotros si no se adoptan las medidas justas y necesarias que propongo por esta misión dirigida a la paz y armisticio. Sírname V.E. ser generoso oyendo con indulgencia la dureza de mis demandas, porque ellas son necesarias, porque son inevitables y porque de ellas emana nuestra propia existencia. Persuádase V.E. que de nuestra vida políti-

ca depende en gran parte la prosperidad de la nación Española, porque la guerra y el exterminio de ambos pueblos sería el resultado final de nuestro aniquilamiento. Acepte V.E. nuevamente mis plácemes por la colocación de V.E. en el mando de Venezuela, que ella le llama ya su hijo adoptivo, su protector y su amigo. No pierda V.E. títulos tan grandes para un corazón sensible y amante de lo benéfico.

Aumente V.E., si es posible, los motivos que le han adquirido tan bellos epítetos y cuente V.E. con las sinceras afirmaciones de mi admiración y cordial amistad.

Dios guarde a V.E. m.a.; Cuartel General de Bogotá, a 25 de enero de 1821.

BOLÍVAR.

El Libertador culmina el dictado. “Estas palabras serán música para sus ‘oídos’”, piensa un Bolívar que está consciente de que le causó agrado al jefe realista y pues intentará envolverlo. Se plantea la siguiente determinación sobre cómo hacer su teatro de amistad: “Debo engañar a ese pedante”. “Le voy a tejer una telaraña de intrigas en Maracaibo y será demasiado tarde cuando se dé cuenta”. “Esta guerra también la ganaremos con fingimiento, picardía e hipocresía”.

Veintisiete de marzo de 1821. Cuartel General del ejército Libertador.

Bolívar se encuentra en el centro de una habitación con pocos hombres de su más extrema confianza cuando recibe más información sobre la situación de

Maracaibo: hay una conspiración en esa población que está en manos de los realistas, y en ella se teje que un grupo de dirigentes políticos, simpatizante de los patriotas, intente tomar el lugar; y para eso los conjurados están en comunicaciones con Urdaneta en procura de que llegue con su tropa y le quite ese importante punto al imperio español dándole un golpe de muerte al armisticio y se terminaría la tregua, y eso para Bolívar no es una tragedia. El Libertador tiene días esperando esa situación y el reinicio de las actividades bélicas; está esperando con ansias la guerra para poner en ejecución su plan militar. Si Maracaibo cae en manos de Urdaneta, violando así el armisticio, pues ¡magnífico! Se acomoda su uniforme y más parece un huesudo sacerdote; ¡qué solemne está! Ahí está Bolívar, firme entre los suyos, con su mirada juiciosa que ahora se sale de sus órbitas ante la inminente acción concebida en su cabeza desde hace meses. De repente, las bolsas debajo de sus párpados se tornan llenas de vida, y deja de ser un anciano expectante, pensante, reflexivo, pero amenazante, y ahora es un Bolívar colocándose el sombrero que le compró al inglés.

Veintinueve de marzo de 1821. Cuartel general del ejército de su majestad en Tierra Firme.

“Maracaibo fue tomada por las tropas de Urdaneta, por el batallón ‘Tiradores’. La Torre es despertado por sus edecanes con esta noticia donde los rumores se hicieron realidad. Se pone de pie ante una gente

alterada por una información que significa el rompimiento de la paz. Varios de sus oficiales le venían alertando de los suficientes indicios de que Bolívar planeaba terminar el armisticio atravesándole una daga por la espalda al ejército español, y lo haría quitándole con triquiñuelas la joya más preciada del territorio realista que es la plaza fuerte de Maracaibo; ahí están los hechos.

La guerra se reinicia. Ahora Miguel de la Torre recuerda vivamente la advertencia que le hizo Pablo Morillo: él le dijo que los patriotas no tienen palabra, y de quien menos debía confiar es de Simón Bolívar. La confianza en el otro es algo que se acabó en ese proceso de demolición que es la guerra de independencia. Morillo fue un convencido de eso, pero no pudo transmitírselo a esa buena gente que es La Torre. Este golpe vino más de adentro que de afuera; así lo asimila el sustituto de Morillo, ya haciéndose responsable de creer en la palabra de Bolívar y de bajar la guardia, y piensa que su principal falla fue no admitir que la guerra y su destrucción son irremediables en esta Costa Firme que se “la vaya a llevar los mil demonios”. Lo bueno también lo reflexiona: ha recuperado la necesidad de luchar, y la noticia no lo congeló, sino que lo despertó. Se hizo trizas la ilusión, y eso es bueno para su condición de soldado. “Si quiere guerra, la tendrá”; con esta frase, La Torre asume una refrescante actitud. Mientras todos están alterados en el campamento, llega otro mensajero con correspondencia proveniente del cuartel general de los villanos.

Los presentes prestan atención porque se trata de una carta firmada por el propio Bolívar. Miguel de la Torre lee a viva voz y comenta con los suyos:

—Esto es colmo del cinismo—comparte La Torre este duro juicio sobre la conducta del jefe patriota.

—Pareciera justificarse y pareciera a su vez que la escribió sin estar al tanto de los acontecimientos de Maracaibo—comenta uno de sus oficiales.

—Escuchen esto, anuncia La Torre:

...De Inglaterra y en Gibraltar se nos está escribiendo constantemente por personas muy respetables, que el gobierno español no piensa más que en ganar tiempo para continuar la guerra, quiere decir ganar tiempo para mandar nuevas tropas. Usted de un momento a otro puede recibir un refuerzo de ocho o diez mil hombres, sino se transigen las diferencias, como es muy posible... Hasta ahora nadie nos ha ofrecido, ni aún en conversación, que seremos reconocidos como nación y por el contrario mucho nos han afirmado la oposición invencible que existe de parte del gobierno de España. En estas circunstancias, ¿Qué ventajas sacamos nosotros del armisticio? ¿Y no debemos temerlo todo?

—Tenía días exigiendo concesiones territoriales, y que para calmar al Congreso Constituyente de su república —siguen comentando sus oficiales--Vean como se justifica el muy ladino.

— Aquí ya dibuja la perfidia. Escuchen esto—les dice La Torre—:

En el armisticio hemos perdido territorio, Cartagena se surte de víveres y Maracaibo gana en todo, nuestra

marina se arruina, el comercio de ustedes respira sin nuestros corsarios. Todo esto se ve, se siente y se sufre. Por lo mismo amigo si ustedes no nos entregan en calidad de indemnización los restos de las provincias de Cumaná y Maracaibo con Río Hacha, ya no podré contener el clamor universal de mis compañeros de armas. Entienda Usted, amigo, que muy pocos esperan la paz y que los más si sufren el armisticio es por una ciega deferencia a lo que hace el gobierno, pero todo tiene un término y en los gobiernos populares nada hay seguro, porque la marcha del pueblo suele ser muy varia y aun ciega.

Deja La Torre hasta ahí la lectura. Está vivamente indignado y les dice a los suyos:

—Pues le remitiré esta carta a Urdaneta y le escribiré a Bolívar que retorne a lo acordado, que retire su tropa y que lo que él plasma aquí es una salta de falsedades. Le diré que esto se armó desde hace rato: la ocupación de Barinas por parte de Plaza, el acoso que sus corsarios le hacían a nuestros buques. Y lo de Maracaibo no fue un levantamiento popular realizado por sus habitantes, sino una conspiración armada por el Ayuntamiento. Le daré un ultimátum. Escríble secretario que las operaciones militares se reanudan el 28 del mes de abril por incumplimiento del artículo 12 del tratado de armisticio. Y escriba esto: “La guerra vuelve a devastar unos países que por compasión exigían otros miramientos de parte de quien se gloria en llamarse su libertador”. “La guerra revive”; clama así Miguel de la Torre para que lo escuche todo el cuartel general.

—Usted, secretario, prepare esa carta para ese señor que me ha defraudado profundamente. Ha sido un manipulador, un maquinador. Se burló de Santa Ana.
—A la orden.

La Torre aprieta su cabeza entre las manos y sufre con el recuerdo de un Morillo sonriente. “Me engañó Bolívar”. “Bien pendejo fui por haberle creído a este hombre”. “Pero no iré a otro San Félix”. “¡No me van a volver a derrotar, que va!” “Les daré guerra a estos falsos”. “Y que sepa el mundo que los culpables de que haya más derramamiento de sangre son ellos”. Siente la carcajada del Pacificador muy adentro de su cabeza, y eso lo atormenta como si fuera una brujería.

Cuartel general del ejército de Colombia. Payara. Treinta de marzo de 1821.

Hay animación en la tropa porque ya se sabe que volvió la guerra y los soldados se preparan. Se buscan más caballos y ganado para una pronta movilización y temprano se inician los entrenamientos y predomina la alegría a pesar de que se acaba la tranquilidad y retorna el sufrimiento, y vuelve el combate y la expectativa de la muerte en cualquier lance, en cualquier batalla; retorna el conteo de heridos y muertos. Muchos hasta olvidaron esa inquietud de no saber si el día de mañana es el último, si será la última vez que verán el sol, y hasta algunos combatientes aumentaron de peso.

El Libertado recibe la carta enviada por el furibundo Miguel de la Torre y llama a su secretario pensando

que no quedará ante la historia como el responsable de que se haya roto el armisticio.

—Esta carta hay que responderla, así no resuelva nada. Escriba esto—le dice Bolívar al escribiente y arruga su frente.

—Lo veo inquieto, su excelencia—le comenta su secretario.

—Escriba estrictamente lo que digo:

Exmo. Señor General Miguel de La Torre.

Exmo. Señor:

Con mucho sentimiento tengo el honor de contestar la nota de V. E., fecha el 21 del corriente, en que pretende V. E. hacer responsable al gobierno de Colombia de las calamidades que van a sucederse por consecuencia de las próximas hostilidades. Como V. E. al mundo entero, que debe vernos con imparcialidad, yo no rehúso este juicio que, mucho tiempo ha, está pronunciado a favor de los invadidos y de las víctimas de esta guerra.

No puedo persuadirme que V. E. mismo halle en su conciencia ser justo que la paz se haga al dar Colombia el último suspiro. La pintura de nuestra situación no puede ser más fiel que la que S. M., S. E. el conde de Cartagena y V. E. mismo, han hecho en sus proclamas. ¿Ignora V. E. que ya de Venezuela han desaparecido todos los elementos vitales? ¿Y cuándo se ha mostrado la España más impasible que ahora con respeto a nuestros agudísimos dolores? ¿Qué se nos ha ofrecido? Constitución, o prolongación de la pena

en infructuosos armisticios. Sí, Exmo. Señor, el mundo dirá quién fue justo, cuando el vea nuestros manifiestos y los de nuestros contrarios. El armisticio que va a terminar ha dado cinco meses de existencia al gobierno español en Colombia, y en recompensa, se nos mandan nuevas moratorias para hacernos expirar en medio del aniquilamiento general.

V. E. me hace cargo de mi silencio con respecto a Maracaibo y la prorrogación del armisticio. Yo podría quizás con más justicia, observar que V. E. no hace mención de mi larga nota sobre Maracaibo, y se desentiende en la que contesto, de la situación desesperada a que han reducido mis miras pacíficas a nuestro desgraciado ejército, y a los más desgraciados pueblos que completan su exterminio con la permanencia de nuestras tropas en ellos.

No sé si V. E. tendrá noticia de que todos los campos de la provincia de Barinas han sido incendiados por hombres malévolos, y que en las de Mérida y Trujillo ya perecen de miseria sus desdichados moradores. En tal estado, ¿pretenderá V. E. que esperemos la muerte sobre nuestros fusiles, por no hacer uso de ellos? No, V. E. no es justo.

Los prisioneros de guerra que había en nuestro poder en Santa Marta y Margarita, han sido remitidos, ya canjeados, ya para canjear; así espero que V. E. se sirva dar pasaporte al coronel Escalona y a los demás oficiales o tropas que estén en igual caso, y en el mismo objeto.

Si V. E. quisiere hacerme algunas comunicaciones antes del rompimiento de las hostilidades, tendré mu-

cha satisfacción en recibirlas en mi cuartel general de Barinas, para donde parto.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Bolívar.

Sabe Bolívar que esta carta caerá en saco roto en un Miguel de la Torre indignado; sin embargo, este comunicado lo maquillará a él y debe justificar lo que construyó bajo la sombra del armisticio. El Libertador está consciente de que la maquinaria de propaganda realista lo dibujará como un criminal que arruinó la paz. Debe aminorar esa propaganda y justificar lo de Maracaibo como un hecho popular, local y muy necesario. Bolívar quiere quedar bien ante la historia, y que los románticos en Europa lo sigan viendo como un héroe, no como un maquinador y no como el que motivó el retorno de la guerra y de su incontable sufrimiento. El secretario comprende cabalmente el propósito de las palabras que acaba de redactar.

CAPÍTULO XXV

Páez informa a sus llaneros que la guerra retorna, y hay una explosión de alegría. Se felicitan, se alegran. La noticia iluminó la esperanza guerrera en los cuarteles donde todos los días llegaban más desertores del ejército realista. Es entonces que, teniendo tanta presencia de oficiales veteranos, se entusiasma Páez en darle más preparación táctica y más disciplina a sus hombres, pero sin abandonar la creatividad y audacia natural de sus jinetes. Durante aquellos momentos de quietud relativa, Páez se dispone a construir de manera más aceitada un ejército que él califica de “nacional”; aunque se da cuenta que sus llaneros no entienden esa palabra porque simplemente y muy simplemente ellos se asumen como los llaneros del “mayordomo” Páez; así lo manifiestan ellos de manera tajante.

El catire Páez y el negro vuelven a unirse y a reírse mutuamente.

—Usted y yo no podemos dividirnos, —aprovecha el taita Páez de expresárselo con toda la franqueza posible.

—Yo lo siento así. Pero explíquemelo y que yo lo entienda. ¿Por qué no podemos dividirnos? —le pregunta así Pedro Camejo con su llaneza

—En nuestra unión está la garantía de victoria. Usted y yo somos el ejemplo, el motivo; ¿no se da cuenta?

Cuando retornaron al saludo, cuando volvieron a hablarse, ambos se sintieron mejor porque en estos días sufrieron la indiferencia hostil que se impusieron.

— ¡Somos amigos, pues! —afirma Páez.

—¿Qué más se puede hacer? —dice así el negro y riéndose. Se dan un abrazo fuerte. Sonó durísimo ese abrazo. Sin embargo, Páez no olvida el motivo de las distancias pasadas, lo que vio, lo que repudió en este hombre. Se dice así mismo, se habla por dentro y configura este pensamiento: “No puedo aceptar el primitivismo que tú representas”.

El Negro Primero acompaña al teniente coronel Thomas Ferriar en una de sus clases para un contingente de combatientes que acaba de llegar. La tregua sirvió para que los dos se hagan más amigos durante una cotidiana convivencia sin sobresaltos.

--¿Cómo se hicieron amigos esos dos?—le pregunta Páez a la Bizarra.

—Porque son hombres buenos. Esa purita amistad es propia de los hombres de bien.

Páez se queda mirando a la mujer. Ella descifra la socarronería.

—Mi marido no es el diablo. Él es un hombre bueno. Los hombres buenos son más capaces para la amistad.

—Yo no digo lo contrario—le dice así Páez y se aleja de ella a sabiendas que también es un demonio.

En otro lado del campamento, también se hablaba de amistad.

—Yo tengo dos amigos y una mujer: tengo la amistad suya y la amistad del mayordomo Páez; y tengo a mi compadre Mindola que es otra cosa distinta a un amigo—le dice el negro al catire Ferriar, mientras prueba un café muy fuerte.

—Pues yo prefiero ser amigo suyo que otra cosa—le dice con risitas el británico.

—Si yo soy su amigo, entonces usted se mira en mí.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que un amigo es un espejo; así se lo escuché a un pendejo y que poeta.

—Yo no me parezco en nada a usted; yo no soy tan feo. Ahora la risa es más sonora y se une en un solo eco, y se hace amplia. Un llanero se les queda viendo a ambos, y dice para sí: “al fin y al cabo son seres humanos”.

Los recién llegados están pasando a la escuelita militar del inglés para civilizar en algo la elemental rutina de combate que llevan en la sangre, ya que la mayoría vienen de guerrillas realistas, no del ejército españolado de aquel Morillo que se fue. El inglés, que ha avanzado mucho en su español, les pinta el orden militar impregnado por su experiencia en las guerras contra Napoleón.

—¿Cómo se ordena eso que llaman batallón y lo que llaman compañía, catire? —le pregunta Mindola.

—El batallón se forma en tres filas que se divide en dos partes iguales y que se llaman medio batallón de la izquierda y medio batallón de la derecha. Cada compañía se divide en dos mitades y cada una en dos partes.

—¿Y la tropa cómo se forma, inglés? —pregunta otro.

—La tropa se forma por estatura: en primera fila van los más altos y en tercera fila se colocan los más bajos. Y la distancia entre las filas es de un pie desde el pecho del soldado hasta la espalda del que va adelante.

—¿Y cómo es el orden pa dispará, catire? —pregunta uno, animado.

— Para hacer fuego desde el orden de batalla, la primera fila se coloca de rodillas en tierra y las dos restantes de pie.

—Y su regimiento de infantería dispara muy bien—comenta a viva voz el Negro Primero, soltando una sonrisita.

—Por eso, negro necio, tu Páez nunca me colocó una pieza de artillería. Ahora yo comando el batallón de la legión británica, pero de a pie, de infantería, nunca tuve cañones. Y no sé si somos “Legión británica” o “Cazadores británicos”.

Los dos hombres de distintísimo color de piel chocan los puños.

Emily entra en la tienda con un semblante de tristeza. Francys comparte la pesadumbre de su amiga que se tira en sus brazos para sollozar un poco en su hombro solidario. Aprieta el puño y su mirada se extravía en la pared, hasta que se nubla por la cortina de algunas lágrimas. Francys seca su mejilla; infiere que fue infructuoso el recorrido que hizo su amiga en el muelle porque no llegó ninguna carta, ningún mensaje; nada vino de Venezuela. Y así como ella regresó con las manos vacías, también otras mujeres retornaron a su hogar sin saber nada de sus maridos, de sus hijos o de sus hermanos. La última correspondencia fue en noviembre del año pasado y ya son más 6 meses para Emily sin alimentarse de la escritura de ese hombre que ama en la distancia. Ese prolongado silencio desde Venezuela puede significar lo que no se atreve a pensar con detenimiento; esa idea trata de anularla de su cerebro; pero cada día que pasa, ante la

prolongada ausencia de la palabra escrita, la muerte es una inmensa posibilidad. ¿Estará muerto mi Thomas? ¿Habrá perecido en combate mi soldadito de plomo? Esas interrogantes hacen que vuelva a salir otra lágrima y seca de nuevo su mejilla.

Emily observa que Francys le hace una indicación con los labios; entiende con la seña que no están solas en la tienda. El señor Blomm le dijo a Francys que no anunciara de manera inmediata su presencia, pero finalmente ambas voltean hacia donde está él con un ramo de flores. El señor Blomm es testigo de ese instante melancólico; presencié la tristeza de Emily y se percata de cuál es la causa de sus lágrimas. Esa circunstancia no lo incomoda; al contrario, está más confiado en su plan de ataque. Arreciará entonces la “ofensiva” pues el rival está desapareciendo definitivamente.

—Señorita Emily, lamento sus angustias. Pasé por aquí para saludarla y brindarle mis afectos y mi respeto— expresa Blomm estas palabras en modo circunspecto.

—¿Usted por aquí? Disculpe que me encuentre sollozando. Es alguien muy querido que no sé de él desde hace meses.

— Me imagino que es sobre su “amigo” que está en América. Entiendo. Los avatares que suceden por allá es del conocimiento muy extendido en esta ciudad. Hay algunos hijos de Inglaterra metidos en aquellas guerras desde Buenos Aires hasta Caracas.

—Así es señor Blomm. ¿Ya Francys le invitó un café?

—Sí. Muy amable. Pero entendiendo su tristeza, pudiera usted y su amiga aceptarme una invitación a

almorzar. Vamos; acéptela. Por favor, me conmueve verla llorar. No decaiga. Quizás sus inquietantes sentimientos no sean reales. Entienda que de allá no puede salir mucha correspondencia por las mismas circunstancias de la guerra. Vengan conmigo las dos. Francys, que en verdad quiere tranquilizar un poco a Emily y que además tiene algo de hambre, casi que le suplica a la pecosa rubia que acepte la invitación del almuerzo.

De repente entra en la tienda otra joven. Por su acento es de Edimburgo. Da las buenas tardes y abre su cartera donde saca un sobre.

—Me dijeron que usted, señorita Emily, regentaba esta tienda. Mi padre está en Venezuela y mandó una caja de allá que contenía esto. Del muelle me dijeron que es de usted. Fui averiguando hasta que por fin encontré este lugar. Que pasen un buen día.

—Gracias, muchas gracias ¿señorita...? —le agradece Emily vivamente

—Parkinson. Entiendo su contento; yo he pasado por eso. Adiós.

Los ojos de Emily, antes entristecidos, ahora brillan como un sol y tienen un azul de fiesta y su sonrisa engalana toda la tienda, ya que se trata de la carta de su coronel o comandante, ya no sabe qué es él allá. La alegría de ella contagia hasta al propio señor Blomm que vuelve con más bríos en su insistencia de almorzar juntos.

—Pues, ¿qué le dije? Es normal que las cartas se confundan en esos largos viajes a través del océano. Le dije que mantuviera la esperanza. A usted le deparan cosas buenas. Ahora que está más calmada, pues vayamos a almorzar.

—Sabe una cosa, señor Blomm, hoy me ha caído usted perfectamente. Le acepto la invitación, y mi amiga está que me mata si la rechazo esta vez. Esto lo leeré en mi casa. Voy a buscar mi sombrero.

El señor Blomm y Francys intercambian miradas cómplices. El enamorado se encoge de hombros, pero no está frustrado, al contrario; tiene información que las cosas en Venezuela van de mal en peor para la causa independentista; aunque alguien también le dijo que esos comentarios son viejos, del año 1815 cuando un tal Pablo Morillo y su expedición llegó aquel territorio. No le importó esa apreciación y prefirió quedarse con las mejores impresiones para su causa sentimental.

CAPÍTULO XXVI

Diez de mayo de 1821.

Gran movimiento en la tropa que comanda Páez en los preparativos para un largo viaje. El catire recibió la orden de reunirse con Simón Bolívar con todo lo que tenga bajo su mando. Para Páez y su gente, eso significa salir de su medio, abandonar su terreno y sus parajes, que conocen tan bien, y dirigirse a una tierra donde por la magnitud de la orden se realizará un acontecimiento que intuye será determinante para el curso de la guerra; esa orden significa que se acerca algo imponente, de vida o muerte. Y es que todo su ejército intuye lo cumbre, como si fuese la intuición de un solo hombre, por lo que se animan a salir de sus pastos y de sus suelos para realizar la mayor aventura en la vida de cada llanero. No hay tristeza en dejar el llano, sino más bien hay una feliz expectativa.

Qué necesario es el regreso de la guerra para esta gente de Páez; es más necesario para ellos que para los realistas. ¿Quién defiende la paz en este instante de lujuriosa alegría porque hay combate pronto? Por fin se fue esa paz que los mataba por dentro. Por fin se acabó esa ridícula tregua; ése es el sentimiento de estos llaneros. En ellos, la guerra es voluntad de vida y así lo masculan entre risitas los llaneros más violentos de Páez, los que andan con el Negro Primero. Tiembla la tierra y hasta las bestias se esconden cuando el `polvo que levantan los cascos de los caballos de

Páez ahuyentan a los pájaros y cubre al mismo sol. El ejército de Páez estuvo acantonado en la población de Achaguas, pero lejos ya está quedando ese pueblo donde los llaneros se despidieron de parientes, de novias o de amantes, se despidieron de amigos y de colaboradores. Antes de abandonarlo, el catire se fue a una iglesia, y ese movimiento fue seguido por Pedro Camejo que estaba atento y estudiaba con precaución cada conducta de su compadre y amigo; no quiere otro disgusto entre ellos. Es así que fue detrás de él para darse cuenta que no va a despedirse de alguna querida, sino que entró en el santuario del Nazareno de Achaguas. El catire reza y reza y pide perdón por todo lo que le permitió a su gente en lo que tiene que ver con la maldad; pide por él y pide por cada uno de sus guerreros. Al final de la oración, también pide por Pedro Camejo y éste intenta escuchar el murmullo de su plegaria. El negro intuye que el catire está hablando de él a la imagen del Nazareno, y no se equivoca. Quiso interrumpirlo para decirle que no hay que hablar de los amigos a esas deidades, ya que es una manera de traicionar la amistad, pero mejor lo deja donde está. Se ve hasta indefenso este taita Páez que reza, y el negro se da cuenta que el Nazareno le está dando su bendición, y escucha que Páez le dice algo a la imagen: “He practicado el desinterés y el sacrificio; ahora dame la victoria”.

Un formidable contingente de hombres a caballo se deja acompañar por el cuatro y maraca que impera bajo el adorno de un arcoíris monumental. Se cuenta

como unos mil infantes, unos mil quinientos llaneros montados a caballo, dos mil caballos de reserva y cuatro mil novillos. Ante ellos está el río Apure que se debe cruzar.

Thomas Ferriar alienta a su regimiento para que esté atento en ese cruce, ya que a pesar de que éste se hace con esa hecatombe de gente, no deja de ser peligroso ante la proximidad de los caimanes que se encuentran agitados por tanta población sobre las aguas. Los llaneros le gritan al inglés: ¡Catire! ¡Avíspatel! ¡detrás de ti! Pues ahí se aproxima un caimán con sus fauces abiertas, pero un llanero se sumerge en el río y le horada la panza al animal. ¡Cuidado con la cola!, dicen otros llaneros, y así los ingleses cruzan el río mirando para todos lados y vigilando también a los caballos y a los novillos. Acampan, y en vez de ser un descanso tienen los llaneros que custodiar a los caballos de reserva que en grupo aprovechan de escapar y no hay manera de detenerlos. Ferriar y sus hombres se unen con ellos en las cuadrillas de búsqueda para ir tras los animales que no dan descanso. Es que eran muchos caballos que llevaban para aquella reunión que el Libertador convocó. Cae una lluvia fuerte que empantana el viaje, y el barro agarra las piernas de los hombres y las patas de los animales. El catire Ferriar es un chocolate de lo lleno de barro que está él y su gente.

El catire Páez se mueve a lo largo del recorrido para apurar al que se queda atrás. En Tucupido se entera de que el Libertador se movió hacia Araure y su corazón late de ansiedad pues sabe que ese hombre tie-

ne poca caballería, y es entonces que determina darle prisa a la unión con el comandante en jefe, y para eso deja la infantería bajo las órdenes de Miguel Antonio Vásquez y así corre tras Bolívar con la caballería, con los caballos sin jinetes y con todo lo que se podía movilizar con rapidez.

Un mensajero entra en el lugar de reunión donde se encuentra Bolívar estudiando el mapa y recibiendo la información de los movimientos que hacen las distintas tropas republicanas en pleno desarrollo desde que se acabó el armisticio. Para alegrarlo más, la información que le traen es que su otrora enemigo a muerte, y ahora uno de sus más intrépidos guerreros, siguió al pie de la letra sus instrucciones que se resumen en la denominada táctica de “diversión”. El gigantón de José Francisco Bermúdez atrajo a una parte importante del ejército del ahora recién nombrado Mariscal Miguel de la Torre, ya que detrás de él tuvo que correr el batallón Valencey y el batallón Hostalrich y la caballería que comanda Morales. El salvaje Bermúdez venció al brigadier Correa y la bandera del Rey cayó en el Rodeo, a pocos kilómetros de Guatire. Y el mismo movimiento de diversión lo hizo Cruz Carrillo y hacia Coro fue otra parte del ejército realista. Y también se movió Urdaneta, pero éste paró la cosa porque está enfermo, y también se movieron los guerrilleros Monagas y Zaraza.

Lo cierto es que La Torre dividió su ejército, y lo hizo por instigación de Morales, y los espías le dijeron al Libertador que esa recomendación de Morales llevaba

maldad pues así se debilitaba el ejército español todo. Y Bolívar avizora que ese iba a ser el resultado de su plan estratégico y pega el grito: “¡Ese se jodió!” “No me atacó y no lo hizo porque no tiene conciencia de su propia fuerza; siempre supe que es un hombre sin coraje. Yo sí lo voy a atacar”. Le argumentaron algunos que no lo hiciera, pero él cerró sus oídos de hombre con una sed de victoria que le quema la garganta y baja hacia sus adentros, hacia sus entrañas para alumbrar su interior; es una sed de victoria como látigo que flagela su cuerpo, ¡y qué herida tan maravillosa le hace el látigo sobre su espalda! Él descendió mucho en años de guerra, ¿y cómo no va a tener sed de victoria?

Pero Bolívar ve que el mensajero no termina de dar la información. Lo percibe nervioso y hasta pregunta ese soldado si no hay algún picantico de ron para humedecer la garganta y así expresar mejor el anuncio que va a dar.

—¿Qué tiene usted? Termine de decir lo que tiene que decir.

—Sí, mi General: ¡Bermúdez tomó Caracas!

—Y yo le ordené que provocara a los realistas para que se dividieran y miren hasta dónde llegó. Debe saber que Morales va hacia donde está él. Ojalá que se retiré de ahí; pero, conociéndolo, presentará batalla así no tenga suficientes hombres. En fin, tenemos una parte de la victoria gracias a Bermúdez.

Los demás oficiales observan que el Libertador se quedó mudo de repente y viendo hacia la nada, como soñando despierto.

—¿Qué tiene, su excelencia? —le pregunta su secretario.

—Y pensar que el terrible Bermúdez quiso batirse a espadas conmigo. Fuimos enemigos hasta de matarnos. No se dio el combate entre ambos porque intercedieron. Ahora vean que La Torre me iba a atacar y tuvo que suspender la operación y enviar a Morales para recuperar Caracas. Y Morales también tuvo que interrumpir su operación contra Páez. ¿Se dan cuenta lo que ha logrado José Francisco Bermúdez con su arrojo, con su ferocidad? ¡Vámonos para San Carlos! Con ese clamor del Libertador, se levanta la reunión.

—¿Por qué valora usted tanto lo que hizo Bermúdez? —le pregunta Oleary

—La Torre no pudo atacarme pues prefirió manda tropa para perseguir a Bermúdez. Tampoco Morales pudo evitar que Páez llegara por aquí; él realista lo vigilaba, pero decidió irse a recuperar Caracas. Entonces, yo concentro a los míos gracias a Bermúdez que no tendrá por mucho tiempo la capital, pero ya ejecutó cabalmente, exitosamente, lo que planeamos. Ahora los realistas, que se encontraban en varios puntos, vendrán para acá, pero ya yo estoy fortalecido con Páez y otras divisiones. Esa hidra de Lerna, que es su ejército de varias cabezas, la tendré ante mí en un solo punto, y así las decapitaré a todas de un solo tajo. Por eso es que digo ¡gracias Bermúdez!

Pedro Camejo hace el recorrido echando decenas de chistes para regocijo de Páez y de la Bizarra Juana Andrea que se desternillan en carcajadas que desahogan su realidad de tierra pisada por tantas huellas. Ríen los

llaneros para liberar esos corazones que quieren salir por la boca, y que mejor risa que la de los iguales que pinta fielmente lo que son ellos en el camino al combate del que no saben si sobrevivirán; pero eso a ellos no les importa porque confían en su fuerza como pueblo a caballo, y confían en su odio al enemigo realista que los hizo sufrir por años; y especialmente confían en ese taita Páez, que les da consistencia a la rara felicidad que ellos tienen como combatientes.

Se encuentran por fin los dos jefes en una mañana soleada. Se abrazan esos dos hombres cansados pero cautivos del más tremendo de los compromisos. Thomas Ferrier los ve mezclarse con los soldados y oficiales de diversos batallones y divisiones, y presiente que ahora son ídolos y tienen un largo trecho que recorrer antes de que caigan en el ocaso pues el pueblo que comandan debe seguir como un bebé protegido en sus brazos, y ojalá que su gente no se desengañe nunca de ellos, sino esta tierra sucumbe.

Al momento retorna Páez con unos uniformes recién llegados de Bogotá y que pasaron por Cúcuta; le entregaron más de 1000 uniformes. También acaban de llegar alpargatas de Mérida para que cientos de pies descalzos dejen de serlo. Ferrier y Pedro Camejo se integran con los demás para presenciar la entrega de casacas y chalecos, ya sean de paño o de lienzo o de bayetón. Las mujeres vienen a ayudar para organizar la repartición. Al Negro Primero se le pierde la mirada en las mangas y en los hombros de esos uniformes con espoletas, y otros llevaban tejidos en

color oro. Los llaneros ven por primera vez en estos tiempos de guerra unos pantalones largos con doble botonadura lateral. Además, enviaron corrajes de bandoleras de cuero para la infantería, y también trajeron cantimploras y cartucheras. Un llanero se prueba un sombrero y lo apodan gorrión con cordones, y otro saca unos botines negros con polainas blancas o botas negras altas con espuelas para la caballería de otras divisiones porque la de Páez prefiere las alpargatas. Las mujeres de la división del catire le entregan a los Bravos de Apure un uniforme de color azul con casaca y pantalón.

El negro Primero llega y le entrega a Ferriar los atuendos que corresponden a su regimiento, y ya les pone el apodo de zamuritos porque así se verán de lejos los ingleses con ese uniforme color verde oscuro y con cuello también negro; y los de la Guardia de Honor de Páez se vestirán de rojo, y los húsares se vestirán de azul. Aparece Pedro Camejo vestido de un completo rojo inglés que cubre casaca y pantalón, y se ha calzado las botas negras. Thomas se ríe y lo llama “tomate negro”, y todos se ríen al ver como están quedando a lo cromático: algunos muy oscuros y otros muy chillosos; pero la mayoría de los llaneros ni quieren ponerse esos uniformes porque huelen a viejo. Y se presenta Páez vestido de rojo, de la cabeza a los pies, y es un inglés atomatado porque el uniforme viene de allá, de Inglaterra; y es que el uniforme le queda al catire apretado y sufre la tela al intentar cubrir sus musculosos brazos de luchador grecorromano.

Páez vuelve con su gente después de estar con Bolívar en un parlamento con un tal coronel español apodado Churruca que vino de parte de La Torre para ver si se logra un nuevo armisticio, le dice así el catire a los suyos.

—¿Y qué paso? —le preguntan al taita Páez.

—Pues esa propuesta de armisticio nos planteaba que nuestras tropas se retiraran a la margen derecha del río Portuguesa. Por supuesto que Bolívar no aceptó porque eso era perder el terreno ganado.

—¿Y para qué entonces vino ése a hacernos perder el tiempo? —esta vez le pregunta el Negro Primero.

—Porque ese Churruca no venía a negociar nada. Él vino para verificar mi presencia aquí. La Torre quiere saber si yo estoy con Bolívar.

—Pues entonces en este momento no está durmiendo La Torre—concluye el negro mientras afila su lanza.

CAPÍTULO XXVII

Esta vez no hubo despedida intensa con la Bizarra Juana Andrea como es costumbre antes de cada batalla.

—Este es el combate decisivo, mi negra. Hoy tú estarás más descansada —así intenta tranquilizar Pedro Camejo a su mujer.

—Se te olvida que atenderé a los heridos—le dice así la Bizarra y baja la cabeza.

—No tendrás mucho trabajo. Terminaremos la guerra en eso que llaman Carabobo.

—Sólo quiero que no mueras—alzó por fin la mirada.

—Y si pasa, no importa. Yo estaré contigo cuando me invoques.

Es el instante del beso entre estos amantes que han traspasado el límite con lo oscuro y que se aman en la perdición que les ha dejado sus rituales de magia negra, jamás blanca. En ellos el amor y lo maligno no son opuestos pues congenian, son amables entre sí. El beso de ellos sabe a amargo: es el beso del presentimiento sobre la hora que se aproxima; es un beso desesperado y sin aliento, pero ellos no quieren separarse y más bien torturan sus labios como si usaran clavos sobre ellos.

Mientras que para esta pareja la noche se hace dolorosamente larga en la pasión, hay un personaje que no duerme y que no se cansa de dar órdenes apenas alumbrado por algunas velas que tratan de resistir un viento frío. Ese es un demiurgo llamado Simón

Bolívar que prepara la definitiva derrota militar de los monárquicos. Entre sombras, da las órdenes más frías y calculadoras en el espionaje como guerra invisible para alcanzar sus objetivos con un centenar de hombres y mujeres que en secreto le aportan información valiosa para su campaña.

—¡Coronel Remigio López!

—¡A la orden su excelencia Libertador!

—Envíe Usted espías a Carabobo y a Valencia para examinar qué fuerzas hay en cada uno de estos dos puntos, quién manda en Carabobo y quién en Valencia, y dónde están La Torre y Morales.

—Inmediatamente.

24 de junio de 1821. Campo de Carabobo.

Simón Bolívar y su Estado Mayor observan la maniobra que desarrolla el ejército de La Torre para impedir el descenso de las fuerzas patriotas a la llanura. Ante eso, ordena que avance la primera división comandada por Páez y que conforman los batallones “Bravos de Apure” y los “Cazadores Británicos”. El catire no atacará al enemigo de frente pues lo va a envolver por su flanco derecho.

Once de la mañana y el sol en lo alto sobre un Thomas Ferriar que le grita a su batallón que ¡avance! en otra hora sagrada como Waterloo. A sus hombres se les pegó la alegría de los llaneros de Páez. La gaita escocesa sale a relucir para rítmicamente marcar el paso de los británicos que se mueven engranados y al compás. Se escucha la gritadera y uno que otro bom-

bazo que cae delante de ellos y el bullicio se agiganta más porque los Bravos de Apure arrecian su entrada en combate. Mira para atrás Ferriar y agita más para que la gaita toque alegre pues está eclipsada con el silbido de la “macha de los granaderos británicos” que acompaña a los que visten uniforme verde ennegrecido; y si es verdad que parecen unos zamuros. ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Lleven el paso! Allá van los ingleses hacia una hoguera viva y su orgullo se siente en sus pisadas y en su determinación. ¡Adelante! ¡Adelante! Son puros y solitarios hacia el matadero. La carne de estos soldados se convertirá en la coraza que cubra el nacimiento de un nuevo tiempo y de un nuevo pueblo. Por las mentes de ellos se divisan sus recuerdos en un carrusel de imágenes de instantes y personas que marcaron sus vidas y que no volverán a ver. A Thomas Ferriar lo embarga la determinación de su gente que no encuentra horrible esta batalla que comienza, y a pesar de ese tiroteo inmenso nadie de su regimiento piensa en huir; más bien corren hacia donde están los Bravos de Apure que entran de lleno en el combate. Nadie se congela ni se esconde y nadie llora ni se orina en los pantalones.

Pedro Camejo no entró esta vez de primero en la batalla porque las iniciales acciones son de la infantería, y él está ansioso y con sus ojos queriendo ver muerte en sus manos. Ahí está terrible al ver como los Bravos de Apure intentan penetrar en la llanura por una pica que llaman “La Mona”. Se oyen los estruendos de la artillería que acompaña el retoque marcial sobre

la seca tierra. El Negro Primero otea el horizonte y sonríe con el eco de esa artillería enemiga en su interior donde el clamor de su submundo voltea para todos lados en búsqueda de los otros llaneros a caballo que ya no son fauces destempladas ni raza caótica por la furia homicida porque se convirtieron en forma bélica orquestada, uniforme y disciplinada, pero sin abandonar la destreza acrobática que los caracteriza cuando entran en combate; es que se volvieron patriotas, se hicieron pueblo convencido.

Los Bravos de Apure reciben plomo y bombas de artillería, pero siguen avanzando y sin detenerse. La batalla poco a poco va tomando forma, asumiendo su rojo y su negro, adquiriendo su presencia de infierno. Los Bravos de Apure cruzan un riachuelo bajo una lluvia de disparos; y, a pesar de esa hecatombe de proyectiles, pretenden cruzar una pendiente. El Batallón realista Burgos y otros batallones se colocan frente a los llaneros y le disparan a mansalva. Los Bravos de Apure encuentran poco espacio para maniobrar y son blanco fácil, y por eso caen de a racimo. Thomas Ferriar ve que a los de Páez los están literalmente masacrando porque están atascados, aunque se planten en batalla y disparen hacia adelante y hacia los lados. Ferriar vuela para auxiliar a sus compañeros del llano. Pedro Camejo ve lo que hacen los ingleses, y sólo le queda gritar: ¡Mi hermano, catire! ¡Mi hermano! Ferriar le grita a los Bravos de Apure, que estaban comenzando a replegarse e inundados de plomo por todos lados, que ¡no se retiren!, que

¡aquí está Inglaterra auxiliando a Venezuela! y así de frente están los franceses que quieren sacrificarse por el corso Napoleón que los fustiga y ordena que se dejen matar, que le pongan el pecho a las lanzas, que no se retiren ante la metralla porque Francia necesita de su sacrificio y si no lo hacen así su tierra será invadida por siete ejércitos europeos y serán esclavizados por los ingleses y lo que es peor por los rusos; pero el humo se disipa y las bombas caen menos, y es un inmenso campo cubierto de cadáveres inútiles, fríos y pestilentes como rastro de cientos de miles que fueron engañados porque no murieron por Francia, sino por un solo hombre que se ve huyendo con sus generales, huye el muy cobarde y deja a su ejército en las manos de una Europa sedienta de sangre y de venganza donde corre el corso y Ferriar choca de frente con sus pocos hombres para resistir cientos de lanzas y bayonetas que caen sobre ellos de manera inmisericorde, pero así tiene que ser y debe entregar su vida y la vida de los suyos, pero aquí en cambio el sacrificio no es por un hombre, el sacrificio es por una patria que no es la suya, que todavía no la entiende, que no nació en ella, pero que importa eso porque lo que viene es la gloria, la eternidad y los héroes se hacen así en la estupidez.

Thomas Ferriar y los suyos se enfrentan al batallón Burgos para cubrir a los llaneros de Páez, y hacen una especie de empalizada humana que separa a los venezolanos del enemigo monárquico y así les da la oportunidad de recuperarse. Ferriar ve una inmensa

nube negra de proyectiles que cae sobre su gente que avanzan disparando, pero que caen uno a uno. Rugen los cañones en este aquelarre y una bomba aterriza primitiva haciendo un charco de sangre grande. Unos pedazos de cuerpo caen cerca de Thomas Ferriar que no deja de avanzar con mugre y sangre, y es plomo que echan los ingleses y plomo, mucho plomo que llevan. Y detrás de ellos, los Bravos de Apure entran por la pica de La Mona cuando los cañones españoles se cargan apresurados para seguir haciendo boquetes en la columna del inglés que sigue avanzando como un escudo para los llaneros de Páez que crecen y crecen detrás de ellos, y al lado de Ferriar derriban a uno, derriban a otro y a otro, pero él grita imponente en este momento de locura oscura mientras los proyectiles españoles continúan barriendo a los ingleses. El silencio se mantiene unos instantes, hasta que se vuelve a romper porque algo pasó encima de los combatientes, pero nadie lo vio; solo se sintió su presencia espectral.

—¿Dónde está la gaita? — pregunta Ferriar pues quiere melodía para su gloria.

—A nuestro escocés se lo llevó una bala de cañón— le contestan a su espalda.

—¡Avancen a bandera desplegada! —grita Ferriar.

Los británicos forman en batalla frente al Burgos, pero llegan otras formaciones realistas y a los ingleses no les importa morir como si fuesen kamikazes.

—¡Rodilla en tierra! —vuelve a gritar ese hijo de Manchester.

A su lado han clavado su estandarte. El plomo cae sobre soldados, tambores y cornetas, y también le pegan tiros a un oficial y a otro, y llegan más batallones realistas a romper la línea de los británicos: llega el Fernando VII y por ahí aparece el batallón Burgos y también se enciman el León y el Castilla; todos les caen a tiro a los ingleses. Ferriar voltea un instante, un instante muy breve, y sonríe pues los Bravos de Apure entran en la sabana con Páez montado sobre un caballo blanco y con un uniforme de color rojo y bordado de oro, y usando un sombrero adornado con plumas de garza; con él viene ese negro que le enseñó a domar caballos y emborracharse a lo animal, con quien jugaba cartas hasta el amanecer. Con Páez viene el Negro Primero como un aerolito sobre la tierra para arrasar con todo y grita entonces el inglés con más brío: ¡carguen a la bayoneta! Los ingleses combaten cuerpo a cuerpo con la mole realista. Thomas Ferriar sacude su espada y atraviesa un estómago por aquí, degüella por allá, corta un brazo más acá, recibe la hojilla de la bayoneta en una costilla y un disparo en el muslo derecho, se bate con su espada y atraviesa a otro enemigo, combate con otro que cae sobre él con una lanza, pero logra evadirlo y atraviesa a otro español, y le corta la clavícula a otro más; pero percibe que está quedando sin capitán, sin teniente y además caen los sargentos. “Estás quedando solo, Tomás Ferrier”; con esas palabras cree escuchar a su amada Emily.

Se han unido lo que queda del Cazador Británico y los Bravos de Apure, más dos compañías de Tiradores

que les mandó Bolívar, y así obligan a los batallones realistas a retroceder y retroceder, y un destello pasa por los ojos de Ferriar que es una llama impactada en su pecho. Quiere respirar Ferriar, pero pierde el aliento y una corriente de agua se lo lleva, pero no quiere admitir que se está muriendo cuando esto que vino a hacer a Venezuela está en su conclusión y pronto regresará a Inglaterra para casarse con Emily, como le prometió. Está volando sobre un caos de gritos que rugen cuando intenta moverse. Se levanta entre pequeñas nubes blancas vueltas hacia él. Sus rodillas destrozadas no pueden sostenerlo y un trozo de su pantalón le queda en una mano. Ve su muñón sangrante y su otro puño se cierra. Muerde su gemido cuando le ve la espalda a los batallones realistas en retirada caótica porque entró el infierno y el diablo con cacho y rabo. Se queda inmóvil Tomás Ferrier en medio de una laguna de cadáveres británicos. Alrededor pasan y pasan más jinetes del llano, y uno de ellos se le acerca y se quita el sombrero ante él que no se mueve aunque en su interior corre hacia la tienda y toca la puerta con angustia para que Emily lo vea y lo invite a pasar para que se dé cuenta que regresó, que volvió para cumplir su palabra de casarse, viajar a Manchester y constituir familia; aunque también le tocaría a futuro otra guerra, pero sí quiere casarse y amarla por un tiempo, sí quiere reír con ella, abrazarse y comer juntos como cuando disfrutaron los pocos días de paseo, poemas y bailes. ¡Abre la puerta Emily! ¡Ábrela pronto, no te tardes! Y en la taberna del muelle, durante la noche antes de par-

tir, pudo escuchar que algunos hablantes decían que no irán a Venezuela porque todo es un fraude, porque allá no hay guerra, sino una carnicería, y que Bolívar no es lo que decían, sino que se trata de un grupo de bandidos que están de derrota en derrota y que falta poco para que el imperio español tome el control de esa colonia, y el mira a los demás y mira hacia la puerta de la taberna y piensa en regresar con Emily porque no va a viajar, y de pronto entró por allí López Méndez y detrás de él una intensa luz que vuelve todo blanco, todo blanco.

El Negro Primero entró al campo de Carabobo como un tsunami que llega hasta la playa para arrasarla, y es allí que observa el cuerpo inmóvil de su amigo en medio de tantos cadáveres ingleses. Se detiene un instante el negro. Es verdad que el catire Ferriar no se mueve; está caído sobre una piedra y durmiendo, ¿será?, todo bañado en sangre y una parte de su pierna destrozada y una rotura en su frente y heridas de proyectiles en sus costillas y piernas, en los brazos y en el pecho, y ha perdido el brazo izquierdo quizás por algún sablazo. Ahí está su amigo que no se mueve, sino que sueña y se ve tierno el inglés que aprendió el castellano con él que más que hablarlo lo ruge. Ahí está ese inglés a quien le enseñó a domar caballos y a colearlos también. Ahí está durmiendo su amigo que llegó hace tiempo al cuartel del catire Páez como un tonto extranjero y casi que indefenso, pero después el mismo Pedro Camejo se dio cuenta que era un tronco de soldado y más firme que muchos que se

hacían llamar patriotas. ¡Cómo se reía su amigo todas las tardes a las 5 cuando jugaban barajas o tocaban el cuatro para ver si retaban con canto a un catire Páez más cantante que toditos en el ejército! El negro Primero quería a ese inglés como un hermano, y ahora se aleja de él con una lágrima que de repente se abre paso en un ojo enrojecido por el éxtasis del combate. ¡Adiós, amigo! El negro empuña su lanza y ve lo que le depara. “Espérate, catire, que tú solito no tendrás esa dulce muerte que bien has merecido; espérate que ya te voy a acompañar”. El Negro Primero jamás le ha temido a la muerte, y hoy no sólo no le inquieta, sino que la va a buscar. Tiene la convicción de que morir, así como murió su amigo, es la inmortalidad. Se cubre la sabana de Carabobo con la caballería llanera que va hacia el choque con los Húsares de Fernando VII que disparan sus carabinas y se retiran a la carrera. “Éste es mi momento”, dice el negro para sus adentros, y se aleja de aquel cuerpo de su amigo Ferriar. Ahora le toca a él buscar lo que una vez le escuchó a Bolívar llamar “gloria”. Con sus muslos se aferra al caballo y con una mano coge su lanza y recorre el campo de batalla haciendo desastre, y los españoles se aterran porque entró ese diablo. Algunos de los infantes monárquicos llegaron al combate sin temer el morir; pero, al ver al Negro Primero con su lanza y ensartando cuerpos a lo mariposas, de repente el coraje se les vino abajo porque morir así es el camino directo al infierno, y por eso le huyen, no lo enfrentan. Más bien el negro tiene que corre-

tear combatientes, perseguir contendores; muy pocos osan plantarle pelea porque temen el río crecido de violencia y destrucción que inunda la llanura. El negro sigue su tormenta propia y sin estrellas en la oscuridad plena de un cielo que se cae a cántaros y la llanura deja de ser pastos y se torna agua y ahí sale el negro con otros llaneros chapoteando su caballo en la tierra muy anegada de agua y de repente se sorprende alumbrado por un rayo cuando al instante de atravesar con su lanza al undécimo enemigo siente el impacto de un proyectil sobre la costilla y el que ha disparado huye, ya que no celebra lo que hizo, sino que entra en pánico porque es buscado por el negro guerrero y asesino sobre su caballo que levanta sus patas delanteras, y el Negro Primero ensarta a otro enemigo en éxtasis que lo lleva al lado de Boves cuando ambos peleaban juntos y reían juntos en un combate a lo pareja en derribar a cualquier infeliz patriota que caía cerca de sus lanzas y él con su taita comulgaban en la bravura matando patriotas y uno y otro y otro patriota que siente la puya del negro y lo remata el taita Boves y así de alegres combaten juntos estas dos criaturas del infierno del año 14 cuando la noche no terminaba y la tierra era todo un océano de color rojo, sangre y gritos, candela y rabia hasta que le entra otro proyectil al cuerpo del negro y esta vez fue por la espalda y no alcanzó a ver quien le disparó y sí logra atravesar con su lanza a un realista que es desplazado hasta llegar a otro enemigo que recibe el puyazo en el estómago liberando intestinos

y algo más, y tal es la furia en la cama con la Bizarra que es más que su mujer pues es la otra parte de su piel sudada, erizada de orgasmo tras orgasmo, placer más placer y una entrega tan animal que tiene forma de lava escapada de dos volcanes antojados de igual naturaleza de pueblo, de barro y esta carne caliente que hiere y ese dolor los une más y más y se disuelve la Bizarra en un final de eyaculación cuando otro plumazo ha entrado en su pecho al llegar las sombras de repente, sí, de repente en esos espíritus invocados en tantas fumadas del tabaco.

Miguel de La Torre ve lo que no quería ver. Manda a los batallones Príncipe, Barbastro e Infante a darle combate a lo que no se le puede dar combate. Quiso evitar que la caballería llanera tomara la sabana de Carabobo como su dominio, pero no pudo por la resistencia y pundonor de esos malditos británicos que pelearon y murieron como si esta fuese la tierra que los parió. Además, de algunos cuerpos de llaneros patriotas que quedan en el campo, tiroteados o lanceados, se escapan largas cabelleras liberadas de moños, y con eso se da cuenta el jefe español que son de mujeres; sí, son mujeres vestidas de hombres que acompañaron a Páez en esta batalla para pelear como machos, y aquí está La Torre encontrándose con estas Amazonas que salen de aquella neblina de otro terreno y de otro tiempo cuando el conquistador abrazado por el calor de la selva se despertaba por la chillería de unos monos y tenía que empuñar su arcabuz al ver hacia aquella orilla de tierra de ese

inmenso río a unas mujeres desnudas y fieras cuyos gritos se mezclaban con los de los monos, y todas ellas se agrupaban para estirar sus arcos y lanzar una lluvia de flechas que oscurecía el cielo tempranero, y el español las veía a ellas muy altas, casi que gigantes ellas, como Dios las trajo al mundo, pero musculosas y enseñando sus manos que no son manos sino garras, y sus flechas herían y mataban, y el que quedaba herido moría más tarde. ¡Son las Amazonas!, gritaba Orellana, y ese nombre se lo dijo el cura y latinista que sabía de mitos antiguos y de diablos, y esas mujeres son esos diablos cuyos cuerpos están regados hoy en Carabobo.

La Torre reflexiona que, tanto como la audacia de los soldados patriotas y así como el sacrificio los británicos, lo determinante en esta batalla fue quien dirigió aquel ejército de rebeldes. Recuerda una enseñanza de Alejandro Magno: “No tengo miedo de un ejército de leones dirigido por una oveja. Tengo miedo de un ejército de ovejas dirigido por un león”, y él creía conocer a ese león que le agradó sobremanera en Santa Ana mientras conversaba con aquel Simón Bolívar que le dijo en aquel día que podían contar de que nada de lo acordado sería violentado porque renacía el valor de la palabra, renacía el respeto, renacía eso que él mismo nunca vio en su propio jefe Morillo y que ese día el Bolívar sonriente le manifestaba amistad duradera hasta que todo eso se esfumó porque nada de Santa Ana fue verdad, allí todo fue fingimiento, aquello fue un teatro y ese Bolívar que

hoy lo hiere a muerte primero se burló de él y no de aquel Morillo que ya está de vuelta en su hogar abrazando a su esposa y a sus hijos mientras él aquí se ve derrotado por todos lados, traicionado y aniquilado menos por su esposa que en estos momentos reza su regreso con vida y lo hace vestida de blanco frente a la virgen del Carmen y allí está ante ella María Concepción Vegas y Rodríguez del Toro y de ese último apellido sale su parentesco con la fallecida esposa de ese Simón Bolívar, de ese su enemigo burlón, implacable, fiero, hábil y sagaz que hoy pisotea los estandartes de España.

El Libertador recorre la frontera de la batalla dando órdenes a las demás divisiones para que aprovechen el espacio que abrió aquella llanurada. Simón Bolívar espuelea su caballo y hasta se detiene buscando pelea cuerpo a cuerpo con algún jinete realista. Su Estado mayor se pone nervioso por el riesgo que corre.

—¿Están viendo eso? La Guardia de honor de Páez, sólo su Guardia de Honor, le está haciendo a La Torre un gran desastre, y aquel imbécil no encuentra como enfrentarla. ¿Están viendo a ese demonio que es Pedro Camejo? ¿Están viendo al capitán Juan Ángel Bravo?; ya le llevo contado catorce lanzazos que le han hecho y no lo derriban; ese se merece un uniforme de oro.

—¿Y dónde está Morales? —pregunta Santiago Mariño—; en verdad el grueso de su caballería no ha entrado en batalla.

CAPÍTULO XXVIII

El Libertador vuelve su mirada a aquel día de entrada a Trujillo en el año de 1813 cuando encontró un perro todo enfermo como único ser vivo que lo recibió en esa población cuyos habitantes huyeron aterrorizados por la fama que traía el caraqueño de sus andanzas por Nueva Granada. Pues allí encontró a ese perro en lastimosa condición y ordenó que lo curaran, y como no vino nadie a incorporarse al ejército entonces determinó alistar al animal y le puso de nombre “Nevado” y hasta le designó un “edecán”, al indio Tinjacá, para que atendiera a este inusual oficial. Mientras ayudaba a curar al perro, también tuvo tiempo para redactar aquel decreto de “guerra a muerte que convertiría a Venezuela en un aquelarre. El perro ladró cuando Simón Bolívar exclamó que “¡Españoles y Canarios! Contad con la muerte aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de América. ¡Americanos! Contad con la vida aun cuando seáis culpables”.

—¿Y dónde está mi perro, O’Leary? —pregunta Bolívar, agregando una nueva inquietud en la batalla.

—Cuando usted dio la orden de apoyar a los Bravos de Apure, el perro salió corriendo y su indio atrás; estaban deseosos de participar en la batalla.

—¡A caramba ese animal y su edecán!

En el centro del combate, donde los soldados pelean a machetazos o perforándose con las bayonetas

y lanzándose hasta piedras y puñetazos, en ese lugar donde los hombres son una jauría de lobos, yace atravesado por una lanza aquel perro que busca Bolívar, y a su lado está su “edecán” también fallecido.

La Torre es atacado de frente por la infantería, y a su derecha lo ataca la caballería patriota, y es así que manda una comisión con la orden de que los Lanceiros del Rey ataquen.

—General Morales, ordenan que enfrente a la caballería de Páez.

—Yo no voy a sacrificar en vano a esta unidad. Para mí la guerra no termina aquí; para otros, sí. ¡Vámonos!—Morales habló con la certeza de que esta decisión que ha tomado es determinante para desgraciar a La Torre.

A La Torre no le causa sorpresa lo que está viendo: el vil Morales no sólo no pelea, sino que huye. Él esperó esto y ahora su situación es desesperada porque la caballería de Páez quedó reinando en Carabobo, no tiene contendor. Los Húsares caen, los Dragones son molidos y los carabineros del Rey vienen en retirada con un reguero de ellos en el campo de batalla, y para colmo se percata que quieren entrar al combate las divisiones comandadas por Plaza y por el otro despiadado de Cedeño. Ahora su gente retrocede toda y sin freno, y le gritan “¿qué hace Mariscal? “, y tratan de impedir que se arriesgue en medio de ese maremoto; pero La Torre no quiere quedarse tranquilo con un ejército que se desmorona. “¡No retrocedan!” “¡Vengan, vengan conmigo!”

Corre La Torre tratando de frenar el caos, pero no puede, no puede; nadie le obedece: el Hostarlich no lo escucha y el Burgos no le hace caso. El desorden y el desespero de no caer bajo las lanzas de la llanera impera por todas partes. La Torre llora de impotencia por su ejército que se viene abajo y perfila la derrota inevitable, y por eso asume que es necesario hacerla gloriosa o al menos digna. Con esa perspectiva, trata de avizorar alguna condición de heroísmo de sus hombres para no salir humillado o desprestigiado de este día oscuro para las armas del rey. A él lo tienen que derrotar bien derrotado, piensa La Torre cuando le viene a la mente el terrible recuerdo de aquella batalla que lo marcó para su mal, que le ganó la antipatía y desconfianza de Morillo; aquella batalla fue la de San Félix donde sucumbió ante ese otro león de Manuel Piar.

El otro que se angustia es Bolívar al ver que los suyos, sintiendo el sabor de la victoria, ahora se han desbordado de manera anárquica en detener a los españoles en la masiva retirada que tienen. Más de un oficial ahora quiere entrar en combate; más de un soldado, que estaba en la loma viendo los acontecimientos, se despega de sus filas para combatir en la sabana; más de un jefe patriota no se aguanta porque quiere también ganar algo de gloria en una batalla que ya tiene forma de victoria para la bandera tricolor. El Libertador entra al campo de batalla con su espada en mano, pero no para pelear, sino para contener a los suyos en su desorden por combatir. Les recuerda aquella

derrota que lo hundió por un largo tiempo; les recuerda aquella batalla de Semen donde él, a pesar de que era superior en número, fue derrotado porque allí su gente se caotizó, ya que creyó que el combate estaba ganado y se desordenó su tropa persiguiendo realistas, y así terminó arrollado por una contraofensiva donde el mismo Simón Bolívar tuvo que huir con pocos sobrevivientes; y hoy, 24 de junio de 1821, tiene aquel horrible recuerdo.

—¡Paren este desorden! ¡Recuerden a Semen! ¡Recuerden a Semen! ¡Rondón, no te vuelvas loco! ¡Ibarrá, no te desboques! ¿Carvajal, para dónde vas? ¡Recuerden a Semen!

—Su excelencia, usted también sea prudente; se está rodeando de enemigos—le advierte O’Leary.

—No voy a perder a última hora esta batalla por la imprudencia de los míos. Se acabaron las derrotas para mí, O’Leary.

Un llanero viene en retirada con varios proyectiles en su cuerpo. Se trata del Negro Primero con su alma a punto de darse a la fuga. El andar a tientas de su caballo no lo deja llegar con prontitud; este animal anda sin autoridad. El Negro Primero se ve de pie ante un Boves feíto y macabro, sintético y en timbales; ese fantasma está ahí para hablarle arrecho y rugirle suave y para decirle y para no decirle sobre el macaurel que va tras la pisada ahogada, y la risa de esa aparición es empalagosa como el calor cotidiano del llano. En la imaginación desbordada de su momento final, Pedro Camejo ve a la Bizarra, a Ferriar, a Páez,

a Mindola y a Rendón, y ve a toda la gente que lo hizo contenido y sentido de víctimas filiales o bastardas con las que se hizo héroe, pero sin estatua de bronce. El Negro Primero quiere ahora que no se le vaya la vida porque La Bizarra se quedará sola y Páez seguirá la guerra sin él, pero aparece la figura de su amigo inglés que alza un brazo para saludarlo y la Bizarra quedará sola, pero él hará lo posible cuando llegue al otro terreno de seguir dándole compañía cuando ella lo invoque.

Caballo y jinete van a tientas y se detienen, y se encuentran con el catire Páez que se sorprende ante esta presencia inoportuna del ente endiablado que debía estar al frente de la hecatombe sobre los españoles, porque sin el Negro Primero a la vanguardia de los llaneros, así sea recibiendo lanzazos, no se garantiza la victoria, y justamente hoy que más se necesita de él.

— Ahora vean a este negro que se va; ¿estás acobardado? ¡Regresa a la batalla para decidir esto!

—No, mi “taita; no estoy acobardado. ¡Vengo a decirle adiós porque estoy muerto!

Se derrumba el Negro Primero con los brazos en cruz cuando los gritos de “viva Bolívar” y “viva Páez” acompañan una alzada nube de polvo. El “catire” ve que mana una sangre de todo él que se confunde con el rojo también intenso de su casaca inglesa. El jefe llanero presiente que si los llaneros se percatan de la muerte del negro demonio reinaría la confusión porque con aquel talismán no se perdía batalla. Páez levanta el brazo con la lanza empuñada y se adentra

en el torbellino de jinetes para que toda la atención de sus hombres se concentre en él, que nadie vea al caído Pedro Camejo. No obstante, el batallón realista Valencey se aproxima con el peligro de que puedan recoger ese cadáver como trofeo y exhibirlo en plena batalla como señal de derrota de toda la rebelión, y es por eso que Páez piensa que nadie debe ver caída a esa figura que debe ser preservada y rescatada pues el muerto no debe quedar en manos que destruirían su orfebrería simbólica. En esa inquietud, Páez llama la atención de Mindola y de los demás guerreros hermanos de Pedro Camejo para que protejan al caído; y así lo hacen, no sin antes regar de cadáveres realistas su contorno. Ha muerto el Negro Primero. Tiene Páez su cadáver protegido de los enemigos.

La sombra sale de esa figura derribada y el catire Páez se da cuenta que ella se aleja de aquella isla que fue la existencia del negro, y el catire todavía se pregunta por qué aceptó que ese negro se alistará con su gente si sabía que fue el verdugo de Boves. El significado de esta guerra, la lanza que empuñaba y el llano con su sol y aguaceros, lo obligaron a llevar consigo a este soldado más cercano al espíritu de la tragedia. ¡Espántate fantasma! ¡Vete ya!; de esa manera el catire Páez despide a su amigo y soldado, y admite que no por casualidad en esta batalla el Negro Primero buscó morir para culminar sus planes de trascendencia. El catire mira a su alrededor y ve quien está cerquita de él para decirle: “El que tiene una buena vida tendrá una buena muerte. ¿Quién duda que el Negro

Primero murió muy bien? Él nació para morir en Carabobo y en más ningún otro lugar debía morir; se preparó siempre para este día” — El catire bajó los ojos de Pedro Camejo.

— No fuistes un mero acontecimiento en esta guerra porque vivistes como lo que siempre será este llano. Vivistes en la violencia, en la obligada violencia para que una patria nazca.

—No sé que rezo es ese, mi taita Páez; pero, por si acaso, amén—dice entre lágrimas Mindola, el silencioso compadre de aquel negro caído.

Emily no ha recibido más correspondencias desde hace varios meses, y ese tiempo de espera se ha convertido en una campaña militar tan prolongada como la de su novio y prometido. Hace tiempo que aquel amado le escribió sobre la proximidad de un gran acontecimiento, quizás la definitiva batalla que pudiera significar la culminación de la propia tarea de Ferriar en aquellas tierras. Ha pasado mucho tiempo y su vida sigue siendo la misma, y el señor Blomm continúa viniendo con gentileza y testarudez; y sin embargo, las viejas imágenes, las distantes sensaciones, aquellos diálogos tanto fríos como cálidos, y los besos, los que se iniciaron pequeños y luego se hicieron prolongados, profundos y perfectos, todavía persisten en su interior para mantener la llama del amor por Ferriar y sostener las murallas que impiden que las pretensiones de Blomm se hagan realidad. Pero ha pasado mucho tiempo, la vida continúa y el señor tal sigue viniendo de manera rigurosa y ritual;

resistente ha sido este hombre hasta para las conductas frías y maleducadas de esta señorita que todavía espera a su soldadito de plomo, incólume en eso del amor a distancia y con la larga ausencia de las caricias, de las palabras, de los largos paseos, de los pellizcos, del juego de carta, de alguna bebida, de la lectura de los poemas, de aquellos instantes donde llegó acariciar su espada, de aquel momento cuando se miraron en el espejo; pues todo eso tiene tiempo que no está. ¡Qué tan dura batalla ha soportado y que no termina! De repente un vahído, que es un presentimiento como una pesada loza en su interior, y sus manos se enfrían y una lágrima sale espontánea de su ojo izquierdo, muy espontánea ella. Una tristeza rara penetra en su piel como una flecha, y tiembla de repente y se angustia y todo lo ve azaroso, y vuelve a salir una lágrima y no comprende su tristeza. ¿Será que le pasó algo a su amado? ¿Por qué quedó espontáneamente ella bajo el acoso de un terrible presentimiento? ¿Por qué esto? Emily se levanta de la cama. No fue a trabajar porque está indispuesta y más bien porque hoy no quiere tener que rechazar al señor tal; en verdad eso le incomodaría; ya no quiere lastimarlo; más bien aprendió a respetarle y a tenerle...afecto pues el señor Blomm ha sido tan gentil. En verdad hasta ha sido de ayuda para que la tienda se mantenga a flote porque bajó demasiado la venta de trajes y de tela. Si no fuera por él, ya ella y su amiga hubiesen cerrado y viajado a Francia como algunas personas les han recomendado. Es un hombre muy educado,

respetuoso y ella no entiende como ganó su interés. Es un hombre de negocios, y también le gusta las carreras de caballo y los conciertos pues ha ido con él a varios, particularmente los que hacen en la plaza; aunque nunca a solas porque siempre los acompaña Francys. Poco a poco se recupera de estas impresiones subjetivas de angustia. Si a Ferriar le pasó algo, ¿cuándo lo sabrá? Tendrá que ir más tarde a comprar la prensa donde de vez en cuando sale una que otras noticias de la rebelión de las colonias españolas. ¿Y si busca a tal López Méndez, el que reclutó a toda esa gente que se fue con su novio?, se pregunta. Ese señor sabrá algo de cómo están las cosas por allá, tendrá información actualizada; pero que tonta es ella por ese pensamiento de buscar a ese tipo, ya que escuchó que a él lo habían detenido por deudas: le quedó debiendo a comercios, a bancos, a vendedores de armas, y escuchó que se desentendió del pago de aquellos hombres que envió a aquella locura. Así que él no sabrá nada de lo que está pasando en Venezuela si está encerrado en un calabozo.

Se vuelve a detener en la batalla de sus sentimientos. Su verdadero sufrimiento radica en que esta espera parece que no tiene fin. Ferriar se fue a finales de 1817 o principios de 1818, ya no recuerda, y hoy es 24 de junio de 1821. Su ausencia se prolongó demasiado y él no ha escrito hasta ahora sobre la fecha de retorno. ¿Será que no volverá? Pareciera que no es así pues no le hubiese mandado todas esas cartas que ella guarda en el cofre donde también están los recuerdos de su

mamá. En el día de hoy, además del agobio de tristeza de que ha sido objeto, también cruza por su mente las dudas de mantener esta relación sin certezas. ¡Qué dura batalla tiene ahora! ¡Qué impotencia! ¿Y si le escribe una carta de advertencia de que está harta de tanta espera y le pide que retorne pronto a Inglaterra? ¿Y si no le responde? Vuelve a su lecho. Su mirada se cruza con un libro que se ha convertido en su acompañante en todos estos años de ausencia del amado; es la Odisea. Abre el texto en una página marcada y ve el nombre de Penélope, la que esperó 20 años a su amado esposo, el héroe Ulises, y que aguantó el acoso de muchos pretendientes que hasta habían tomado su casa. “Veinte años esperó”. “Veinte años”. De repente se levanta e irá a la tienda; y si llega el señor Blomm, aceptará su invitación a almorzar.

CAPÍTULO XXIX

El Teniente Coronel Andrés Riesco, quien comanda el batallón Valencey, intenta resistir los embates de la caballería de Páez. Este jefe se dio cuenta de la falta de apoyo de la caballería monárquica y aun así frena a las fieras de la sabana como puede. Ve que intentan hacerle un anillo para aprisionarlos, pero él se coloca rápido al frente de su cuerpo y ordena la retirada de manera aplomada y sin desorden con un compacto bloque de hombres que resisten y pelean como leones para salir de la emboscada. El intrépido jefe realista asume con reciedumbre la manera de pelear del español que se resume en la palabra rabia, y así se retira el Valencey del campo de batalla. “Morales no manchará a los míos” y “¡qué viva España!”.

El batallón Valencey toma dos piezas de artillería y en formación de cuadro parte en retirada hacia Valencia rechazando una y otra vez los continuos ataques de la caballería llanera, algo que parecía un imposible. El Valencey en retirada está causando destrucción en las filas de la caballería patriota, y en ¡retirada! Viendo esa garra, hasta en retirada, no le queda otra al mismo Mariscal La Torre que retirarse también del campo de batalla junto a su Estado Mayor, pero con ellos, con el Valencey, dentro del cuadro de ese batallón que en su irrestricta disciplina ha constituido una muralla protectora. Este Valencey, severo y firme en su desplaza-

miento avasallante hacia Valencia, resguarda los restos de lo que queda del ejército realista en Carabobo.

Bolívar entró de lleno al centro del campo de batalla, en pleno reinado del ejército patriota, y está lleno de satisfacción por el trabajo que está a punto de concluir a pesar del daño que está haciendo el Valencey.

El Libertador grita:

—Está victoria se la debemos a la división del bravo José Antonio Páez.

—Sin lugar a dudas—también así lo exclaman los que lo acompañan.

Al escuchar esto, los jefes de otras divisiones se enardecen porque se sienten ínfimos, pequeños y miserables en un instante de gloria identificada en un solo hombre, y eso no lo admiten. Ese liderazgo patriota de titanes enfurecidos y díscolos no admiten que ese día de sol en lo alto para las armas de la patria tenga en la cúspide a un solo nombre, el de José Antonio Páez, y que quien lo manifiesta de esa manera altisonante y machacona sea el mismo jefe Bolívar; eso es insostenible para tanto orgullo ciclópeo. Pero la soberbia de los ángeles provoca su caída; de eso sabe mucho el Libertador; él está consciente que la desmesura en la batalla le puede costar caro a la causa de la patria. Contra ese tipo de demonios tuvo el caraqueño que lidiar durante todos estos años de guerra, y por eso no permitirá el avance de esas furias en esta ocasión.

El General Cedeño espuelea su caballo y se dirige con los poco que lo acompañan a rendir al Valencey que ha

formado como una coraza tipo puercoespín de lanzas y bayonetas. Cedeño, a como dé lugar, intenta derribar esa muralla y salta encima de ellos y cae en medio del batallón, y con su espada decapita, hiere, atraviesa, corta, degüella, y está bañado en fluidos que no son de él y varios enemigos intentan derribarlo del caballo; pero él menea su espada a los lados y de frente, y no grita, sino ruge hasta que recibe un lanzazo en la ingle que lo derriba, pero al instante se pone de pie para recibir un bayonetazo que le atraviesa el pecho y recibe también la perforación de una lanza por la espalda y aguanta el corte de una bayoneta que le abre el estómago y le clavan otra lanza en la costilla; y lo que es magnífico, lo que es espeluznantemente magnífico, es que él sigue peleando, hiriendo y cortando hasta que cae expulsando de su cuerpo martirizado un último aliento en procura de la gloria que gracia a Dios él ha alcanzado. El propio comandante realista del Valencey se detiene ante este Cedeño ya fallecido y le coloca un tambor para sostenerlo recostado contra su pecho, y se quita el sombrero ante la bravura de este rebelde que prefirió la muerte para no ser un desconocido en este día de Carabobo.

El sol está en lo alto mientras los hombres buscan la inmortalidad desafiando a la propia muerte. ¿Qué importa perder la vida si lo que viene es la eternidad? El General Plaza, al frente de su división, se aferra en no dejar en paz al Valencey, y es así que choca de frente contra esta mole bélica de entereza. Plaza choca contra ellos con su caballería, pero es rechazado

una y otra vez, no logra desarticularlos. Plaza grita a los suyos: “No puede ser que toda la gloria de este día se la lleve Páez, se la lleven sus llaneros y los musius”. “¡Revienten a estos coños de madre!”. “¡Ríndete Valencey, ríndete!”. Plaza es recibido con fuego cerrado. Viene la gente de Genaro Vásquez con más fieras de la sabana y Plaza le cede el paso para que ataque al Valencey, mientras él se enfila con su caballería y los batallones “Granaderos” y “Rifles” para chocar contra el batallón realista “Infante” que trataba de unirse a la retirada heroica del Valencey. Plaza lo detiene en seco y lo destroza, y sonríe ante lo que le corresponde de la victoria de Carabobo; pero recibe un tiro en la frente y cae con esa última sonrisa.

El batallón realista Barbastro, viendo que se le viene encima Páez y sus llaneros, tira sus armas, suelta sus lanzas y sus sables, se rinde ante los centauros. El catire les perdona la vida y ordena conducirlos a la concentración patriota, y exige que nada de humillaciones para ellos. Hay que tratarlos con dignidad y les dice a los suyos: “Dense cuenta que la gran mayoría de los combatientes realistas son nuestros paisanos, son venezolanos, son nuestros hermanos”. Y sigue avanzando el catire Páez que trata de alcanzar al Valencey, pero se encuentra con un escuadrón de Morales que no le hizo caso a su jefe pues se devolvió para participar en la batalla.

El catire Páez levanta su lanza y de repente realiza movimientos involuntarios sobre su caballo, y su mirada se pierde, emite sonidos ininteligibles y es que su ce-

rebrote recibe una descarga eléctrica a lo mariposas que tapan su visión y cae sobre su montura una sábana de varios colores que lo va chupando y chupando. Quedó clavado el catire Páez en su caballo. Dobla su cuello, y espasmos tras espasmos de espuma por su boca atormentan su organismo, y queda en cero y cae del animal frente a sus enemigos sin darse cuenta de lo que pasa a su alrededor porque está tieso como un palo, con su boca tapada por la espuma y más espuma. Varios soldados realistas pelan los ojos sorprendidos, y hasta algunos se persignan, y al momento no saben qué hacer ni qué decir `pues ahí mismito, caído y convulsionando, completamente indefenso y hasta poseído por el diablo, tienen al taita José Antonio Páez, el hombre que después de Bolívar está llevando las banderas del Rey Fernando Séptimo por un farallón en Venezuela. Muchos de esos soldados realistas que se acercan son de los llanos de donde viene Páez, y por eso lo reconocen con facilidad como el jefe rebelde victorioso en Mata de la miel, en el Yagual y en las Queseras del Medio. Ahí está el ser legendario y dantesco, casi un segundo Boves, que se unió a Bolívar hace unos 5 años y desde ese momento cambió el rumbo de la guerra a favor de la causa patriota. Ahí lo tienen indefenso.

—Anda tú y mátaló—le dice un soldado realista a su compañero

—¿Quién yo? —responde el aludido--¿Y si es una trampa de ese diablo para que nos acerquemos a él

—¿Quién lo mata? ¿Quién lo mata? —pega otro esos gritos de interrogación, pero más nervioso que decidido.

El grupo de realistas se aproxima con cautela y preparan sus lanzas y apuntan con sus bayonetas en una mezcla de miedo y de respeto pues es José Antonio Páez que está ante ellos.

De pronto se abre paso una figura imponente, portadora de un ancho sombrero y de una alargada lanza bañada en sangre. El que aparece es uno de los jinetes más fieros de Morales, que no se fue con su taita, sino que se quedó en Carabobo; es el comandante Antonio Martínez, llanero tan bravo como el que más de los que andan con Páez, pero la diferencia es que él lucha para la monarquía. Los que están a su lado esperan la orden para caerle a lanzazos al caído, pero él se aproxima hacia donde está el catire todavía retorciéndose de espasmos y toma las riendas del caballo y ordena que liberen a un patriota que estaba ya prisionero a quien le dice:

—Ayúdame a subirlo a su caballo. ¿Sabes quién es éste

—¡Por la santísima Virgen!, es el taita Páez

—Condúcelo hasta donde está su gente.

El patriota se sorprende y no cree lo que está diciéndole este jefe realista con fama de despiadado que le está salvando la vida a Páez. Le tocará a él contarle a todos este increíble acontecimiento, y se monta en la grupa del animal y lo conduce hasta las líneas republicanas. El soldado patriota se aleja del enemigo y se aleja del que le salvó la vida a Páez. Ese comandante Martínez mira fijamente a los demás, pero nadie le reprocha, nadie le recrimina porque están como prisioneros de una sombra que les impone aceptar lo hecho y determinan

irse también pues en esta batalla no queda nada por combatir. Martínez voltea y mira hacia aquellos dos que montan un caballo, y ni él mismo comprende a cabalidad lo que hizo; sólo sabe que su boca habló por sí sola, que sus palabras salieron a lo libre y que su determinación de salvar a Páez le vino de lo más profundo de su interior. Ni él comprende cómo se dejó arrastrar por una fuerza que condujo su conducta. Algunos dirán que actuó poseído.

Los que conocen de las convulsiones de Páez lo llevan hasta la retaguardia para echarle agua en la cara. El catire paulatinamente se recupera, vuelve la normalidad a su mirada, se seca su boca, retorna el color normal a su cara; aunque respira algo jadeante hasta que se tranquiliza lleno de sudor y algo débil. Coloca su cabeza en el hombro de uno de los llaneros y vuelve completamente en sí, y empuja al llanero donde está recostado, mira a su alrededor y los demás se asustan. Alguien le dice a los que están cerca del taita que se aparten pues el catire Páez cogió una lanza y monta un caballo prestado, y pega un grito o un alarido, y se va en una carrera hacia un remolino de combates ya en las postrimerías de la batalla, y detrás de él se van los demás llaneros que casi no le dan alcance porque el catire corre y combate, y lancea por aquí, clava por allá, desmonta enemigos, hiere, puya y su brazo se bañan en sangre, y mata alrededor de su carrera, se mete por donde hay más enemigos, con todos pelea. Sus llaneros están alertas ante tanta audacia de su taita envuelto en su fuerza incontrolable

que busca pelear hasta con tres enemigos a la vez. Allá va el catire por la sabana de Carabobo, buscando con quien combatir.

Comienza a llover y El Valencey continúa su épica retirada hacia Valencia. El Libertador intenta perseguirlo hasta allá.

—¿Ya me buscaron a Páez? Pregunta Bolívar más calmado

—Aquí está, Libertador. Se nos hizo difícil alcanzarlo porque a él cuando le dan sus ataques le da por recorrer el campo de batalla matando enemigos.

El catire viene con los suyos. Todavía está como afectado, pero lo detuvieron para decirle que Bolívar lo quiere ver.

—Lo asciendo a General en Jefe de las fuerzas de la patria en este campo de Carabobo.

—A sus órdenes mi Libertador.

El sol en lo alto. Los gritos de muerte son sustituidos por los gritos de alegría y de victoria. ¡Viva Bolívar! ¡Viva Páez! ¡Viva la patria Venezuela! El Libertador le ordena a Páez que, ha pesar de la lluvia, persiga a los realistas y entre a Valencia, aunque ya aquellos van lejos. Reúne a su Estado Mayor y les dice: “Pronto nos vamos a Caracas. Que se arrinconen en Puerto Cabello. De ahí los sacaremos para lanzarlos al mar”.

CAPÍTULO XXX

El cielo está gris y espantando al sol, urgido de nueva oscuridad para ocultar la mortandad que tanta alegría está dando hoy. Una bandada de pájaros cruza la imprecisa frontera entre cielo y tierra. A veces entra un golpe de viento para acompañar los quejidos, los lamentos, los terribles gritos al unísono de más de uno que exhala el último aliento. Aparece la zamurada con una cantidad holgada, dinámica, laboriosa, copiosa, y ¡qué grande es el esfuerzo que están haciendo para picotear esos cuerpos!; esos pájaros están golosos en este banquete que le quita el brillo simbólico a este acontecimiento que también es acompañado por los perros que terminan haciendo fiesta en este lugar que intenta ser sagrado sobre los despojos.

Simón Bolívar, entre candela y olor a sangre resbaladiza y brillante en el piélagos de cuerpos caídos, baja de su caballo para recorrer el campo de Carabobo a pie y con su Estado Mayor. Él sabe que ha logrado lo que procuraba desde 1811 y sabe que las cosas tendrán otra perspectiva, otro horizonte. Carabobo cambiará su vida y la de todos aquellos que mantuvieron la fe de vencer a los españoles y de vencerlos humillándolos. Bolívar ve que su carrera militar alcanzó otro nivel y que sus sueños entran en el terreno de lo posible, a pesar del torbellino de circunstancias que lo aprisionaron durante años. Caminando sobre el nuevo cementerio, Bolívar trata de evitar los cuerpos

caídos, aquí y allá, mientras le dicta a su secretario el parte de cómo se realizó la batalla. Ante él está este cementerio de Carabobo, y trata de abarcarlo completo con su vista para aprisionar la victoria con sus ojos. Haciendo el recuento de los cadáveres, Bolívar ubica fijamente los rostros embarrados en sangre y el amontonamiento de los cuerpos británicos contados uno a uno por este Libertador que concibe que los soldados dependen del comportamiento de los oficiales, y como expresión de eso es este Carabobo donde la victoria tuvo el impulso de los líderes de las divisiones, de los jefes de regimiento, de los coroneles, de los capitanes, de los tenientes. En esa línea de pensamiento, destaca Simón que los cazadores británicos perdieron a toda su oficialidad, y entre los cadáveres se detiene a ver el cuerpo de aquel inglés Thomas Ferriar que le cayó tan bien y que hoy se convirtió en inmolación. Es Carabobo un vidrio sobre el que descansa un multicolor de ropajes entre ennegrecidos o enrojecidos, entre azulados, blanquecinos y enverdecidos en recortes de tela regados sobre brillo finísimo mientras el sol provoca el fulgor que sirve de lecho. Tanto brillo y humo ha provocado las lágrimas en Bolívar, y solo eso lo hace llorar pues él no llora por los muertos. Recoge la bandera británica regada de sesos, y eso no le causa nada de asco; sólo Oleary es el que llega a decir un “¡qué desagradable”.

Se aproxima una columna larga, larguísima de prisioneros realistas. Algunos van heridos o cojos, con vendajes en la cabeza y todos cansadísimos y fran-

camente rendidos. Algunos observan al Libertador con miedo y bajan la mirada, y otros lo miran y hasta pareciera que le hacen un saludo militar, y otros no detienen la mirada ni en él ni en nada porque van perdidos, sin punto de referencia, como zombis; son las caras de la derrota. Esa columna silenciosa ya iba a ser interrumpida por el culatazo de un soldado sobre uno de esos prisioneros, y Bolívar detiene la acción.

—No los maltraten. Recojan a los heridos del otro bando—enfatisa en esas órdenes.

—¡Cómo han cambiado las cosas! —hace ese comentario un sargento de los vencedores

—Y estas órdenes las da el que hizo el “decreto de guerra a muerte” en 1813—le agarra la expresión en el aire— Pero las cosas han cambiado para mejora de nuestro humanismo. Estamos ganando la guerra y ya no vale la pena, no tiene sentido seguir con el océano de sangre. Además, lo que viene son bendiciones, no más llanto y destrucción.

Un viento sonoro trae más gritos en lo apoteósico del día. Hasta lágrimas se enarbolan como señales de felicidad sobre los rostros de atormentados combatientes y de lamentables heridos que tienen un momento de satisfacción, a pesar del corte, de la perforación o del proyectil.

El Libertador se detiene frente a un moribundo que le da la mano al preguntarle con su mirada que se va “¿si ganamos o perdimos?” Bolívar le contesta que “hoy derrotamos a las fuerzas del Rey. Venezuela está

liberada del yugo español”. Entonces el moribundo se ríe y brota de él una lágrima, aprieta las manos del caraqueño y quejumbroso logra llamarlo “libertador” en su última palabra.

—Ya han recibido mis órdenes, así que atiéndalos. No quiero fusilamientos. Recuerden que eso fue pactado con ellos. La guerra se ha humanizado y eso deben entenderlo; especialmente ustedes, mis oficiales. —Además, estamos ganando mi Libertador—le manifiesta uno de los llaneros.

Bolívar recobra en su rostro el brillo risueño que ha logrado desenterrar de entre tantas derrotas y sufrimientos. De su cabeza parte un océano de imágenes y recuerdos que se mezclan con sus sentimientos. Imagina que muy atrás quedó la pérdida del Castillo de Puerto Cabello en el maldito año de 1812, y quedó atrás la estela ignominiosa de su participación en la detención de Miranda; también atrás quedó el terrible año de 1814 cuando fue más que derrotado por la masa colosal de resentidos llamada la “legión infernal” de un José Tomás Boves que le hizo morder el polvo y tuvo que pegar una carrera hacia el Caribe de sus nuevos delirios para entender que su vida es una escalera en medio de un gran incendio de llamas colosales. Sobre esa escalera ascendió acosado por sus enemigos, tanto los del campo del Rey como los que se encontraban entre sus propios compañeros de armas que lo ofendieron, lo negaron y lo escupieron sobre las calientes arenas de las playas de Carúpano; pero él continuó detrás de la gloria entre tantas pa-

siones y danzando con las Furias que carcomen la existencia de los hombres.

Atrás también quedaron los días fríos cuando pasó hambre y miseria en Jamaica, mientras que los españoles enviaban emisarios para asesinarlo. Atrás quedó el momento cuando sus compañeros de armas lo perseguían a él y a Mariño, acusándolos de ladrones, y por poco fueron apresados por un Piar o por un Bermúdez para ser pasados por las armas. Atrás quedó aquella asamblea de patriotas exilados en Haití donde lo insultaron y además quería este Bermúdez batirse a espadas con él, y todos lo odiaban y querían evitar que asumiera el mando de la invasión a Venezuela, hasta que intervino el Presidente Petión y el Almirante Brion que amenazaron con retirar sus importantes apoyos si Simón Bolívar no era el comandante. Atrás quedó un Mariño, un Piar, un Bermúdez, un Arismendi y demás intrigantes, y también atrás quedaron las conspiraciones del Congresillo de Cariaco y de Angostura. Y atrás quedó un Monteverde, un Boves y un Morillo. Atrás quedó la noche del Rincón de los Toros donde pensó en suicidarse. Hoy triunfó, y lo merece por testarudo, por genio táctico y por sobreviviente, más que todo. Ahora sí es el Libertador. Dejó de ser aquel terrateniente feudal, ese riquito bochinero, ese coronelito que ni mandar sabía. Dejó de ser el chiquillo traicionado en Puerto Cabello. Es el Libertador entre flores sombrías y bellas. Se halla fúnebre y fantástico para la noche que se avecina, ya que su gloria nueva no le trae un sol radiante sino la noche más oscura posible. Sabe

que se abrirán otros calabozos. Sabe que esos fantasmas que está viendo blancos y vaporosos lo acompañarán como una maldición.

Ahora es el Libertador, y le place. Sabe que lo merece como su destino, que esta batalla determinará su eternidad. Sabe que también ha muerto en Carabobo y que se ha tornado fantasma, y no será Simón Bolívar, sino un Libertador alterado, perturbado, que hoy deja unos horrores para comenzar otros con el fervor de su tropa que choca en su rostro y en toda su piel. Ahora lo quieren como su Libertador o como un padre grotesco en un abrir y cerrar de ojos de este ¡viva Bolívar! en un niño aislado en medio de este sembradío de muerte y sin nadie cuando su inocencia hace toda la destrucción en su cuna que será inmensa. Le seguirá dictando a su secretario mientras deambula en el museo de su gloria donde las figuras ecuestres se acumulan para coleccionar los huesos.

—Diga su excelencia, no pierda la inspiración— le dice su secretario pues Bolívar inició el dictado del parte de batalla el cual será divulgado prontamente en el territorio en manos de la patria y piensa incluso publicarlo en los diarios británicos

—Al Excelentísimo señor Vicepresidente de Colombia. Hoy se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia. ¿Qué les parece ese comienzo?

Todos gritan y afirman la felicidad que escapa de sus corazones como también de sus heridas.

—¡Siga su excelencia!

—Reunidas las divisiones del Ejército Libertador en los campos de Tinaquillo el 23, marchamos hoy por la mañana sobre el Cuartel General enemigo situado en Carabobo, en el orden siguiente: La primera división, compuesta del Cazadores Británicos, del Bravo de Apure y 1.500 caballos, a las órdenes del señor general Páez. La segunda, compuesta de la brigada de La Guardia con los batallones Tiradores, Boyacá y Vargas, y el Escuadrón Sagrado que manda el impertérito coronel Aramendi, a las órdenes del señor general Cedeño. La tercera, compuesta de la primera brigada de La Guardia con los batallones Rifles, Granaderos, Vencedor de Boyacá, Anzoátegui y el regimiento de caballería del intrépido coronel Rondón, a las órdenes del señor coronel Plaza.

—Siga su excelencia, siga el dictado.

— Nuestra marcha por los montes y desfiladeros que nos separaban del campo enemigo fue rápida y ordenada. A las 11 de la mañana desfilamos por nuestra izquierda al frente del ejército enemigo bajo sus fuegos; atravesamos un riachuelo, que sólo daba frente para un hombre, a presencia de un ejército que bien colocado en una altura inaccesible y plana, nos dominaba y nos cruzaba con todos sus fuegos.

No pierde Bolívar lo esencial de la batalla. Deja para la posteridad este día glorioso cuando comandó al ejército más capaz de Suramérica y con suficiente potencia hasta para invadir a Europa. Cruza por su mente una propaganda bélica que intimide a la Santa Alianza. Quiere así contrarrestar el parte de guerra que redacta-

rá Miguel de la Torre y que seguramente desvirtuará y falsificará ésta su derrota, tal como lo hizo Morillo con la batalla de las Queseras del Medio cuando el Libertador recibió de su servicio de espionaje el contenido de lo que transmitió aquel jefe realista al rey Fernando VII donde disfrazó como pudo los pormenores de aquel encuentro, argumentando que lo atacaron miles y miles de salvajes bandoleros cuando apenas participaron 150 jinetes patriotas que aplastaron a los más de dos mil efectivos bajo su mando.

—No se pierda su excelencia. Siga su dictado, ¡hombre!

—¡Ajá! El general Páez, a la cabeza de los dos batallones de su división y del regimiento de caballería del valiente coronel Muñoz, marchó con tal intrepidez sobre la derecha del enemigo que en media hora todo él fue envuelto y cortado. Nada hará jamás bastante honor al valor de estas tropas. El batallón de Cazadores Británico, mandado por el benemérito coronel Ferriar, pudo aún distinguirse entre tantos valientes y tuvo una gran pérdida de oficiales.

El Libertador certifica ante su ejército, ante sus oficiales, que fue la 1era División la que le dio la victoria con su sacrificio y con un caudal de sangre regado por los llaneros y sobre todo por el componente extranjero.

Y les dice a los suyos:

—Mayor sacrificio hizo Ferriar y su gente. Un muro protector fue hecho por ellos mientras disparaban sin amilanarse con la plomazón que les caía, sin retroceder con las cargas de lanceros que intentaban

romperlos. Tanto como intrepidez, fue más bien un suicidio decidido y disciplinado de unos extranjeros que, así como espartanos en las Termópilas, morían por una patria, pero que no es la suya.

— De esta manera quedaron como un ramillete de flores regados en un suelo que no era su suelo— comparte Oleary su reflexión— Pienso lo que significa morir lejos del lugar donde se nace.

—Por eso enaltezco el sacrificio de esos británicos— ratifica el Libertador--Es increíble que esos hombres hayan dado su vida por este trópico, por este sol. Más adelante quizás terminen siendo mis únicos amigos o mi gente de mayor confianza varios de esos oficiales de tu tierra; como lo eres tú, irlandés.

Simón Bolívar detiene el dictado para ver a su lado a ese catire enrojecido.

—Su excelencia, ¡siga con el dictado del parte de batalla! —le dice Páez.

—La conducta del general Páez en la última y en la más gloriosa victoria de Colombia lo hace acreedor al último rango en la milicia, y yo, en nombre del Congreso, le ofrecí en el campo de batalla el empleo de General en Jefe de ejército.

Gritan los llaneros que se alegran por el ascenso que Bolívar le otorga al taita Páez. A la distancia, su enemigo en la sombra, Santiago Mariño, escucha con detenimiento y reflexiona muy a sus adentros para asumirse pitoniso y vislumbrar el nacimiento del que será el futuro drama de ese caraqueño petulante. Quizás condecora su próximo tormento o su propia tumba; enaltece su ataúd, quizás.

Bolívar abraza al catire y le mira a los ojos tratando de descifrar el destino de ambos, ya que ojalá que con este premio lo acompañe en sus mesiánicos proyectos; espera no galardonar un mundo hostil que no acepte sombras. Bolívar está consciente de toda esa amalgama de significados que abarca el taita José Antonio Páez, y es por eso que le da un abrazo fuerte a ese hombre como si fuera un compadre o un hermano.

El catire Páez, a su vez, también lo mira y reflexiona el por qué acepta la autoridad solemne de ese ascenso a general en jefe que le impone un Bolívar cambiadísimo, que no es el mismo ridículo que llegó a su campamento buscando que acatara su autoridad. Finalmente, Páez acepta que el Libertador es más jefe que él; el patiquín ahora es el que manda.

El Libertador sigue su recorrido celebrativo y se deleita con esta hora bajo el éxtasis del sol. Llega así ante un grupo que atiende un herido muy sangrante y que él conoce pues se trata del teniente coronel José Rafael de Heras, que vino de Cuba para participar en la guerra de independencia de Venezuela y se incorporó al batallón Tiradores de la Guardia.

—¿Se salvará? —pregunta Bolívar a los que lo atiende.

—Creemos que sí; estamos conteniendo la sangre— le responde un llanero atareado como enfermero.

El cubano le aprieta la mano a Bolívar. El Libertador le da ánimo. El cubano se inclina un poco para aclarar su voz:

—Mi Libertador, hoy logra liberar a su nación aquí en Carabobo; ahora le pido que vaya a liberar a mi

tierra, como lo hizo con Nueva Granada. ¡Bolívar, libere a Cuba!

--Tenga mi palabra. Usted ha puesto a Cuba en mi corazón, y mi espada no descansará hasta lograr romper el yugo español en su tierra. Se lo prometo.

“Viva Bolívar, libertador de Venezuela, de Nueva Granada y también de Cuba”; así gritaron los guerreros presentes delante de ese compromiso.

—Su excelencia, no ha terminado el parte de batalla—le dicen.

—Para allá vamos: ... disperso el ejército enemigo, el ardor de nuestros jefes y oficiales en perseguirlo fue tal que tuvimos una gran pérdida en esta alta clase del ejército. El boletín dará el nombre de estos ilustres.

—Informe sobre el número de los contingentes, su excelencia.

—Bien. El ejército español pasaba de seis mil hombres, compuesto de todo lo mejor de las expediciones pacificadoras. Este ejército ha dejado de serlo. Cuatrocientos hombres habrán entrado hoy a Puerto Cabello. El Ejército Libertador tenía igual fuerza que el enemigo, pero no más que una quinta parte de él ha decidido la batalla. Nuestra pérdida no es sino dolorosa: apenas 200 muertos y heridos.

Simón Bolívar no tiene el propósito de matizar con números la notable violencia de ese breve encuentro bélico pero intenso. Pero es reglamentario colocar cifras en el parte de la batalla, admite. Él sabe que si se quiere fue un encuentro “barato” para la causa de la patria. Se detiene un instante para apreciar las heridas mortales en

la cabeza de un llanero que hace con sus labios una fea metáfora de la segura muerte. El Libertador ve a su alrededor a los llaneros caídos en ese combate que terminaron sus existencias miserables, insanas y peligrosas tras una bandera y unas consignas incomprensibles. ¿Qué era la patria para muchos de esos llaneros que murieron en Carabobo? Bolívar está claro que para la llanerada son tres cosas: un pedazo de tierra donde pone los pies, un buen caballo y el coraje de su taita.

— ¿Cómo finalizamos, Libertador?

— El coronel Rangel, que hizo como siempre prodigios, ha marchado hoy a establecer la línea contra Puerto Cabello. Acepte el Congreso Soberano en nombre de los bravos que tengo la honra de mandar, el homenaje de un ejército rendido, el más grande y más hermoso que ha hecho armas en Colombia en un campo de batalla.

Tengo el honor de ser con la más alta consideración, de V. E. atento, humilde servidor.

Simón Bolívar.

La noche está llegando y es el momento de abandonar este camposanto e impulsar los planes de sacar de Venezuela lo que queda de realistas. El Libertador está consciente de que vienen otras acciones. Ya se le pasó la felicidad pues le invade la penumbra que trae en el alma desde que cruzó los Andes. Pronto se irá de Venezuela, convencido está de eso.

Páez y otros oficiales lo rodean para intercambiar cosas más específicas del día de mañana.

—Libertador, la victoria no fue completa porque el Valencey cubrió su retirada con hidalguía—le manifestó el catire.

—Por eso es que queda mucho por hacer, ya que Morales no entró en combate con su caballería; los primeros en huir fueron sus lanceros, y he ahí lo más doloroso de este día para los realistas, pero también lo más preocupante porque él quedó casi intacto. Y usted se encargará de eso. Sólo es cuestión de tiempo para que capitulen.

Es de madrugada y Páez se encuentra frente al cuerpo del Negro Primero. Los llaneros se sorprenden al verlo cadáver porque decían que tenía un pacto con el Diablo que no permitía su muerte; y, sin embargo, hasta éste tuvo que sacrificarse en Carabobo, pensaron los presentes. Ahí estaba muerto el antihéroe ante los llaneros que eran sus hermanos de mierda y valor. Ahí estaban los llaneros con el cadáver de aquel negro alzado, y al frente de esa procesión está un Páez con emociones y sentimientos encontrados. A la Bizarra le entregan a su esposo muerto. Ella se encuentra sin lágrimas, seca y de piedra. Una de sus compañeras escucha estas palabras que salen de su rostro lleno de espinas: “lo mejor de mi vida está aquí”, y toca así su pecho a la altura del corazón donde siente un tizón al rojo vivo y en gota a gota. Las flores que trae el pueblo no son para el muerto, sino para ella que no se separa del cadáver hasta que lo coloquen en el hueco. Nadie se da cuenta que ella recoge la sangre de su marido. La Bizarra mira a su hombre y

le dice: “Te fuiste para pelear en otras batallas de ese lugar que tú conoces”. La mujerona coloca su mano en el pecho del difunto; para ella ese corazón sigue latiendo. “Hasta muerto te veo con pasión”; susurra para que no la escuche nadie. Se entretiene con ese cadáver que para ella no tiene postura hierática, ni hay liturgia en ese rincón. “La bravura es sublime hasta en un muerto”, así lo confirma ella. “Me hace falta la embriaguez y el tabaco para acompañarte mejor”. Ya no cesará la tormenta dentro de ella. No dejará de llover en su interior e imagina los adornos del nuevo altar y escoge las piedras y caracoles que deben estar ahí con las pieles de animales que acompañarán al ser; “hay mucho que hacer contigo”. Algunos de los soldados se preguntan por qué no llora, y ella sigue entretenida acariciando la piel del rostro de ese cadáver. Los llaneros han llegado con sus mujeres al entierro y también aparecieron unos chamanes de no se sabe dónde y se colocaron ante la mirada de Bolívar y de Páez.

CAPÍTULO XXXI

La guerra de Independencia dejó a esta tierra casi sin gente, y los sobrevivientes de todas las matanzas exhiben sus miradas abatidas por la locura del sufrimiento. El conflicto entre patriotas y realistas produjo cementerios por todos lados en un aquí y allá de cruces bajo un cielo mortecino que cubre campos sin cosechas. Sólo quedó un regadío de huesos nada más, pero reclamando más vidas en una sabana sin piedad para los pájaros que pasan sin detenerse y buscando otros lugares con verdor. “¿Dónde habrá quedado el camino de los vivos?”, se pregunta entonces la Bizarra.

Después de un largo recorrido, llega Juana Andrea a la Caracas de los mantuanos que comenzaron la guerra contra los godos. La viuda del “Negro Primero” encuentra la residencia presidencial y va hacia ella con su ropaje infernal a calor atabacado y copado de pueblo bajo, de muy abajo. Mira alrededor a una gente abigarrada de papeles y archivos, y sometida al peso burocrático de la herencia colonial. Ella mira sin timidez a esos hombres presos en su oropel y podridos a sudor y que deambulan por los cadavéricos pasillos de un palacio de gobierno comido por la vegetación cerrada e invasora de todos los rincones, y tapizado por helechos y musgos, guayabas y nísperos, algarrobos y pálidas cayenas. Ella atrae en su recorrido el mirar del hombre blanco para someterlo a

la firmeza de sus pasos y a la hidalguía de su rostro. La Bizarra se considera fuerte y vital, muy vital. Ella está consciente que su verdadero rostro no lo debe mostrar siempre, y para el fin de su viaje debe evidenciarse como una vieja enferma y necesitada del “montepío”. La “Bizarra” busca comer gracias al recuerdo de su hombre. Ella no rogará porque viene a tutear al que hoy tiene el poder y que ayer bebía ron con su marido, jugando cartas y gallos, bailando el joropo polvoriento en caney con las muchachas sabaneras, hablando de escaramuzas entre torsos desnudos y la luna en lo alto. En todo caso, la mujer de un verdugo tampoco pide clemencia. No se trata de favores, sino de reconocimiento. No vino a pedir regalos, sólo le exigirá a Páez la obligación de honrar al muerto.

Ella le escribió una carta al catire que contiene su solicitud de pensión como viuda de un héroe de guerra. Este documento va de mano en mano, hasta que cae en las de un soldado vestido todavía con uniforme español que la hace esperar con otros seres que arrastran sus oscuras vidas en la pobreza. El centinela le indica una puerta hacia donde debe dirigirse esta hembra de amarillentos dientes atabacados y encías hinchidas por hojas mascadas en los remolinos polvorientos de su cotidiana vida.

La oficina presidencial está en comunión con los rostros desdentados que deambulan por el patio del palacio. Páez y Soubllette están preocupados ante el informe de una rebelión social en Tacusuruma donde el cuatrero Rangel levantó a los esclavos y va de

hato en hatos para asaltarlos y quemarlos. Se trata de una revuelta que forra con el pellejo de las víctimas el asiento de los jinetes. Es una rebelión que usa aquella bandera negra con el cráneo en medio de unos huesos como símbolo de ese tipo de guerra que más entierra muertos. La rebelión del indio Rangel desata angustias en el gobierno de una oligarquía que sustituyó a la otra. Los nuevos amos son los que ayer eran “próceres” y que ya llevan rato escuchando el caer de los muertos allá afuera; volvió la guerra o algo peor: ¿será el regreso de otro Boves?

El “catire” mira de reojo a un Soubllette haciendo análisis sobre el terrorismo social en crecimiento. Lo observa con cierto encono porque él está pagando culpas que son de este personaje que se dejó llevar por los cantos de aquellas sirenas agiotistas y chupasangres de los banqueros de Caracas y le entregó la recién nacida Venezuela a la usura que es la que en verdad gobierna y hambrea. El catire tiene largas horas compartiendo preocupaciones con este otro prócer que ocupa el papel de Presidente de la República pues es uno de los militares que se ha ganado su agitado respeto, pero se entregó al capital que pretende enriquecerse sobre un océano de hambrientos. Aunque, más que respeto por él, es una incómoda distancia y cierta ansiedad en el trato. En el fondo, Soubllette nunca le cayó bien al catire porque fue el fiscal acusador en el bochornoso juicio que se le hizo a ese otro gran caudillo popular que fue Manuel Piar, de quien se llegó a decir que era más jefe que él y más jefe que el propio Bolívar.

—Y además-- puntualiza Soubllette--, el loco Guzmán y sus proclamas liberares han levantado los Valles de Aragua, autonombrándose como Presidente, y que quiere hablar con usted. Este Antonio Leocadio Guzmán no es un caudillo; no tiene fibra de “taíta”, pero sí es un “flautista de Hamlet”. Guzmán es un político embaucador que reparte de “boquilla” riquezas de otros, prometiendo regalar casas y tierras, dándole besos a los niños y abrazando a las viejitas. Es un candidato al poder, pero demagogo; no es un guerrero, es un embustero; es otro tipo de cuatrero, por primera vez visto en la Venezuela ahíta de sufrimiento.

—¿Y él cree que estoy allá?

— Él en verdad no quiere hablar -aclara Soubllette—; más dirige una insurrección populera.

— ¿Los llaneros se están incorporando?

—Bueno, yo sé que usted es sensible en eso—le contesta con un rostro de cosas calladas, que no quiere aquí dar detalles- Por favor General, el gobierno se cae. Asuma el mando del ejército y enfrente esta revuelta de sus excompañeros.

Páez suda y alisa sus cabellos que cada día lo hacen más catire. Se mira el prócer en un espejo el acumulado cementerio de la Guerra de Independencia, y se ve languidecido de fusiles y bayonetas desgastadas de tanto usarlas en las jornadas de martirio. Él es ahorita un juguete de rabiosas circunstancias que son la prolongación del pasado sobre su imagen refinada por el tiempo en el poder. Ya no es un hombre bruto, sino una edulcorada figura que es creación de una

Barbarita Nieves que lo europeizó con el tocar del arpa y la modulación de su voz como gallo de cresta fina, como un canaguey. Debido a ella, Páez es hoy bien distinto al “centauro” de los llanos porque es un hombre entre pañuelos y colonias como artificio aristocrático que fue moldeado por su amante para minimizar su apariencia de macho verraco y patriarcal.

—Y dicen que somos oligarcas—manifiesta Páez, secándose la frente con su pañuelo sin colonia.

--Guzmán nos insulta por la prensa y nos califica de “plutocracia conservadora” —reafirma Soubllette.

—Lo que pasa general Soubllette es que fuimos muy pendejos en eso de permitir la libertad de prensa y de opinión.

—¿Dice usted que fuimos muy liberales? —le pregunta el que funge de Presidente de la República.

—Lo que digo es que fuimos muy pendejos, y punto—afirma tajantemente el catire—. Pero en lo otro, en lo que tiene que ver con la usura, ahí también preferimos que esa mano dura ahogue y quiebre a mucha gente; y ahora hay un descontento colectivo que tiene vía libre de desahogarse en los pasquines.

La soldadesca entró al patio para imponer el orden sobre los pedigüños que se hacen densos a la espera de que el “taíta” Páez los atienda o les dé una dádiva. Han comenzado los golpes e insultos y el tropel remueve el pensamiento de esos dos patriarcas fundadores de una nación, pero sometidos a la realidad mutilada y quemante.

— Vuelven las ideas aquellas, Soubllette; esas ideas de venganza.

—Es lo mismo de aquella guerra—le responde el presidente.

—Tanto es así que para ellos, para mis llaneros, la cuestión es sustituir a un “taita” por otro, y eso es peligroso, Soubllette; por eso estoy preocupado. Más que preocupado confundido, fíjate tú.

—Aquí en Caracas es la comidilla eso de que los llaneros se volvieron a alzar, pero ahora contra su propio “taita”; pero a mi criterio, la cosa no es tanto así con este Antonio Leocadio Guzmán que está loco, y los locos agitan de verdad en este país que definitivamente no se puede hacer como las naciones de Europa ni como EU; ¡qué lástima! Sabía que el juicio, que se abrió por la denuncia que le interpuso Juan Pérez a ese loco porque se prestó para publicar en su diario aquellas seguidillas insultantes a su persona, no frenaría a ese cagatintas; apenas era el comienzo del caos que está promoviendo ese sujeto con su periódico. Y es como usted dice, por la libertad de imprenta.

—¿Y quién fue el autor de los insultos al banquero? ¿se descubrió?

—Hay rumores de que fue el poeta Rafael Arvelo.

—Para la inestabilidad de un país, es esa una mala mezcla la de políticos con poetas.

Un soldado le entrega la carta a un edecán que, afectado por las noticias de candela en ese alzamiento llanero, la coloca en las manos de un Páez atormentado por el eco de las consignas del Liberalismo y de la leyenda violenta de Rangel. “Es Juana Andrea Solórzano, la Bizarra, la viuda del Negro Primero”, anuncia

Páez con voz nítida para que Soubllette sienta el peso de ese nombre. Él centauro de los llanos cierra los ojos y su imaginación estalla con recuerdos anárquicos que salen desde muy adentro de él. Se presenta un recuerdo que duele y es culpa, pero también es superación y supervivencia con lo que trae o con lo que representa la señora que solicita audiencia. Su cabeza se agita porque está consciente que lo que acaba de despertar en los campos de Venezuela precisamente lo representa la mujer que verá ahora. Se pone de pie y piensa que es bueno que aparezca ella para superar con su presencia tantas emociones que tiene sueltas en estos momentos de anuncios incendiarios.

—Yo no acepté la brujería, Soubllette; yo la irrespetaba en mis campamentos; me burlaba de mis llaneros cuando hacían sus rituales; pero de pronto, Pedro Camejo trajo ceremonias que las hacía con ella, con su mujer, y dejé que eso se quedara porque parecía que gracias a ellas ganábamos batallas, casi sin tener bajas. —Sí, General, pero eran rituales muy primitivos y espeluznantes de diálogo con el Diablo.

El “catire” vio más de una vez a la pareja tendida a medianoche bajo la luna y sacudida por “espíritus” invocados en una jauría de perros lobunos que arrochelados se encimaban sobre el campamento patriota y se aglomeraban sobre el vivac. El Negro Primero y la Bizarra hacían brujería de manera viva, sin subterfugios, y lo hacían para alentar la imaginación acobardada y embrutecida de la soldadesca de ambos bandos.

—Pedro Camejo se trajo la brujería del ejército de Boves—dice Soubllette, lo afirma con severidad.

—¿Y por qué crees que la trajo a donde estaba yo? La trajo porque soy tan maldito como lo fue su antiguo “taita”.

— ¿Por qué usted se dice maldito?; ¿está en pecado mortal?

—Claro pues luché contra el Rey y eso es “luchar contra Dios”; ¿te acuerdas que así decían los monárquicos?

A Páez le viene a la memoria la guerra que le hizo a los españoles para satisfacer la sed de sangre y caos de su tropa, y el recuerdo de esos tiempos se le viene encima como un deforme espejo del pasado por donde no quiere verse. ¿Cuántos rostros agónicos él vio de frente cuando abría el cuello de un tajo? ¿Cuántas manos él vio que cortaba aquel verdugo de Pedro Camejo? ¿Cuántas caras vio perforadas de un pistoletazo? La memoria se hace fiel al recuerdo de esos días, pero él quiere que desaparezcan esos momentos de su cabeza; ¿cómo olvidar todo eso?, ¿cómo olvidar? No borra de su mente los días de genocidio. Tiene miedo de tantas culpas, de tantas muertes que lo simbolizan a él y a los que combatieron con él.

Prende su tabaco y se acomoda en la silla para pensar a ese muerto bien vivido que deambula por sus recuerdos, ya que se trata de aquel compañero de vida cimarrona, guerrero y prócer. Al dibujar mentalmente aquella figura, se le humedecen los ojos y una lágrima baja sobre su rostro marcado por el sol de la llanura, amarga llanura.

Páez deja caer el papel en el escritorio.

— Los llaneros claman—manifiesta Páez en la propia silla presidencial, la que debiera ocupar el otro prócer.

—General, usted se ve afectado.

—Es algo que estaba escondido y que ahora se asoma con ímpetu. Sale a la luz, precisamente en estos momentos de rugido del llano. ¿Dónde está esa mujer? ¡Espera!, no la hagas pasar todavía. Dame primero un vaso de vino y que su contenido entre en mí antes de envejecer todo.

—Mi General, lo veo mareado.

Al catire Páez le llegan imágenes que chocan entre sí y dan forma a la intensidad de tremendas jornadas donde la noche se abrió como desfiladero. Suenan los tambores en el recuerdo de ese negro con un cuerpo articulado para la violencia y vestido con una británica casaca roja. El Negro Primero fue para él un híbrido multiforme de piel y bosque, mitad barro, mitad caparazón de tortuga en una combinación milenaria de lo humano y lo mítico en su sencillez, en su inocencia primitiva, en su crueldad también primitiva y en su arrojo de cielo y caribes.

—Sí, Soubllette. Después de haber visto tantos negros humillados, es muy difícil pensar que fue esclavo.

—Todo negro lo es, mi General.

—Así es, pero te aseguro que ese negro nunca dobló la cabeza hasta pisar la tierra. No hubo en su mirada jamás ningún rastro de entrega, y eso se ve en cualquier negro que haya sido esclavo pues el esclavo no puede quitar esa condición de su mirada.

El abrazo entre la mulata y el caudillo es tan conmovedor que incluso el mismo Soubllette, con ceñuda

mirada, y colocando su índice sobre los labios, asume este reencuentro con una solemnidad marcial y se despide de ambos para que puedan hablar con más intimidad. Páez mira a la mujerona entre lágrimas, aprieta las manos de la viuda y las besa a pesar de su mugre. Manda a buscar comida y bebida sin quitarle los ojos a una nostalgia incómoda; pero también es el grito y la sangre derramada que también lo hizo héroe, y esa mujer que está ante él le duele porque está viendo en ella la tormenta que lo acompañó en tantas noches que también escoltaron los espasmos de crisis de su epilepsia. La viuda entra y de repente José Antonio Páez siente el comienzo de las convulsiones, pero se relaja, suda y no lo aturden las olas que chocan en el interior de su organismo. La habitación se torna un lugar de escorpiones y cascabeles, y de repente aúlla un perro y canta un gallo en los patios de la residencia presidencial.

La Bizarra, por su parte, está plena de confianza ante el amigo grande, el amigo de su esposo, una hermandad de leyenda que se esconde en la espada. Juana Andrea sabe de la fuerza de esa amistad, y por eso asume la huella que no reclama honores, sólo un poco de solidaridad de ese hombre que tiene al frente, y que sin lugar a dudas es el “taita” de su marido, de todos ellos, negros e indios, llaneros todos; el “taita” de la sucia gloria de esas carnes prietas cuyas sombras se olvidan cuando sus mujeres dejan de llorarlas.

Páez se instala sobre el piano arrinconado desde hace tiempo por un Soubllette que no es amante de la mú-

sica, y abre su tapa, limpia sus teclas y acompaña la conversación con su artístico ser que se abre paso entre su vorágine de guerrero y prócer con sensibleros ademanes que recorren el teclado con esas manos agrietadas pues a él siempre le gustó la música en ese llano donde su recio cantar no era superado por ningún otro del Arauca cuando explotaba su voz a lo martillo de coplas y se emocionaba cuando decía que “era cada melodía, y en cada maracazo va mi alma” en los joropos animados por él solo. En esa condición lo encontró Barbarita que determinó fomentarle sensibilidad para meterle al bel canto y estimular en él el deseo de participar en el Ernani o en La Traviata de Giuseppe Verdi para que aparezca esa voz fresca y esa su entonación robusta y vibrada en el aire y en la expresión de su interioridad, en su sangre de indómito, en el impacto sobre los cristales y sobre la porcelana de las cocinas de bien y en las noches de pasión en el cuarto con la amante europeizada que allí también lo hacía cantar, al punto que los guardias que cuidaban la entrada del recinto amatorio se reían del concierto que se dejaba acompañar con el rechinar de la gran cama de algún antiguo mantuano de Caracas, y allí la Barbarita le decía que “él es un hombre “blanco”. Hasta aquí llegan esas cavilaciones que las interrumpe la mujerona del negro.

—¿Me permite fumar mi general Páez? —le pregunta la Bizarra, muy entrada en confianza de lograr su propósito.

—La ¡Bizarra! Pues claro que sí; ponte cómoda hija—le responde Páez, confanzudo también, tal

como antes lo hacía con su gente al recorrer el vasto paño de sabana — Perdí tu rastro desde que me fui a Puerto Cabello, por allá en el año 23.

—Mi taita, yo continué mi trabajo de “tropera”. Usted se vino después pa’ca. No lo volví a ver más.

Se levanta de su asiento el “centauro del llano” y palpa su escapulario con la imagen de la Virgen del Carmen. Páez ve en la Bizarra la obligación de una raza que no es la suya y que más bien quiere distanciarse de ella. El viento nocturno traspasa las cortinas de la habitación y el catire frota sus musculosos brazos con sus manos que también están frías. Lanza una bocanada de hiele-dad por su boca. Aprecia a la viuda que se mantiene de pie porque no ha querido sentarse.

—Andrea, el fantasma de tu marido no dejará de perseguirme.

— Algo usted ha dejado de cumplirle.

—Le cumplí con llegar a donde estoy. Le dije que los llaneros seríamos los dueños de esta patria.

—¿Y eso en verdad es así?

—Yo soy llanero y soy el jefe de todo esto. Si llegué yo hasta aquí es porque los llaneros mandan. Las cosas son distintas; un país es distinto al llano debido a que hay muchos intereses políticos y económicos para constituir una nación que es algo más complejo que mandar hombres a caballo en la sabana. Tú no comprendes eso.

— Yo aquí no veo que estén mandando los llaneros, sino los mismos mantuanos y los terratenientes; sí veo a muchos militares, y sí veo al pueblo nuestro,

pero pidiendo limosnas. No creo que los llaneros estén gobernando aquí con usted.

—Me hablas igual que tu marido. No entienden que el mundo no es el llano; hay unas cosas que llaman economía, producción, comercio, industria, Estado, leyes.

—No me crea tan bruta. Yo no vengo a recriminarle nada, mi “taita”.

—¿Y tú qué crees Bizarra?—le pregunta Páez— Yo he presentido que desde algún lugar me ve él y sigue echándome chistes y hasta se ríe de lo que hago; al punto de que mi mujer me ha encontrado hablando con él.

Llega una comisión de militares que vienen de los lugares de la insurrección llanera dirigida por el indio Rangel y que le traen al catire un completo informe sobre esa revuelta. Concluyen que no hay alternativa sino encontrar al jefe del alzamiento y matarlo antes de que se convierta en otro “taita”. Dicen ellos que la frenética codicia, envuelta en el saqueo y en el homicidio fácil, hará que los llaneros amen al insurrecto, lo idolatren y saquen a Páez de su corazón. El “catire” sabe que esto es peligroso pues así caería este gobierno; si los llaneros se alzan, si encuentran un nuevo “taita”, se perderá la República.

La Bizarra escucha y una voz interior le habla con cariño y le dice que Páez no es de ellos desde aquella noche cuando atormentaban y ejecutaban a los prisioneros realistas al final de las “Queseras del Medio”. No puede ignorar la voz; es la misma que la alumbra todas las noches y la llama en su corazón.

Páez mira en los ojos de Juana Andrea un arcano trágico. Él da las instrucciones homicidas y despacha a la comisión; entonces le pregunta a ella:

—Ahora, mi Bizarra, ¿qué quieres de mí?; ¿tú llegaste aquí por algo en particular?

—Estoy pasando hambre, general Páez—exclama así con sequedad.

Se da cuenta el “catire” que dentro de ella hay algo extraño, ya que se ven dos miradas en la misma persona y se escuchan dos voces. “¡Oh! La Bizarra viene con alguien; no está sola”. Páez se percata que ella viene con otros secretos que procuran abrirse en heridas dolorosas. Él tiene la impresión que ella está ahí cubierta con agua de tierra sobre un cuerpo muerto, y es que todo en ella le pertenece a un muerto despierto que ha salido expulsado de otra dimensión, que se toca, que está ahí. El catire tiene la impresión que cuando se interrumpe de momento en momento la conversación es para que se escuche ese silencio que habla en un sibilino viento que entra por la ventana, pero sin mover las cortinas ni las hojas del florero. El silencio es una imagen que crece sin elevarse, y lo hace aplomado y oprimido en una noche que nace sedienta y de piedra. El silencio entre ellos se hace con forma e invade en un rumoroso latido y naciendo en verdad.

Páez atiende el aletear de los zamuros en el campo de batalla y escucha el mugido del ganado cuando lo capturan cimarrón; son sonidos que se disipan en su yo interno y él sabe que con ella vino otra cosa. Un

cementerio llegaba cuando la Bizarra entró al despacho presidencial con aquel fantasma que ha pretendido aparecer y atormentar al amo de una Venezuela todavía en pañales. El catire invoca también: “¡Vengan ánimas del purgatorio!” “¡Vengan las que me salvaron de morir cuando los realistas me iban a fusilar!”

Llegan al puerto cumanés algunos navíos repletos de prisioneros; era la encadenada oligarquía conservadora de Caracas y Valencia. Bajan de esos barcos terratenientes y militares, banqueros y comerciantes, y con ellos también vienen próceres que asumieron que Venezuela era su premio y propiedad porque se la ganaron a los españoles en la guerra de independencia. Salió toda esa gente desarrapada y podrida a mierda de rata; es la oligarquía derrotada por la fuerza hercúlea de la chusma victoriosa que ha vuelto a pisotear la piel blanca, la que saca escupitajos en esos hombres cenizos y de enrojecidos ojos gracias al más vil licor. La gente de pueblo victoriosa goza un raro momento de reafirmación de sus fuerzas de sabana, montaña y playa. Los carceleros de Zamora son cancerberos que más tarde también serán encerrados para que lamen sus heridas.

Del barco que viene de Caracas baja un preso, el más histórico de ellos. Los soldados de Zamora traen a Páez encadenado para que sienta el viento que empuja la arena del cerro Pan de Azúcar sobre la vieja fortaleza de finales de 1600 o para que las brisas del golfo acaricien su faz de caudillo en su momento de mayor derrota y pesadumbre. Al entrar en la prisión,

Páez es recibido por la rufianada que le grita que aquí no jugará gallos, todos ellos saben de su mayor vicio. El “catire” entra a la cárcel cuando suenan las campanas de la iglesia Santa Inés, eco que lo amansa, lo aquieta, lo apoca; es que ese eco lo lleva a su interior verdadero y lo vuelve a fabricar, pariéndolo desde sus propias entrañas. Se trata del efecto acampanado sobre su espíritu de prócer amoral, ayer lleno de poder y ahora entregado a las fieras que son el pueblo que antes lo amó, lo idolatró, lo rezó y lo subió a los altares de los ritos innombrables; y es que las campanas le dicen que probará las cadenas y la hediondez contenida en las paredes de este castillo, y de ahí saldrá como carcelero de sí mismo y sombra enferma, moho y silencio de piedra.

Las tropas de Zamora resucitan las más cruentas realidades de aquella herencia de saqueo. Es la misma multitud de Boves en su frenesí, y así reiteran sus creencias de sangre en torrente. Decenas de sacrificados terratenientes acompañan humillados el festín de una Venezuela primitiva, como le gusta al pueblo resentido. Se regresa a los tiempos de Boves. El pueblo de Zamora volvió a sus orígenes de hueste guiada por la bandera negra con la calavera cruzada de huesos.

Páez mira hacia el fondo del calabozo donde las formas oscuras, bien negras ellas, están sobre él. Escucha algo parecido a la orquesta que utilizó Boves en la Cumaná atormentada por la llanerada saqueadora y que terminó con sus músicos degollados. Piensa él que no encuentra como escapar de esa pesadilla al

ver en la oscuridad del calabozo su regresó a la llanura de Carabobo donde le dice a Juan Crisóstomo Falcón, el jefe de la Federación, mientras recorren ese campo en recuerdo de aquel día inmortal, que “ahí, ahí estaba Bolívar”.

Contenido

CAPÍTULO I	5
CAPÍTULO II	11
CAPÍTULO III	15
CAPÍTULO IV	21
CAPÍTULO V	31
CAPÍTULO VI	35
CAPÍTULO VII	41
CAPÍTULO VIII	53
CAPÍTULO IX	61
CAPÍTULO X	67
CAPÍTULO XI	71
CAPÍTULO XII	77
CAPÍTULO XIII	85
CAPÍTULO XIV	93
CAPÍTULO XV	103
CAPÍTULO XVI	117
CAPÍTULO XVII	129
CAPÍTULO XVIII	137
CAPÍTULO XIX	143
CAPÍTULO XX	151
CAPÍTULO XXI	159
CAPÍTULO XXII	167
CAPÍTULO XXIII	177
CAPÍTULO XXIV	189
CAPÍTULO XXV	203
CAPÍTULO XXVI	211
CAPÍTULO XXVII	221
CAPÍTULO XXVIII	235
CAPÍTULO XXIX	245
CAPÍTULO XXX	253
CAPÍTULO XXXI	267

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 12 días del mes de enero de 2023, el mismo día del año 1913 en que nace el músico wayuu Nectario Fernández.